

*ramón h. jurado*

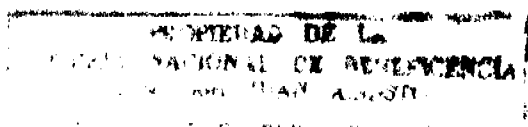


Revisión  
**Lotería**

Nº 275

ENERO, 1979

# JORGE ILLUECA



## *Discurso ante la Tumba de Ramón H. Jurado*

Señora de Jurado,  
Señores:

El Excelentísimo Señor Presidente, Dr. Aristides Royo, me ha discernido el encargo de expresar en nombre del Ejecutivo Nacional, el dolor que embarga a la Nación Panameña, por la prematura desaparición del Embajador de la República, Lic. Ramón H. Jurado.

Muerto como un cóndor, herido en el corazón, cuando volaba en alas de sus ideales sobre el cielo cristalino de la patria, Ramón H. Jurado, deja una estela de simbolismos creados por la pasión nacionalista que fue la tónica de su fecunda existencia. Muere ayer, 3 de noviembre, fecha nacional; día en que, según él mismo decía: "la patria suelta amarras y otca rumbos", reafirmando en esta expresión muy suya, su obsesión constante de la nacionalidad.

Al hablar de **Jurado**, lo primero que ocurre al espíritu es la visión del panameño raizal en función de escritor, de periodista, de filósofo, de economista, de diplomático, que combina su actividad literaria y política en una educación de auténtico y profundo nacionalismo.

Perteneció **Jurado** a la entusiasta generación que promovió el Movimiento Frentista, nacido a raíz de la constitución de la Federación de Estudiantes de Panamá, fundada en el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, celebrado en febrero de 1944, que dio lugar asimismo, a la formación del Frente Patriótico de la Juventud,

del cual fue Jurado uno de sus más destacados ideólogos y queridos dirigentes. A ese movimiento depurador que, en opinión de muchos, dio origen a algunas de las mayores conquistas institucionales y políticas de Panamá, contribuyó Jurado con el fresco aporte de sus ideas: su culto al ruralismo, lo que él llamaba el encuentro con la patria olvidada; su desconfianza de la aventura canalera, su oposición a la renuncia absoluta por parte de Panamá de su propia identidad en beneficio de una dudosa misión universal. En síntesis: su dedicación al descubrimiento de la patria, su búsqueda de fórmulas para cauterizar las llagas de la corrupción en jerarquía de función pública y para poner fin a la anarquía política; su empeño en valorizar las zonas campesinas y presentarlas como base de la nacionalidad.

Considerado con justicia por la crítica literaria como "el novelista más completo de su generación y el mejor dotado y el de producción más rica y variada", Ramón H. Jurado, a lo largo de su obra, se opone apasionadamente a toda visión falsa de la patria, en sus novelas laureadas "San Cristóbal" (1947), "Desertores" (1952) y "El Desván" (1954). Para él, el hombre y la tierra devienen realidad histórica. Según él mismo refiere, en San Cristóbal, la tierra, el sistema social, el pasado, y la angustia, alcanzan tallas de personajes para configurar una visión desconocida de la patria. Es así, como al decir de Rodrigo Miró "Algunos de los Capítulos de San Cristóbal pertenecen a lo mejor de nuestra novela".

Jurado, en el campo político le ha legado a la conciencia nacional la reivindicación de la figura legendaria de **Victoriano Lorenzo**. Fuimos testigos de sus largos años de investigaciones históricas y de todo tipo, para producir su novela "Desertores", en la cual, como dijo Luis Alberto Sánchez, se exalta con justicia al caudillo mestizo **Victoriano Lorenzo** y a través de él, los intentos rebeldes populares de nuestros días en América Latina.

Hombre público y hombre de hogar, con una vida transparente, sin sombras y sin manchas, **Ramón H. Jurado** dedicó los últimos tres años de su vida al servicio de la República, como Embajador de Panamá ante el Gobierno venezolano. Su amistad entrañable con el Presidente Carlos Andrés Pérez, y su diálogo americanista con los dirigentes más caracterizados de Venezuela, en los anchos campos de la cultura, constituyeron magnífica ayuda para la causa de la defensa de los intereses panameños en la Cuestión del Canal de Panamá, a la cual tanto han contribuido, con generoso desprendimiento, el Gobierno y el Pueblo de Venezuela.

En nombre del Gobierno Nacional, en nombre de sus compañeros, en nombre de sus compañeros de la Cancillería y en nombre de sus conciudadanos, expresamos en esta triste ocasión la gratitud perenne de la Patria hacia **Ramón H. Jurado**. Para Gilma Raquel —esencia y síntesis de sus afectos e ideales— y para sus hijos, que formaron con él la más espléndida y hermosa entidad familiar, el testimonio de nuestra solidaridad con su dolor, que es el dolor de todos los panameños.

**Ramón H. Jurado** seguirá viviendo espiritualmente. Hombres de su talla, forjadores de ideas, no mueren; mantienen su vigencia como espejo de la patria en el corazón y en la mente de sus connacionales. La novela de su vida no tiene epílogo. Como decía él, en su última línea de "San Cristóbal", irá en la noche por las rutas trazadas por sus obras y su filosofía "caminando hacia los brazos abiertos de la aurora".



# MARIO VELASQUEZ

## *Monchi Jurado*

Como periodista y como hombre, tengo una acentuada reserva frente a las cosas que se dicen de las personas que han muerto. Muchas veces el dolor y el luto es aprovechado por algunos para soltar elogios altisonantes sobre aquel que nos precedió en la jornada final. Cuando se trata de un amigo, mi cuidado sobre lo que pueda escribir y decir es aún mayor. Ello es así, porque a los amigos los queremos con todas sus virtudes y defectos, de suerte que no podemos descubrir de pronto que el amigo muerto estaba adornado solo de maravillosas virtudes, que ahora cantamos en un tono solemne. Además, el sentimiento de dolor y de pena es casi siempre silencioso y privado; es un desgarramiento entrañable que no demanda ser compartido ni entregado al dominio público. Pero desde que supe que Ramón H. Jurado había muerto, sentí la urgencia de decir algo muy breve sobre este amigo al cual me unió no solo la amistad extendida al ámbito familiar, sino la comunión de ideales comunes en los afanes públicos durante éstos últimos treinta años. De Monchi Jurado se ha dicho y se seguirá diciendo por mucho tiempo que fue un intelectual de mérito, periodista, ensayista y para mi gusto personal, la primera figura de la novela panameña.

Otros, con mayor autoridad que yo, hablarán de su obra literaria. Yo quiero destacar esta tarde el hecho que primero surgió en mi mente cuando reflexionaba hace tres días sobre su dolorosa y prematura muerte.

Monchi Jurado formó parte de ese reducido y escaso grupo de personas que viven con plena autenticidad; Monchi vivió como él quiso; a veces impronosticable, inconstante, alegre, vivencial y romántico, pero siempre con una radiante exposición de su talento, de su inteligencia y de su don de gentes.

En un mundo donde se disimulan y presumen tantas falsas virtudes y huecos talentos; donde la petulancia y la osadía de muchos los llevan a pensar que con dinero, rango social o efímero poder se pueden adquirir los atributos superiores de la cultura y de la inteligencia, Monchi Jurado reunió generosamente esos atributos y los llevó como un gran señor, como parte integrante y natural de su personalidad.

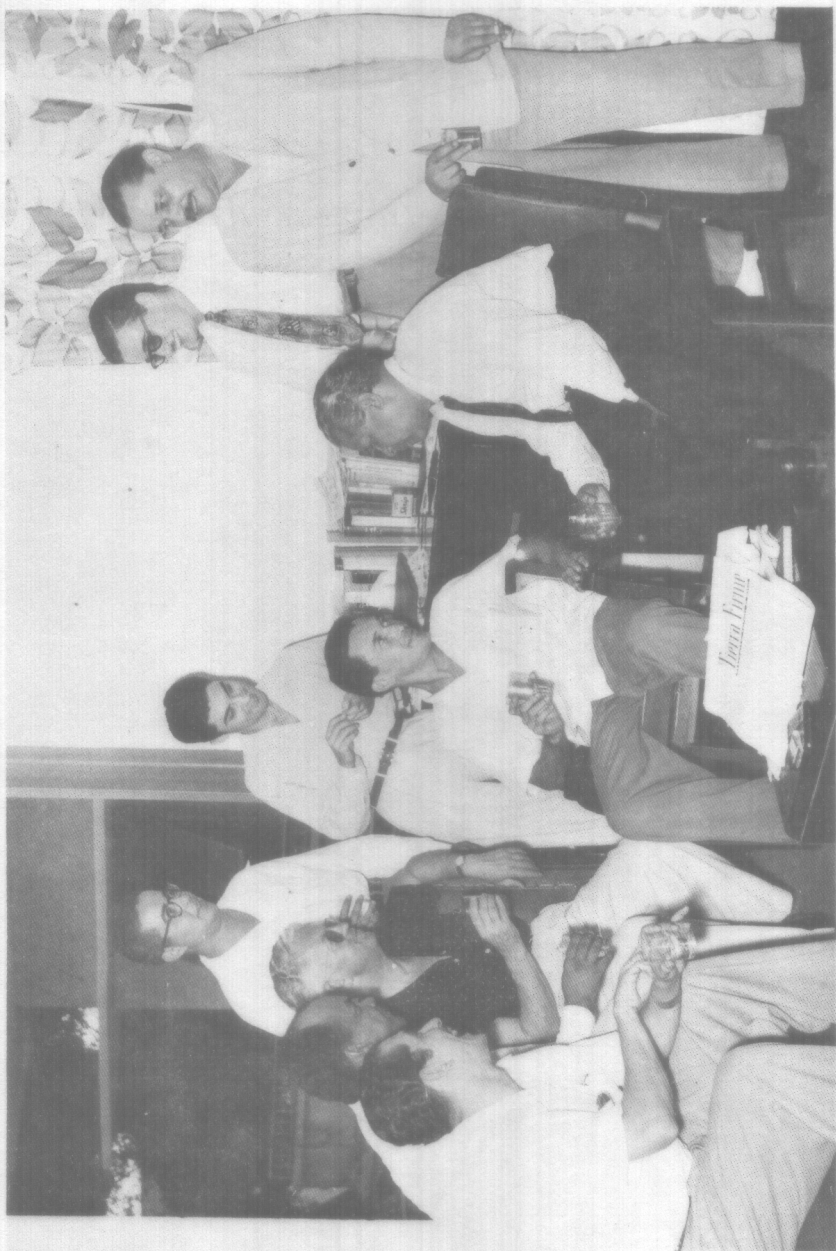
En esta hora de su muerte, en este minuto de tránsito y misterio, recuerdo lo que el propio Monchi repetía: cuando un amigo muere, los que quedamos sentimos que también morimos un poco. Nada mas cierto que en el caso de Monchi Jurado, que animó la vida con su optimismo y su innata simpatía personal.



Un grupo de amigos y copartidarios agasaja a Jurado, cuando éste salió de la cárcel en 1952.



Con Méndez Pereira y el Presidente Arévalo de Guatemala.



Nicolás Guillén en casa de Jurado con un grupo de intelectuales.



*Escritos de*  
*Ramón H. Jurado*



## EL LUCRO, LA ESCASEZ Y LA VIOLENCIA

Insensiblemente, el mundo occidental se desliza hacia sociedades de fuerza. Al hombre de nuestro tiempo se le prometen o se le somete a regímenes políticos que se asientan en la represión, el caudillaje —personal, colegiado— o el poder desnudo. Es una inclinación irreprimible. Toda la ancha gama ideológica que hoy se ofrece a la imaginación como alternativa a su presente incertidumbre —espectro que se mueve desde la intransigente izquierda hasta el más primitivo conservatismo, sin olvidar, desde luego, las aberraciones racistas y religiosas— se definen por un imperativo común: el uso confeso de la fuerza.

Si ello es ya fisonomía de una creciente área humana, cabría preguntarnos si es que el hombre no ha hecho más que un viaje —luminoso a ratos, generalmente opaco— que completa un círculo que va desde la barbarie hasta la barbarie. ¿Cómo explicar que el símbolo de nuestro tiempo sea la violencia, cuando hace quince siglos proponíamos la caridad, hace cuatro venerábamos al hombre mismo, y hace sólo una centuria el símbolo de nuestra Civilización era la ciencia y su sueño la libertad? ¿Cómo es que las cautivantes ideologías surgidos escasamente hace dos siglos, han desembocado, no en el gobierno para el hombre libre, culto y soberano de su destino, mas sí en un mundo ensombrecido por el terror, la escasez, el hambre y la militarización? He allí el reto para una respuesta sabia.



Pensamos a ratos que la índole actual de nuestra Civilización es el fruto lógico de un error cometido en los orígenes mismos de nuestra formación cristiana: la negación y condena del lucro. Entiéndase bien que el término lo usamos desprovisto de toda connotación moral o especulativa y el mismo, para nosotros, no denomina otra cosa que la actitud natural del hombre por almacenar excedentes ya que en su larga travesía terrestre ha comprendido que su compañera tenaz ha sido y será la escasez y su manifestación concreta, el hambre.

Esta actitud del cristianismo primitivo no sólo contradice el pasado inmediato y toda la sabiduría acumulada por la Antigüedad, mas llega al desafuero mayor de desconocer y despreciar irresistibles elementos culturales que le procuraba una cultura milenaria. Así, entonces, el cristianismo, que surgió como solución de vida para el sub-mundo social romano, se lanzó fanática y alocadamente a desarraizar y destruir todo lo que había sido logro admirable de una cultura que produjo excedentes: la ciudad, el pensamiento científico, el arte, el comercio, la técnica, etc. El ataque contra la extraordinaria Civilización levantada por el lucro fue frontal y profundo: "Bienaventurados los pobres porque de ellos es el Reino de los Cielos". "Si quieres ser perfecto vende tus bienes, da su producto a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo". Estas palabras comenzaron a sonar amenazantes entre las castas romanas dirigentes, diseminando entre los ricos el temor a la acumulación, con lo que desapareció casi cualquier tipo de inversión. De otro modo, esas palabras circulaban por los callejones del sub-mundo social como justificación al renunciamiento de cualquier esfuerzo que pudiera significar algún provecho personal. "Y también se nos presenta el ejemplo de las aves del cielo y los lirios del campo ofrecidos como paradigmas a los catequizados para invitarles a no preocuparse por las exigencias materiales de la existencia y no cuidarse del día de mañana", dice Latruche y agrega: "Fácil sería multiplicar las citas y obtener de tales indicaciones una doctrina de simplicidad austera que se manifiesta como la negación del capitalismo, pero al mismo tiempo como rechazo a toda organización del trabajo" (\*). En estos sencillos principios de la concepción económica cristiana de los Orígenes, encontramos la negación más absoluta de toda la actividad económica de la Antigüedad.

Esta fue movida por el lucro y se dedicó a producir excedentes, almacenarlos y a planificar la manera de conservarlos y renovarlos.

---

(\*) R. LATOUCHE: Orígenes de la Economía Occidental -Siglos IV-XI.

El cristianismo primitivo postula lo contrario: condena todo excedente, toda acumulación, y condena, así mismo, todo esfuerzo o trabajo que pueda procurar alguna satisfacción material. Y si es un hecho que dos siglos más tarde —Medianías del quinto— la Iglesia permite y tolera ciertas actividades económicas, lo cierto es que la negación por principios de todos los logros materiales de la Antigüedad marcó la conducta del hombre occidental durante milenio y medio, actitud que no podía conducir a otra situación que la conocida: una era larga de miseria espantosa. Epoca de grandes limitaciones donde la contemplación, el sufrimiento, la escasez crónica sustituyeron durante más de mil años el esplendor, la alegría, a veces brutal y sangrienta, la sabiduría de la Antigüedad. Es que al proscribirse la producción de excedentes, desaparecía la empresa primitiva, el espíritu de utilidad, la aventura, la imaginación creadora y sus frutos naturales: el almacenamiento y el conjuro del hambre.

## II

Mas, si la sociedad no avanzaba, sí crecía la población, pese a los frenos terribles que significaban la ignorancia, el fanatismo, la mortalidad infantil y juvenil y la escasez. El crecimiento poblacional decidió en favor del instinto su larga lucha contra el misticismo y la razón. Y apareció el hombre económico y uno de los más grandes acontecimientos en la historia de la humanidad: la Revolución Industrial. Pero aun esta revolución no ha logrado liberarse de los crespones opresivos en que nació: una moral ajena, y unas ideologías que son generalmente jirones de un escolasticismo en predicamentos. Y es esta situación confusa por causa de un orden social y económico que no ha formulado su propia moral, que se debate en la angustia de no saber qué desea ni cuánto podrá alcanzar, porque carece de una filosofía, es esta situación insistimos la que en nuestros días nos encamina lenta pero irreversiblemente hacia la violencia, hacia el imperio de la fuerza, hacia la militarización de la sociedad. Para lanzarnos al encuentro de una respuesta para estas tremendas dudas, es preciso que antes fijemos algunos postulados indispensables al desarrollo de esta tesis:

**Primero:** La tierra no crece y en consecuencia los recursos conocidos tienden a menguar mientras que la población aumenta sostenidamente;

**Segundo:** No está demostrado que la tierra sea el mejor habitat para la existencia humana;

**Tercero:** El hombre sobrevive porque realiza un esfuerzo sin pausa;

**Cuarto:** La riqueza que crea el trabajo siempre es menor que la destrucción que practica en la naturaleza para obtenerla;

**Quinto:** Hoy día hay una proporción mayor de seres humanos que padecen hambre que la existente hace dos mil años;

**Sexto:** De acuerdo a todos los pronósticos conocidos, si no se produce una transformación insólita en la infraestructura tecnológica de nuestra sociedad, el hombre está condenado, al término de una generación más, a un grave estado de hambre generalizada.

Ahora bien, si aceptamos como ciertos estos enunciados, sería prudente preguntarse entonces en qué forma inciden sobre la conducta humana y cómo se proyectan en la vida social. Veamos.

Durante un largo período de su vida gregaria, el hombre no siente apremio por organizar su producción. Sus necesidades son pocas y las satisface con la recolección de productos silvestres. En cierto modo, para la escasa humanidad de este momento, la tierra aparece todavía propicia y pródiga. Pero es el caso que a medida que la población aumenta y el hombre se mueve hacia un sistema social, monta una organización política cualquiera. En ese momento, crea automáticamente un orden de prioridades tanto en el consumo como en la producción. Entonces podríamos crear una fórmula simple para comprender cuáles son las corrientes profundas que van progresivamente condicionando la conducta del hombre y su marco social. Tomaríamos, por ejemplo, como base de nuestra investigación, dos magnitudes variables: la Población y los Recursos Disponibles o Disponibilidades y así tendríamos, que, en un momento dado, la magnitud Población es cero mientras que la magnitud Disponibilidad es 100. Debemos recordar siempre que estamos en presencia de dos magnitudes que se niegan recíprocamente, es decir, que se mueven en sentido contrario sin detenerse jamás.

En su célebre ensayo de 1798, Malthus sentaba los siguientes postulados: 1) El alimento es necesario a la existencia del hombre; 2) la pasión entre los sexos es necesaria y se mantendrá en su estado actual. Y párrafos adelante, sentó su principio fundamental: la población, si no encuentra obstáculos, crece en progresión geométrica; los alimentos tan sólo aumentan en progresión aritmética, porque, decía, "afirmo que la capacidad de crecimiento de la población es infinitamente mayor que la capacidad de la tierra para producir alimentos para el hombre" (1) Sin entrar en este momento a discutir sobre la validez del pensamiento malthusiano —por otra

---

(1) MALTHUS, ROBERT: "Primer Ensayo sobre la Población" —Alianza Editorial, Madrid, 1970.

parte cada día más vivo y más actual— sólo será suficiente reproducir unas cifras. Así encontramos que en la Antigüedad Clásica se estima una población sobre la tierra de doscientos cincuenta millones de hombres; a mediados del siglo XVII ésta había crecido a los quinientos millones; era del orden de los mil millones en 1850; en 1940 el mundo sostenía una población de dos mil millones y se espera que salte a cuatro mil millones en 1980. Esas cifras indican que la población mundial se duplicó originalmente en un período de 2,000 años, es decir, desde la antigüedad hasta la época moderna; en dos siglos, de 1650 a 1850; en menos de un siglo de 1850 a 1940 y por último en una generación, o sea 25 años. Y se espera que aumente en más de 1,000 millones de 1990 a 2,000. Este sería el volumen de la magnitud P que comenzó hace unos 500,000 años en cero. Ahora bien, en período de tiempo más o menos contable, ¿cuál ha sido el comportamiento de la otra magnitud, la variable Disponibilidad? Escuchemos a una de las reconocidas autoridades en este aspecto del problema, don Josué de Castro: "La historia de la humanidad ha sido desde el principio la historia de su lucha por la obtención del pan nuestro de cada día". Y líneas adelante agrega: "Basta ver que después de un largo período de algunos cientos de miles de años de lucha, se verifica hoy, dentro de un criterio de observación científica, que cerca de dos tercios de la población del mundo vive en estado permanente de hambre; que cerca de 1,500 millones de seres humanos no encuentran recursos para escapar de las garras del hambre, la más terrible de todas las calamidades sociales".(2) Si tenemos en cuenta que estimados a 1964 señalan la población mundial en 3,300 millones, tenemos entonces que la magnitud D se ha movido desde 100 en que originalmente la encontró el hombre a algo así como el 74% de su volumen o capacidad y que para algunos grupos de la población —1500 millones de seres— la magnitud Disponibilidades cayó hasta un punto próximo al cero. Así tenemos entonces que mientras la Población se ha estado moviendo hacia cien, los recursos disponibles lo han estado haciendo en dirección a cero.

Ahora, si miramos al otro rostro del postulado primero, es decir, la tendencia a escasear de los recursos conocidos, podríamos decir, por ejemplo, que los metales y combustibles consumidos por los Estados Unidos, desde 1941 a 1954 es mayor que todo el metal y los combustibles consumidos hasta esta fecha desde que apareció la humanidad. Sabemos, así mismo, que un hombre precisa cuando menos de 7 árboles para procurarse el oxígeno indispensable y sin

---

(2) DE CASTRO, JOSUE: "Geopolítica del Hambre" —Editora Solar-Hachette, Buenos Aires, 1967.

embargo, para una edición del New York Times —para citar sólo un caso de periódico gigante— es indispensable talar 10 hectáreas de bosques. Igualmente se estima que de mantenerse el ritmo actual de consumo, antes de una generación habrán desaparecido la mayoría de los combustibles fósiles, así como cualquier otro tipo de recursos no renovables. Como argumentos agregaríamos que la mitad del carbón explotado desde el siglo XII hasta la fecha, ya fue consumido entre 1930 y 1965. Pero hay otros recursos que también tienden a escasear, como lo es la tierra. Así tenemos, que el desierto del Sahara avanza un kilómetro por año en un frente de 3,000 kilómetros y que “en los Estados Unidos miles de hectáreas se han perdido a causa de la erosión y la excavación y otros miles a causa de la minería de cielo abierto”, nos dice un investigador especializado en este tipo de estudios. Y agrega: “En las bien regadas tierras del oeste de los Estados Unidos existe un constante peligro de salinización y desde Long Island hasta el sur de California hemos reducido la proporción de agua de tal manera que en las regiones costeras el agua del mar está filtrándose en los acuíferos —lechos de tierra, grava o piedra porosa capaces de contener agua—. Mientras tanto, se calcula que 2,000 presas de riego en los Estados Unidos hoy son inútiles depósitos de cieno, arena y grava y un conservador cálculo nos dice que un millón de acres se sacrifican anualmente para pavimentar, edificar, y en otras manifestaciones de progreso”.(3) Pienso que estos ejemplos son suficientes para demostrarnos que antes que aumentar, los recursos naturales conocidos tienden a disminuir.

En el segundo postulado decíamos que no está plenamente demostrado que la tierra sea el mejor habitat para la existencia humana. En efecto, toda indagación nos conduce a un hecho cierto: el hombre sobrevive por el milagro de un esfuerzo sostenido. Cada vez que el ser humano redujo, aunque fuese mínimamente, ese esfuerzo, degeneró históricamente o fue devorado por la naturaleza. La idea de un movimiento lineal hacia el progreso, natural y biológicamente impulsado, es falsa. Por el contrario, la breve historia del hombre civilizado es en cierto modo una impresionante exhibición de constantes fracasos y lo que es peor, delata una voluminosa historia de culturas y civilizaciones devoradas por la naturaleza. De allí, pues, que sería muy aventurado y sobre todo muy cándido, afirmar que la tierra es el mejor sitio para la existencia del hombre. Y así, llegamos a lo que se sostiene en el postulado tercero, es decir,

---

(3) Informe de la Comisión Presidencial sobre Política de Materiales publicado en 1952.

que la vida humana permanece gracias a un esfuerzo sostenido, que diariamente está citada a una lucha a muerte por sobrevivir.

Ahora bien, —nos referimos al postulado cuarto— el hombre se ha servido siempre de la naturaleza, mas sólo ha sido recientemente cuando ha descubierto que él mismo es parte de un ecosistema, es decir, de una trama geobioquímica de la cual es él uno de los miles de factores que contribuyen al equilibrio de su propio ecosistema que a fin de cuentas viene a ser su habitat. Pero es el caso que para sobrevivir, el hombre se ha visto obligado, casi que desde que aparece sobre la tierra, a una tenaz destrucción de los elementos naturales que configuran su ecosistema, con la consecuencia de que hoy el hombre no sólo ha empobrecido, destruido y castigado su propio ambiente vital, sino que, incluso, lo envenena sin piedad y sin descanso. Es lo que ocurre cuando agricultores muy tecnificados gastan más energía en movilizar sus máquinas que la que obtienen de la tierra. Además, los combustibles fósiles desperdician el 40% de la energía que liberan y los reactores nucleares actuales convierten en electricidad menos del 1% de la energía liberada con lo cual, el envenenamiento masivo del ambiente es parte íntima de un futuro amenazante. Pero los desperdicios de nuestro consumo y nuestra producción también se transforman en agentes contaminadores y es así cómo la Administración de Drogas y Alimentos de los Estados Unidos considera que el hombre moderno está expuesto, lo mismo que su medio ambiente a los “efectos de más de medio millón de sustancias artificiales y que esta cifra aumenta entre 400 y 500 nuevos productos químicos por año. Citando nuevamente al profesor Cole, “la cantidad de oxígeno producido dentro de los Estados Unidos en el año 1966 fue sólo un 60% de la cantidad consumida. La conclusión está clara —agrega— dependemos totalmente del oxígeno que se produce fuera de las fronteras norteamericanas, en su mayor parte en el Océano Pacífico y que nos trae la circulación atmosférica. Si inadvertidamente matásemos suficientes diatomeas marítimas o los organismos de que dependen para su nitrógeno fijo, pronto comenzaríamos a carecer de oxígeno para respirar y sin embargo, estos organismos han quedado expuestos a nuestro medio millón de sustancias químicas vertidas al mar”. (4)

Y así, para referirnos al último de nuestros postulados, es decir, aquel en que se afirma que de no producirse una revolución en la infraestructura de nuestra tecnología el hombre está amenazado se-

---

(4) LA MONT C. COLE: “Una Carrera por la Supervivencia”. El señor Cole es profesor de Ecología en Cornell. Presidente de la Sociedad Biofísica y del Instituto Americano de Ciencias Biológicas. Fue miembro de la Comisión que recomendó la prohibición del DDT.

riamente por un estado general de hambre, sólo queremos agregar que, de acuerdo a conclusiones a las que se llegó en el Congreso Mundial de Belgrado sobre los problemas de la Alimentación y el Medio Ambiente, es imposible que la tierra pueda alimentar durante largo tiempo a una población como la que se espera cubrirá la tierra hacia el año 2,000.

Prosigamos. Discutidos los postulados básicos, abordemos entonces el planteamiento general de la tesis sobre el Lucro, como la constante dinámica en la conducta del hombre occidental.

Detengámonos en el origen: ¿qué es lo que nosotros denominamos Lucro? En primer lugar es indispensable liberarnos de todo prejuicio religioso o moral cuando de esta cuestión se trata. Para nosotros Lucro no es la operación mercantil que condenaron los profetas y los primeros padres de la Iglesia como usura; no es, tampoco, la actitud de la utilidad por la utilidad misma y, mucho menos, la grosera manifestación de la codicia. Para nosotros esas son versiones escolásticas de un hecho más profundo e imponente, que no fue previsto ni definido antes por quienes filosofaban sobre el Lucro, y que a juicio nuestro ha sido la causa de la profunda crisis en que ahora mismo se debate nuestra Civilización, congestionando hasta la asfixia a las distintas sociedades occidentales desarrolladas. De acuerdo a la tesis que aquí se sostiene, el Lucro no es otra cosa que la manifestación sutilmente disfrazada o si se quiere, sublimada, del instinto de conservación. Entiéndase bien, del instinto de conservación y, en consecuencia, se trata de una expresión consustancial con el hombre mismo. Es una sensación que se manifiesta en el hombre tan pronto se asocia.

Ahora bien, cabría preguntarse, ¿cuál es la relación que existe entre el Lucro y el instinto? Una muy simple: el hombre presiente el acoso tenaz de la escasez. Desde que aparece sobre la geografía el ser humano se ha visto perseguido por la carestía, por la inseguridad, por lo incierto de su permanencia. Y así, como la economía recolectora sólo podía alimentar a unas cuatro personas por kilómetro cuadrado, se vio forzado a largas y agotadoras correrías; cuando no conoció otra forma de sustento que la cacería, organizó grupos y montó una forma rudimentaria de división del trabajo, única manera de subsistir en aquel período; y luego, cuando al descubrir la agricultura, logra por vez primera excedentes más o menos sistemáticos, se ve acosado por la intemperie, por la lucha contra las otras especies y la suya propia. Así, pues, el hombre ha presentado siempre muy cerca de él, el asedio de la escasez, es decir, del hambre. Por ello mismo comprendió, desde los orígenes, que una de las formas de precaverse contra el rigor y la amenaza del hambre o lo que es lo mismo,

eludir la extinción, era mediante la acción deliberada de acumular, de almacenar, de tener algún tipo de control sobre el excedente, en cierta forma, un modo de conjurar los peligros del futuro. A esta actitud natural del espíritu humano, vale decir, a esta reacción instintiva de protegerse contra la incertidumbre, es a lo que nosotros denominamos Lucro. Ahora bien, cabe preguntarse, cuál es la importancia del Lucro en la actividad organizada del hombre.

### III

La vida social del hombre a nuestro juicio muy humilde se mueve a lo largo de tres grandes estadios que se suceden sin pausa: el Período de la Aptitud, el Período del Equilibrio o Reposo y el Período de la Habilidad. Toda sociedad dinámica, todo grupo social que se mueve hacia el progreso tiene fatalmente que ir cubriendo sucesivamente esos estadios, los cuales, en una nueva etapa del proceso de desarrollo se siguen repitiendo. En otras palabras, todo organismo social tendrá siempre que encontrarse en uno de esos tres estadios o moviéndose a través de ellos. La manera como un observador cualquiera puede establecer en cuál de los estadios se encuentra un grupo humano cualquiera, es estableciendo la relación que en ese momento muestran las magnitudes Población-Disponibilidades. Esas relaciones siempre tendrán que ser superavital, equilibrada o deficitaria.

Recuérdese que en la parte primera de este ensayo dijimos que estas magnitudes siempre estaban moviéndose en direcciones opuestas. El resultado de esa observación nos indicará entonces el grado de control que ese orden social o grupo humano ha alcanzado sobre su habitat. Es decir, el grado de seguridad que esa sociedad muestra en ese momento.

Ahora bien, si partimos del hombre y proyectamos el fenómeno al grupo, la explicación se simplifica ya que sabemos que el hombre invierte diariamente esfuerzos en la naturaleza, la cual ha de devolverle bienes. Ahora bien, por benevolencia de la naturaleza o porque hacen uso de recursos tecnológicos adecuados, unos hombres reciben a cambio de su trabajo más bienes que los esfuerzos que invierten. En cambio, otros hombres reciben menos. El destino de ambos es difícil de pronosticar. Igual cosa ocurre en las sociedades. Hay unas que han logrado cierto grado de desarrollo cultural y tecnológico y son, por lo mismo, sociedades que logran acumular excedentes, crear ahorros. Esas son las sociedades que nosotros calificamos de relación Población-Recursos superavitales. Las hay, así mismo, estacionarias o en reposo. Estas son propias a esos



grupos humanos en donde por el esfuerzo que invierten reciben bienes equivalentes y por lo mismo no llegan jamás a crear excedentes, no pueden ahorrar. Son esas comunidades que permanecen culturalmente estáticas por centurias y hasta milenios en donde las dos magnitudes se mantienen inalterables, frenadas por poderosas fuerzas cuya descripción no cabe aquí y es fácil imaginarlas. Y por último, encontramos aquellas sociedades de relación deficitaria, es decir, grupos humanos que reciben de la naturaleza menos bienes que los esfuerzos que invierten. Estos, no sólo no acumulan excedentes, sino que en ellos año a año aumenta la escasez y la consecuencia natural es la progresiva desaparición del hombre castigado por el hombre. Así llegamos a una primera conclusión: las sociedades de Relación Superavital o Deficitaria no pueden ser estáticas; ellas se mantienen en permanente movimiento. Las primeras hacia el progreso, mientras puedan continuar acumulando excedentes; las segundas, a su desaparición, como lo han hecho tantas otras culturas y civilizaciones a lo largo de la vida histórica de la humanidad. Es obvio, entonces, que para nosotros solo progresan y crecen las culturas que crean excedentes y los almacenan. Ello es cierto. Nosotros las llamamos las Culturas Lúcratas y son las que, precisamente, encuentran el estímulo-impulso que las lanza al progreso —hasta involuntariamente— en el Lucro. Sin embargo, nosotros, reconocemos la existencia de sociedades alúcratas, es decir, sociedades cuyo impulso-estímulo no ha sido el lucro, sino, digamos, una causa religiosa, mas para nosotros se trata de organismos sociales vasallos o que han sido absorbidos por las sociedades lúcratas tan pronto han trabado contacto.

Preguntemos ahora, ¿qué forma toma el movimiento de esas magnitudes en los distintos estadios? Simplemente, todo grupo social, dentro de cada forma de relaciones se encontrará siempre dentro de uno de estos dos períodos: el de la Aptitud o el de la Habilidad. En el primero, nosotros colocamos ese tiempo en que el hombre lucha por dominar un habitat. Generalmente ello ocurre en la época de las grandes migraciones y es un período en el cual la magnitud Disponibilidades es 100. En este momento sobreviven los más aptos, aquellos que logran vencer los rigores, retos e incitaciones del ambiente. Sin embargo, como ya antes vimos, estas dos magnitudes están siempre moviéndose en sentido contrario y así cuando las variables pasan al punto de equilibrio, aquel grupo social de la Aptitud entra en lo que denominamos el período de la Habilidad. En este nuevo estado, ya no sobrevivirían los más Aptos, sino los más Hábiles, es decir, aquellos capaces de apoderarse del excedente ajeno, que logran controlar las fuentes básicas de recursos, etc. Es en este período cuando aparecen las ideologías, las

grandes religiones, las formas superiores del espíritu. También, cuando comienza a dibujar su rostro la escasez. En la parte final de este ensayo veremos la importancia de esta clasificación y el modo como la acción de esas magnitudes, operando como corrientes secretas de la actividad social, va configurando culturas y civilizaciones.

#### IV

Dentro del cuadro que hemos venido analizando se estima que los conceptos de caridad y libertad tienen una significación muy precaria y circunstancial. De hecho, como categorías axiológicas son de muy reciente incorporación en el cuadro de valores de la Civilización. Lo que ocurre es que tanto la caridad como la libertad son valores que pretenden negar la presencia avasalladora del instinto en el hombre occidental. De allí que al primer choque de la razón con la necesidad, cosa que fatalmente ocurre en las postrimerías de todo período de la Habilidad, los primeros que sucumben son los valores morales. Y en el caso específico de la libertad, su vigencia es todavía más artificial e insostenible ya que, a medida que la escasez avanza cubriendo más y más territorios y el hambre se lanza contra el hombre, el instinto apabulla la razón y lo que primero se produce es un aparato de autoridad —Estado, Imperio, Dictadura, etc.— cuya misión no es otra que la de crear un orden de prioridades tanto en la producción como en el consumo, y toda gestión de la autoridad será siempre al precio de sofocar la Libertad. Es lo que está ocurriendo actualmente en el mundo.

Así, pues, no desconocemos que quien haya seguido esta exposición desde posiciones apriorísticas piense, posiblemente, que estas afirmaciones son pesimistas; que nuestras conclusiones constituyen atentados contra algunos de los más caros logros espirituales del hombre en su lucha tenaz por liberarse de las oscuras exigencias del instinto. Erraría quien así pensase, pues esa sería una evaluación pueril de cuanto hemos expuesto. Sin embargo, debemos reiterar que cada vez es más firme nuestro convencimiento de que todo en el hombre es —lo ha sido hasta ahora y lo será por un futuro difícil de cuantificar actualmente— provisional. Reconocemos, sí, que en nuestra breve vida civilizada se ha logrado decantar un cuadro axiológico y que así mismo, a lo largo de los últimos 6,000 años se ha pretendido convertir esos valores en normas de conducta, en cartabones, bien sean morales, ideológicos o políticos y constitucionales, mas desventuradamente, sólo destellos de una antigua ilusión han sido esos empeños y muy sangriento y doloroso el precio que la humanidad pagó por tan nobles propósitos. Al final de cada suerte, apareció el rostro húmedo e irrevocable del fracaso. La explicación

nos parece acequible: esencialmente el espíritu del hombre —considerado como pueblo, como nación, como estado o como humanidad— no ha cambiado básicamente en los últimos 5,000 años. Y esta posibilidad, cuya veracidad pareciera confirmar a diario la realidad, es la que podría explicar esa conocida incapacidad de la razón para organizar un orden social que se ajuste honesta y permanentemente a ese cuadro de valores éticos tras el cual siempre se ha movilizado la vanguardia intelectual de la humanidad. Es que el hombre se enfrenta hoy, como hace milenios, a las mismas exigencias de la supervivencia y responde hoy, como hace milenios, de igual modo al mismo reto.

Aquí retornaríamos al punto inicial de este ensayo, es decir, a nuestra afirmación de que nuestra civilización se mueve insensiblemente hacia un orden de fuerza cada vez más opresivo. La explicación creemos haberla expuesto: el Poder, en cualquiera de sus formas, es la respuesta natural que el hombre esgrime cada vez que le amenaza el fantasma de la escasez. Cuanto más deficitaria es la relación de las magnitudes Población-Disponibilidades, mayor será la hegemonía del Estado y más menguada y angustiosa la existencia de la Libertad. De igual modo, a medida que se acentúa la escasez, o se agiganta su amenaza, la actividad política tenderá a tornarse irracional, llegando el hombre en su extravío a grados de crueldad incomprensibles, porque entonces, precisamente, es cuando nuevamente se abandona al imperio del instinto cercano. Esta verdad última es la que quizás puede explicarnos el hecho monstruoso de que en nuestro siglo haya sido indispensable asesinar a más de 10 millones de personas para imponer una ideología o que insurgieran aberraciones tan oscuras y primitivas como las atrocidades racistas de las que nuestra generación ha sido testigo. ¿Es posible, entonces, escapar a una militarización total de nuestra Civilización Occidental? Desde luego que es posible. El hombre ha eludido ese peligro otras veces en el pasado. Pero ello sólo podrá alcanzarse si previamente se produce una profunda transformación en nuestras estructuras técnicas y científicas que procure los recursos que urgentemente necesitamos para sofocar la escasez que nos amenaza.

Panamá, 20 de noviembre de 1972.

## ITINERARIO Y RUMBO DE LA NOVELA PANAMEÑA

Durante los últimos meses, con razones cuya referencia eludimos por escapar a los propósitos de este ensayo, se viene diseminando solapada, pero insistentemente, la duda sobre si puede o no hablarse de una literatura panameña. Se trata, entonces, de una incertidumbre con mayoría de edad, pues corriendo el año de 1937, Rodrigo Miró se inquietaba por cosa parecida para afirmar un lustro más tarde su confianza en la cuantía y méritos de una literatura nacional(1). Si bien es cierto que se ha tratado en cierto sentido de un quehacer disparejo, a largos trechos desnaturalizado, sólo el coloniaje intelectual de algunos panameños da vigencia todavía a esas voces locas que niegan la presencia de una sostenida faena literaria entre nosotros. Se ha dicho a ratos, entrando ya en el terreno feraz de las contradicciones, que "somos un país de poetas". Esto, digámoslo al paso, es una frase tonta sugerida por la ignorancia. Igualmente, se nos ha considerado mostrencos para el ensayo serio y no ha faltado la sentencia ingenua que postula el origen septentrional de la novela y en consecuencia la esterilidad de su cultivo en Panamá. Afirmaciones sin sentido, necias en realidad, propias de toda improvisación aventurera, porque tanto el ensayo en su peculiarísima calificación de género, como la novela en todo el vasto ámbito de sus razones, han tenido desde antaño cultores serios en Panamá.

Veamos pues, porque así lo dijimos en el título, qué ha sido y es la novela de la República. Su condición y sus objetivos, los factores obligantes que la configuran y su realidad trascendente. Porque entre nosotros la novela también transita el largo y a veces equívoco camino que le es inevitable en América. Consolidada como género hacia la mitad del pasado siglo, también entre nosotros da frutos por entonces, si bien de una excesiva discreción que es por otra parte la característica predominante de la novela americana.

---

(1) Rodrigo Miró: "Teoría de la Patria". Editora Sebastián Amortu e Hijos. Buenos Aires. (Pág. 11)

Cierto es que a la fecha se han dado en América obras de indiscutible valor: *Amalia* (1851); *La Cabaña del Tío Tom* (1851); *María* (1867), pero no son más. Porque el resto del continente persiste en un novelar constante cuya candidez no supera la de nuestros bisoños novelistas, por otra parte más seguros de sí mismos hacia el último cuarto del siglo. En más de dos centurias de colonia y diez lustros de independencia, América apenas si ofrece una que otra nota emotiva sobre el paisaje; algunos atisbos de picarescas y constantes relatos de viajes, y en uno y otro caso, desde el relato de los cronistas hasta el testimonio de los viajeros, deteniéndonos ante algunas señales del realismo, el pasado novelesco panameño sigue fiel al rumbo general de la problemática americana. Repetimos pues, que aun en la parquedad, Panamá en lo que respecta a un pasado literario colonial y post-colonial, aparece con las profundas limitaciones que son notables en la mayoría de los pueblos americanos.

Es indispensable, por lo mismo, proceder ya, en medio siglo de vida republicana independiente, a concretar afirmaciones de esta naturaleza. Porque sabido es que la duda, la interrogación con que iniciamos estas indagaciones, lejos de ser duda metódica, positiva, agónica, denuncia una evidente malevolencia. Mientras el pasado y el presente son argumentos notables en el esfuerzo de otros pueblos por construir a toda fuerza una arquitectura completa de su nacionalidad, esfuerzo heroico porque con frecuencia se ven obligados a arañar despiadadamente una discutible prestancia intelectual y a completar con los elogios lo que la realidad mengua, nosotros, los panameños, por un fenómeno cuya explicación invita a otro ensayo, nos entregamos al afán desventurado no sólo de dudar de los empeños constantes y dolorosos de edificar una nacionalidad sino a la tarea procaz de desfigurar lo propio en homenaje a la proposición extranjera.

Este proceso, ya lo hemos dicho, ha sido más notorio en las zonas de las artes y las letras. Intrigante es el caso, porque en lo que concierne a la literatura, es notable el sentimiento de la patria. Veamos por caso cómo este inevitable invitado de la creación artística pide su tributo a la novela.

En 1947 —agosto 21— Rodrigo Miró, el criterio más sobrio y autorizado en la investigación crítica de nuestras Letras, decía: “Uno de los hechos más importantes en la historia de las Letras Panameñas lo constituye el creciente desarrollo de la novelística. Nada tenemos hoy, en efecto, literariamente hablando, equiparable a lo realizado en estos últimos años por los cuentistas y noveladores. Y porque empezamos a percibir esa verdad, porque ese aspecto

de nuestra producción cuenta ya logros magníficos y se anuncia pleno de perspectivas, conviene investigar sus orígenes, adentrarnos en su problemática".(1) He aquí, pues, una afirmación que justifica nuestro optimismo. Y antes de proceder al examen de lo que ha sido la Novela en nuestros primeros cincuenta años de vida republicana, repasemos el suelo literario sobre el que se levanta, así que un 3 de Noviembre de 1903 la patria suelta amarras y otea rumbo.

## II

Poca cosa es lo que nos queda del ambiente cultural de la Colonia. Fuera del relato apasionado de los cronistas y una que otra historia, por muy real, fantasiosa, todo el tiempo fue poco para la aventura misma y la acción no podía esperar por los escribas, contentándose a lo sumo con la tertulia natural de los tiempos muertos. Y para evitar el tedio del plano ejercicio colonial, señoritos y damiselas equívocas se entregaron con avidez a la lectura. Porque, ahora puede decirse, entonces se leía con ansiedad y las drásticas disposiciones indianas sobre censura a la inteligencia dejaban siempre anchos boquetes por donde se aventaban con destino al nuevo mundo enormes cajones de libros. Así, por ejemplo, corriendo el año 1554, llegaban a Lima, fiados a Julio Jiménez del Río(2), librero, 2,280 libros distribuidos en 135 títulos diversos entre los que se contaban "El Arte de la Lengua Castellana", de Nebrija; "La Celestina", "El Lazarillo de Tormes"; "Orlando Furioso"; varias Biblias, "Amadís de Gaula"; "Belianís de Grecia"; "El Caballero del Febo"; "Epístolas de Ovidio"; "La Eneida", Comedias de Lope de Rueda, Poesías de Garcilaso de la Vega; "La Araucana", "Orlando Enamorado" de Boyardo; Obras de Fray Luis de León y Fray Luis de Granada; "Silva de Varia Lección" de Pedro Mexía; "Instrucción de la Mujer Cristiana", de Juan Luis

- (1) Rodrigo Miró: "Orígenes de la Literatura Novelesca en Panamá". Imprenta Nacional. Panamá. 1948.
- (2) "El 22 de febrero del mismo año, Julio Jiménez del Río, librero limeño, solicitaba a su amigo Francisco de la Hoz, entonces en España, que le llevase libros, nada menos que la cantidad de 2,280 divididos en 135 títulos diversos, de los cuales fuesen 50 de Arte de la Lengua Castellana, de Nebrija, 12 de la Celestina, 12 de El Lazarillo de Tormes, 5 de Orlando Furioso, 24 de Biblias, 6 Amadís de Gaula, 6 Bellanís de Grecia, 6 del Caballero Fabo, 25 Epístolas de Ovidio, 12 de La Eneida, 6 Comedias de Lope de Rueda, 6 Poesías de Garcilaso de la Vega, 12 de la Araucana, 2 Orlando Enamorado, de Boyardo, 6 obras de Fray Luis de León, 6 obras de Fray Luis de Granada, 6 Silva de Varia Lección, de Pero Mexía; 100 "Instrucción de la Mujer Cristiana" de Juan Luis Vives, etc...."

LUIS ALBERTO SANCHEZ: "Proceso y Contenido de la Novela Hispanoamericana"  
Biblioteca Romántica Hispánica. Edit. Gredos, Madrid, Págs. 71, 73, 74, 75, 76, 78.

Vives. Igualmente, puede decirse que más de 20 Quijotes fueron vendidos en Panamá en el año de 1,605, a dos meses de aparecida en España la famosa obra.(1) Datos éstos de una incalculable importancia y que vienen a desraizar de plano la vieja creencia de que la Colonia fue un ancho campo de silencio intelectual, en donde la hermética dictadura del Santo Oficio alejaba paternalmente a la inocente América de todo contacto con la inteligencia europea.

De modo pues, que son otras razones las que podrían explicar la ausencia de una novela en la Colonia y surge así de modo claro también que es precipitado endosar este vacío exclusivamente a nuestro pasado colonial —como se ha hecho— porque lo cierto es que sobre el tema no vamos a la zaga de muchas Repúblicas hermanas. En ésto, repetimos, se cumple en nosotros la circunstancia orgánica a la problemática americana.

No será, pues, sino muy entrado el siglo XIX cuando la novela empieza con paso propio y bastante firme entre nosotros. Igual cosa sucede en el resto de América, desde los Apalaches hasta el Cabo de Hornos. Coincidencia sumamente curiosa que debe incorporarse definitivamente en nuestros juicios futuros.

“La Virtud Triunfante”, de Gil Colunje, aparecida en el año de 1849 y publicada en el órgano de la sociedad “Los Deseos de la Instrucción”(2) es la primera novela panameña conocida. “La Virtud Triunfante”, pues, precede en dos años a la Amalia y a la Cabaña del Tío Tom y en 18 a la María de Isaacs, únicas obras éstas que dan categoría al novelar americano en el pasado siglo. Lustros más tarde aparecerá “La Perla del Valle”(3) y un esfuerzo discutible de R. Alvarez Goti, “Un Sueño”, aparecido en el Céfiro(4) mientras a mucha distancia el poeta pocriño Rodolfo Caicedo promete la publicación de una novela “La Pola”, sin que hasta

---

(1) “Aquella caja contenía 100 ejemplares del Quijote, embarcados a bordo del Espíritu Santo. Los recibió en Portobelo un hijo de Sarria, mozo de unos 24 años. En el trayecto entre Portobelo y Panamá se mojaron algunos bultos, malográndose, de juro, muchos libros. Sarria, hijo, se vio obligado a vender al punto 8 de las 61 cajas. De las 53 restantes, entregó ocho a su primo Gregorio de la Puerta que las puso a bordo de Nuestra Señora del Rosario. Las otras 45 fueron embarcadas en dos costeros, el Ave María y el Nuestra Señora del Carmen. Llegaron a Lima en Mayo de 1606. El recibo correspondiente tiene fecha de 5 de junio de ese año; se sabía que las 45 cajas contenían 2.895 volúmenes, de los cuales 72 eran ejemplares del Quijote; por tanto 28 habían quedado en el trayecto”. LUIS ALBERTO SANCHEZ; Op. Cit. Págs. 73 y 74.

(2) Rodrigo Miró: “Orígenes de la Literatura Novelesca en Panamá. Imprenta Nacional, 1948, Pág. 15

(3) Rodrigo Miró: Op. cita. pag. 19

(4) Rodrigo Miró: Op. cita. Pág. 19

ahora haya podido establecerse si tal cosa sucedió.(1) También es preciso mencionar la edición en la ciudad de Nueva York de la Novela "Mélida", de Jeremías Jaén, hecho ocurrido en 1888(2). Ya en los albores de la Independencia, Julio Arila da a la publicidad una obra titulada "Josefina", contemporánea, posiblemente, de la "Novela Exótica" de Edmundo Botello y Abel Ramos(3). Esto, pues, ocurre en las postrimerías del ochocientos y, sin detenernos en clasificaciones, ni a calificar lo que se tiene, prevalece el hecho cierto de que, desde que la novela como género se incorpora firmemente al quehacer literario americano —hecho que a nuestro entender ocurre a mitad del siglo pasado— en Panamá, tal como puede observarse, su cultivo es sostenido.

Ahora bien. Es notorio que esta secuencia se rompe al producirse el movimiento separatista. Por algún tiempo la novela parece no interesar a nuestros artistas de la primera generación republicana. Esto se avecina como un juicio indiscutible y nos acuden con premura —cosa para sospechar— dos razones. La muerte de Colunje (1899), Caicedo (1905), Jaén (1909), Botello (1911), Ramos (1901), dirigentes indiscutibles de la novelística, sumada a la presencia mortal de la Guerra de los Mil Días, rompe la continuidad indispensable al surgimiento de una gran novela. De otro lado —y esto es general a América— la impronta del Modernismo gana la imaginación de toda la juventud finisecular, abriendo una pausa en la faena novelesca.

Este será el suelo en que se levantará la novela republicana. Suelo histórico vacilante, incierto, sin conciencia de la nacionalidad, impresionante por su irrealidad, por su fuga a la verdad doliente de la patria, ya que la eterna evasiva no logrará configurar las proporciones de su preocupación. Porque a su tiempo, la novela de la primera y segunda generación republicana conservará avaramente el sello infantil de una "Mélida" o una "Josefina", obras que no logran superar el cerco terrible de una íntima y posesiva exacerbación sentimental. Es el romanticismo.

### III

#### LA HUIDA

Estamos a diez años justos de la Independencia. En el Diario de Panamá, de abril a mayo, el público sigue un folletín que cautiva

(1) Rodrigo Miró: Op. cit. Pág. 21

(2) Rodrigo Miró: Op. cit. Pág. 23

(3) Rodrigo Miró: Op. cit. Pág. 23



por la intensidad del sentimiento y la preocupación romántica de ver el presente con ojos de ayer. Son las "Noches de Babel", novela de Ricardo Miró, un nuevo que se ha escapado al torrente modernista y que agita heroico el pendón maltrecho del romanticismo. Como en su segundo intento novelesco, "Flor de María" (1922), Ricardo Miró divagará melancólicamente por el paisaje, ansioso de escenarios para su propia y personal agonía. Panameño fundamental, su visión de la patria será más bien la expresión de un optimismo circunstancial que un acto de conciencia. Se está muy cerca aún de la cruenta Guerra de los Mil Días y el diario vivir es un canto pertinaz de dragas, locomotoras, chinos, negros y yankees para tener conciencia de la patria y su realidad. En el ancho espacio que se abre desde la Independencia hasta 1920, sólo dos novelas salvan el mutismo total del género: una "Joscina", de Julio Augusto Ardila, sobreviviente del siglo pasado, salvada del folletín periodístico por la diligencia benevolente de la Tipografía de M. de Torres e Hijos quien la editó en 1903. La otra, "Noches de Babel", de Miró, ya citada.

Largo territorio este que los novelistas ceden a los poetas. A la poesía que, falseando deliberadamente los objetivos de su preocupación, vive el sueño dorado de una patria que nace, no se sabe cómo, ni con qué afanes para el porvenir. Los poetas cantarán, cantarán alegremente porque es preciso olvidar muchas cosas y porque falta la epopeya, falta el heroísmo que invite al verso patriótico. Es el momento en que la República, necesitada urgentemente de artistas, escritores, es decir, precisada de la inteligencia que dé lustre al Estado recién construido, aplaude, aplaude a batir una poesía que huyendo a la realidad se entrega a la idealización. "Sin embargo —dirá Rodrigo Miró— esta generación desempeñó su papel, un papel más político que literario, porque contribuyó poderosamente a mantener el optimismo indispensable a la salud del nuevo Estado".(1)

Será ya montando la tercera década cuando la novela gana la estimación de otros cultores. Así, aparecerán sucesivamente "La Gaviota", de José Isaac Fábrega, "Liliana", "El Enigma Formidable", "Flor de Vesania", "El Sendero Inevitable", debidas a la imaginación feraz de Joaquín Darío Jaén; "Flor de María", de Ricardo Miró; "Panamá" de Narciso Navas; "en la Rueda del Hado", de Francisco Carrasco; "Una Punta del Velo", de Guillermo Andrevc. Incluye, violentando la condición, un libro que estimo de

---

(1) Rodrigo Miró: "Cien Años de Poesía en Panamá" Imprenta Nacional. 1953, Página 15.

fundamental importancia: me refiero a los "Cuentos de la Ciudad y del Campo" de Ignacio de J. Valdés, cuyo mensaje, desapercibido entonces, señala certeramente los elementos que constituirían luego la textura de la novela panameña. El ciclo termina con un libro rezagado, "A través del Tormento" (1931) de Francisco Clark, obra aterradora, alucinante, testimonio dolorido de un hombre que vivió el suplicio fantástico de agonizar en la tumba de su propio cuerpo, que bien podría aspirar al puesto de abanderado. Esta primera zona de la novela panameña es un homenaje constante al narcisismo, al yoísmo, época en donde la peripecia personal se exalta a la categoría de bien público. Aunque en el año 18, como consecuencia inmediata del Canal, se habían producido las primeras conmociones sociales y la post-guerra precipitaba los movimientos inquilinarios de 1925 y 1928, nuestros novelistas prefieren las narraciones azules de algún cuento olvidado por Darío; las historias galantes sobre París y otras distintas capitales, transcurrir como dulces Chateaubriands imaginando paisajes para la trama de algún lance gentil, paisaje que existía real y poderoso, verdadero y absorbente. Es el síntoma del mal de la República. Temerosos de la presencia terrible de una realidad nueva, distinta —el Canal— se dieron a la fuga, al olvido imprudente, como si un recurso tal pudiese posponer indefinidamente el encuentro inevitable del panameño con su destino. Es, pues, la novela de este largo pasaje —1903—1931— testimonio veraz de una época que vivió conscientemente de espaldas a la nacionalidad. Es la novela de la Huida.

#### IV

#### PRESENTIMIENTO Y DUDA

Dijimos que un libro, "Cuentos de la Ciudad y del Campo" de Ignacio de J. Valdés, pasaría desapercibido. Es un mensaje que llega del hondón de los montes, con un lenguaje y una temática que no encaja en el imperio optimista del cosmopolitismo. De un modo u otro, el panameño ha vivido bajo el presentimiento de un determinismo geográfico. Algo que estaba más allá de nuestra voluntad nos condenaba fatalmente a ser corazón del mundo. Y si algo en lo cotidiano tendía a contradecir ese destino, voces de dentro y fuera echaban mano a la historia de Balboa, se repetía hasta la inocuidad la célebre visión de Bolívar y se discutían las bases del Congreso Anfictiónico de 1826 para reiterar la razón inapelable de la geografía. No había campo pues para la tierra, para la invocación telúrica. Por eso, estaba escrito que el mensaje de Nacho Valdés pasaría desapercibido, si bien incorporado en el registro de las curiosidades. Otro libro, publicado dos años después, "Alma

Campesina", (1930) de José E. Huertas, no lograría superar la suerte discreta de "Cuentos de la Ciudad y del Campo".

Sin embargo, no puede olvidarse que hace dieciséis años fue inaugurado el Canal. Ya no prevalece el ruido tenaz de la dragas, de los camiones, ni la febrilidad alucinante del trabajo. En cambio, los aledaños de la ciudad están atestados de batallones escandalosos de negros jamaicanos y las goteras mismas de la ciudad así como los terminales del Canal, Panamá y Colón, son vastos campamentos de barracones en donde se hacina la mano de obra que consume la Zona. Pero hay más: el Panameño se estremece ante un presentimiento espantoso: el Canal no ha sido la solución de todos sus problemas. No es la felicidad perpetua de que tanto se habló. ¿Qué había pasado? ¿Cómo era posible que lo que fue constante afirmación de nuestra historia, sentencia inapelable en la boca de nuestros mejores hombres y canto general de la burguesía nacida en Cruces, fortalecida con el ferrocarril interoceánico, consolidada con el desbarajuste del Canal Francés y de personería política con la Independencia, cómo es que aquella ilusión, repetimos, se desplomara toda inútil ante la impotencia unánime? La respuesta estaba a la vista: el desempleo aumentaba, la post-guerra nos constreñía, el presupuesto nacional seguía terriblemente angosto(1) y en las calles se inauguraban los primeros muertos y aparecía la sangre hasta entonces desconocida de las primeras contiendas inquilinarias. Nace la duda, las primeras señales de la duda que será, salvada la segunda generación, afirmación en la auténtica novela nacional.

Sin embargo, esta duda no llevará a nuestros novelistas del 30 a indagar sobre las razones primeras de nuestro problema nacional. Radicada definitivamente la novela en la clase media panameña, será la última, por razones históricamente claras, en descubrir lo que suceda en el nivel que pisa y en las alturas que orientan el Estado. Ha sido siempre la condición lamentable y los frutos lógicos de la clase media de todos los tiempos y en todo el mundo. Pero es el caso que la duda que flota hiende todos los intersticios de la problemática estructura del Estado. Hay una verdad: el Canal no ha sido la respuesta feliz a todas las ilusiones. Antes por el contrario: asoma el presentimiento de que se precipitan poderosos problemas sobre el porvenir, cuya solución sabe Dios cuál será posible.

Este elemento nuevo, hasta entonces desconocido en la literatura panameña, se incorporará definitivamente en la imaginación nacional. Pero, desde luego, no se ha perdido todavía la fe en la

---

(1) En 1930 el presupuesto era aproximadamente B/. 7.096.628.50.

salvación de la patria por la gracia del Canal, si bien se sortea pe-  
liagudamente la cuestión. Ahora será el cosmopolitismo, la fu-  
sión de las razas, el desprendimiento, la obsesión de los dirigentes  
panameños. Bajo la falacia ya metida en la sangre de que somos  
“puente del mundo, corazón del universo”, y convencidos de que  
la carnicería espantosa de la primera guerra mundial, no se repe-  
tirá, pues una novela “Sin novedad en el Frente”, advierte a la  
humanidad que la paz perpetua ya es posible, pensamos seria-  
mente que el Istmo de Panamá está llamado a convertirse en el  
crisol del mundo futuro. La novela de esta época desviará el  
sentimiento de la duda hacia un nuevo objetivo que ya no es el  
Canal: el de ser la tierra del hombre universal. Y nuevamente aquí,  
como en toda la novela de la Huida, está ausente el sentimiento  
nacional. La figura de la Patria continúa como algo sumamente  
confuso, borroso, que nadie logra precisar, si bien se advierte en-  
tonces por primera vez en nuestra literatura, cierto afán intros-  
pectivo, cierto propósito de examinar la conciencia, como si dijé-  
ramos, escrúpulos para el cumplimiento de la nueva misión: el logro  
del hombre universal.

Estos elementos —la duda, el optimismo universal y la intros-  
pección— es indispensable considerarlos al analizar la novela de este  
período. Surgen así, en creciente sucesión, “Pasó en Panamá la  
Nueva”, “Minutos de una Vida Vulgar”, de Rodolfo Aguilera Jr.;  
“Consecuencias de un Pecado” (1936) de José Isaac Fábrega; “El  
Tesoro del Dabaibe” (1934) de Octavio Méndez Pereira; “Treinta  
Años” (1936) de Antonio Moscoso B., “La India Dormida” (1936)  
de Julio B. Sosa; “Roja y Pálida” y “Sangre de Fuego” de Alfredo  
Cantón; “La Tragedia del Caribe” de Erasmo de la Guardia; y  
“Gérmenes Incorruptibles” de Jorge D. de Icaza.

Detengámonos un momento en una novela que a nuestro enten-  
der recoge plenamente las tribulaciones de esa hora: “Crisol” de  
José Isaac Fábrega. Sin discusión alguna la novela más notable del  
momento, plantea ilusionadamente la posibilidad de que nuestro  
Istmo, llamado a ser un Crisol de la humanidad, olvide sus condicio-  
nes nacionales para convertirse en escenario en donde han de fun-  
dirse las razas para dar el hombre universal. Aunque Fábrega plan-  
tea el problema en términos americanos —anglosajón e indoameri-  
cano— insiste en el embeleco unánime de que América será el  
mundo del mañana. Es la obra menos espontánea de la época.

La trama, dirigida ideológicamente, se desenvuelve en un inge-  
nio del interior, ubicado en la provincia de Coclé. Alrededor de  
Rafaelillo Cevallos, especie menguada de rastacuero criollo; O’Neil,  
ingeniero norteamericano; el español y una bella muchacha sacada

de algún sitio de Suramérica, se produce el enredo que permitirá el nacimiento de Pedrito, el panameño del mañana. Elementos todos extraños, reunidos antojadizamente por Fábrega en un sitio cualquiera de Panamá, para producir el hombre del futuro, que no es panameño, desde luego, porque a todo lo largo de la novela, actúa por ausencia el panameño.

Veamos lo que nos dice al respecto Rodrigo Miró: "Crisol" es el ensayo de novela mejor logrado entre nosotros y estamos obligados a ponderar su justo valor dentro de las fronteras nacionales. Sin embargo, el interés que la obra deja de tener, observada en un plano emocional y artístico, lo gana al advertirse la magnitud de los elementos políticos y sociales que encierra".(1) Y más adelante agrega Miró: "No es por azar, lo veremos luego, que entre los tipos humanos que han de dar el compuesto de la nueva estirpe panameña no aparezca el hombre representativo de nuestra población de hoy. El panameño de nuestro interior actual, el mestizo, el zambo y el mulato que nos dejara la colonia, apenas si se distinguen en el mundo imaginado por Fábrega... Estos hombres, con los que Fábrega quiere fabricar nuestra vida futura, son ajenos a nuestro medio ambiente físico y social, implican injertos realizados sobre el tronco de un mundo con el cual no tienen ninguna vinculación".(2) Otro crítico de la época, Roque Javier Laurenza, paga su tributo también a este sentimiento, tal vez más comprometido él que ninguno en aquella necedad que llamaban el panameño nuevo. Oigámosle a propósito de "Crisol": "La novela de Fábrega cumple con esta tarea de rango nacional. Desde su posición filosófica y política, aunque él mismo no quiere sino actuar con cierto realismo, Fábrega plantea el ineludible problema de las razas que se van uniendo a nuestro suelo para formar el cocktail étnico que será y ya es el panameño".(3) Y líneas más adelante paladinamente: "Esta novela es la novela del criollo. En el drama que culmina con el amor de los dos personajes de la obra, sólo se unen el vino de Málaga y el jugo dulce de la caña india al fuerte y rubio licor de los sajones. Fábrega es el novelista que le faltaba desde los días de la Emancipación, a los criollos, a los nietos de los españoles". Este es un ejemplo claro del síntoma de la época. Tanto el crítico como el novelista, más el primero que el segundo, se pierden en una mezcla de términos impropios y conceptos falsos, obsesionados por el empeño de gritar

---

(1) RODRIGO MIRO: "El Desencanto de las Cumbres", ensayo publicado en el quincenario Frontera, número correspondiente al 19 de febrero de 1937.

(2) RODRIGO MIRO: Op. cit.

(3) ROQUE JAVIER LAURENZA: "Fábrega, el Novelista de la "Raza", Publicado en el quincenario "Frontera". Enero 16, 1937.

a los panameños que el único destino, desilusionados ya del Canal, será el de crisol de razas. Epoca todavía feliz, ingenua, en donde el panameño no había logrado fijar las causas de su angustia y se proponían locuras para recobrar el optimismo.

## V

### ADVENIMIENTO DE LA PATRIA

Hacia mediados del 30 la historia nacional adquiere velocidad sin precedentes. Una constelación de hechos —externos e internos— golpea y estremece toda la superestructura del estado panameño. En lo internacional, la guerra española, las exigencias del nazifascismo y las purgas de Moscú hablan claramente de la inminencia de una nueva guerra. En lo interno se ha producido un hecho fundamental que entraña un vuelco absoluto en la concepción de la historia patria. Lo que había sido duda y presentimiento en la novela inmediatamente anterior, se anuncia como un postulado profundo en la administración del Dr. Harmodio Arias y se continúa en la obra administrativa de Juan Demóstenes Arosemena. Por primera vez un mandatario comprende, descubre, que el Canal es fuente de conflictos y que no representa en sí solución alguna a la problemática istmeña.

Este descubrimiento lleva al gobierno de H. Arias hacia los dos extremos de nuestro proceso histórico: en lo internacional procederá al examen y al replanteamiento de nuestras relaciones contractuales con los Estados Unidos, y en lo interno iniciará una vigorosa ofensiva de vuelta al campo, de regreso a la tierra, porque han fracasado aparatosamente las esperanzas canaleras. La crisis ocurrida tres años antes —1931— sumada a la insurgencia de los primeros movimientos socialistas, concurren a dar pleno contenido nacional a la administración del Dr. Harmodio Arias. Este cambio insólito en la concepción del estado que reemplaza a la vieja filosofía —“Panamá por y para el Canal”— será llevada a planos de optimismo glorioso por Juan Demóstenes Arosemena al construir la Escuela Normal de Veraguas. Y estas cosas suceden justamente cuando don José Isaac Fábrega habla del panameño universal, Aguilera Jr. escarbaba en la concupiscencia capitalina, Moscoso se cita apasionadamente a sí mismo, mientras Julio B. Sosa, en la frontera del gran acontecimiento, no logra precisar la magnitud de la patria que se nos viene encima y busca en su corazón la leyenda que no encuentra en el pasado.

De pronto se produce el milagro: la patria deviene objetivo y esencia de la literatura novelesca. Se buscan inútilmente en el pa-

norama las señales, desteñidas por el tiempo, de Ignacio de J. Valdés y José E. Huertas. Nada. Toda la precedencia literaria la ocupa una temática falsa, sin contenido, porque campea en la novela de los primeros cuarenta años republicanos la gran mentira que había surtido la imaginación de la dirigencia política panameña. Sin embargo, se palpa en el ambiente el deseo ostensible de romper definitivamente con el pasado. Para el caso, inunda el paisaje cierta simpatía por las cosas de nuestro campo, algo que es cariño benevolente por la geografía y los hombres que están más allá de la peripecia canalera: zona totalmente desconocida aunque de alguna prominencia en los registros electoreros. Así, allá por 1937, un joven desconocido, José María Sánchez B., publicará de tarde en tarde cuentos de su patria chica, cuentos en que se eleva la contingencia campesina a la categoría de obra de arte. De inmediato se producirá la invasión, pues tocándole los talones a José María Sánchez B., llegarán Mario Augusto Rodríguez, Ramón H. Jurado, Carlos Chang Marín, César A. Candanedo, Julio B. Sosa, J.A. Cajar Escala, Lucas Bárcenas y Moisés Castillo, quienes alentados por la obra precursora de Nacho Valdés, José Huertas y Gil Blas Tejeira, conquistarán para el tema de nuestros campos un puesto notable y definitivo en la literatura nacional.

Veamos entonces qué ha ocurrido en la novela, cuya última expresión de envergadura es Crisol, que proclama la presencia histórica del "panameño universal".

Como consecuencia inmediata del descubrimiento del nuevo tema, de la nueva realidad, se produce un florecer insólito del género novelesco. A la zaga siempre hasta entonces de la poesía y el cuento, asume a principios del cuarenta la hegemonía absoluta del campo de las Letras Nacionales, comando que todavía conserva. Así aparecen, convocados exclusivamente por la presencia de la Patria, "Tú Sola en mi Vida", de Julio B. Sosa; "Birulí", de Miguel Amado; "Vida" de Fermín Azcárate; "El Cabecilla", de José A. Cajar Escala; "San Cristóbal" y "Desertores" de Ramón H. Jurado; "Rumbo a Coiba" y "La Yerba" de Mario Riera P.; "Puente del Mundo" y "Playa Honda", de Renato Ozores; "Plenilunio", de Rogelio Sinán; "Luna Verde" de Joaquín Beleño; "Tierra Adentro", de Manuel de J. Quijano. Toda la novelística de este tiempo crecerá con la obsesión constante de la patria. Contradiciendo de plano la literatura precedente que buscaba ansiosa en otras tierras personajes y temas, ésta, por el contrario, encontrará exclusivamente en la realidad nacional, en el panameño y su circunstancia, los elementos totales de la novela. De una manera constante, el asunto de la Patria será razón primera de la ficción novelesca de este momen-

to. Detengámonos un instante en la consideración de dos obras que ayudan a explicar la distancia que separa a dos concepciones que cronológicamente son vecinas. Nos referimos a "Crisol" de José Isaac Fábrega, ya mencionada, y a "San Cristóbal" de Ramón H. Jurado. Entre una y otra sólo transcurren siete años —"San Cristóbal" gana el premio Ministerio de Educación en 1943— y sin embargo, responden a dos mundos históricos distintos.

Ambas tienen notables puntos de coincidencia: la geografía en que se desenvuelven es la misma: la provincia de Coclé. El escenario novelesco es idéntico: un ingenio azucarero. Sin embargo, son siglos los que separan las concepciones históricas de sus respectivos mundos novelescos. Mientras Fábrega reúne trabajosamente a un yankee, a un español y a una boliviana para producir el panameño universal, en San Cristóbal, en cambio, la tierra, el sistema social, el pasado y la angustia alcanzan talla de personajes para configurar una visión desconocida de la patria. Obra vacilante, paga con frecuencia tributos a la exaltación. Pero si bien es cierto que Jurado abusa de la forma y flaquea en la conducción de ciertos caracteres y situaciones, la obra tiene en cambio momentos de autenticidad. Porque lo que en Fábrega fueron instrumentos premeditados para la propuesta de una visión falsa de la patria, en Jurado, el hombre y la tierra devienen realidad histórica.

En el mismo año —junio de 1943— otra novela enrumbará hacia lo nacional: "Tú Sola en mi Vida", de Julio B. Sosa. Radicada en uno de los momentos más tensos del pasado siglo, la novela de Sosa es una exaltación oportuna de la capacidad heroica nacional. Obra de un hombre que había resuelto empeñar la vida en la faena sublime de cauterizar los pecados de nuestro sistema político, se rinde a ratos a los empeños catequistas del autor.

Un año después —1944— el público conoce una obra de notable importancia, triunfadora en el concurso del Ayuntamiento en 1942: "El Cabecilla", de José A. Cajar Escala. Destinada a recoger las experiencias dolorosas de unos campesinos empujados al fragor de nuestras campañas políticas, es un relato admirable, en donde la realidad rural y la rudeza intelectual de sus habitantes se acoplan para dar una visión impresionante de nuestros campos.

A la altura de 1947, una novela se aparta drásticamente de la tónica imperante: "Plenilunio" de Rogelio Sinán. Libro de una envidiable perfección técnica, resulta un fugitivo del momento histórico panameño, porque Sinán, viajero impenitente, vive bajo el embrujo pertinaz de otros lugares. "Plenilunio", pues, registra fielmente las experiencias andariegas de su autor, desligado con razón del movimiento que, surgido de la tierra, avanza derecho a la tierra.



Esta circunstancia dejó sin escuela a Sinán, pues corriendo el mismo año, un joven frenético —Mario Riera Pinilla— gana ciudadanía literaria con un lamentable manifiesto novelesco —“Rumbo a Coiba”— que afortunadamente supera dos años después con una novela de indiscutible categoría, “La Yerba”, calurosamente afiliada al movimiento ruralista. “La Yerba”, de gran emoción patriótica, cumple toda su peripecia en el hondón de nuestros campos. Ganada por esta tendencia absorbente, llega a las librerías una novela editada en Europa —“Birulí”— de Miguel Amado, de originalidad y autenticidad dudosas. Una novela —“Vida”— de Fermín Azcárate, adolescente y confidencial, sustraída al torrente ruralista pasa inexplicablemente desapercibida.

Dos obras de consideración representarán a los años de 1949 y 1950: “Playa Honda” y “Puente del Mundo”, de Renato Ozores. Por parecidas razones que Sinán, Ozores encuentra serias dificultades para asimilar y escribir ruralismo. Sin embargo, consciente de la ansiedad reciente del panameño por conocerse a sí mismo —a eso responde el ruralismo— en “Playa Honda” logrará un cuadro veraz de la condición decadente de nuestras clases dirigentes, amenizado con esporádicos paseos al campo con los que intenta Ozores pagar cuota al Ruralismo. En “Puente del Mundo”, siempre con la preocupación de la patria, Ozores buscará en la historia razones para explicar algunas áreas de la realidad panameña contemporánea.

El 30 de octubre de 1951 se publica una novela destinada a una prolongada vigencia en la literatura nacional. Se trata de “Luna Verde”, de Joaquín Beleño, que ostenta un subtítulo, pintoresco hasta conmover: Diario Dialogado. Con “Luna Verde” por primera vez el Canal de Panamá interesa como tema novelesco, pues hasta entonces la presencia norteamericana en la República sólo había calorizado la imaginación de algunos extranjeros, mientras el Canal de Panamá brillaba por una sospechosa ausencia en la poética y la novelesca nacionales. Ese cuantioso aspecto de nuestra realidad maduraba presuroso como objetivo literario, esclarecido y exaltado por el torrente arrollador del ruralismo. Toca a Joaquín Beleño C. abrir la trocha. Pero justo es decir que el Canal como hecho, como fuerza apabullante y deprimente de la nacionalidad, se le fuga de entre las manos a Beleño, quien al final de cuentas pidió a la imaginación lo que estaba, lo que era la realidad.

De la misma fecha es “Tierra Adentro”, de Manuel de J. Quijano, obra rezagada pero llena de amor por nuestras cosas, en cierto sentido impuesta por la influencia avasalladora del ruralismo.

A principios de 1952 una nueva novela de Jurado —“Desertores”— confirma la presencia del movimiento ruralista desde un

ángulo distinto: la historia. Victoriano Lorenzo y los elementos novelescos de la obra —con frecuencia disminuidos por la insistencia didáctica de Jurado— son factores vivos del pasado que se conjugan en la problemática panameña actual.

## VI

### BALANCE Y ESPERANZA

De este breve análisis sobre la novela en los últimos cien años —1848-1952— se desprenden conclusiones importantes que ayudan a la formación de un juicio sobre la novelística nacional. Así, por ejemplo, vemos que la creación pre-republicana sigue fielmente los rumbos generales de la novela americana. Si bien en cuantía y méritos no hay prendas para el orgullo, son muy pocos los países hermanos que a la fecha pueden gloriarse de cosa semejante.

Es ganada la independencia cuando la novela panameña obedece las directrices de su espacio-tiempo histórico. En la primera época —la Huida— vivirá del oro y la abundancia reinante. Nada entonces amenaza el porvenir de la República y el Canal —todo promesas— daría graciosamente lo que no había por qué pedir a la tierra.

Sólo hacia la segunda etapa de nuestro proceso novelesco —Pre-sentimiento y Duda— el panameño empieza a interrogarse a sí mismo, desconfiando de la ventura canalera. Pero si la dicha del Canal es incierta, está en cambio evidente la suerte de nuestra geografía. Puerto de todos los caminos, Panamá se imponía la renuncia absoluta a su propia identidad en beneficio de nuestra misión universal. El yoísmo de la Huida, se reemplaza con cierta tendencia a la introspección social, sin solidez ni propósitos claros. “Crisol” será la novela arquetipo de esta región flotante de nuestras letras. Sus páginas, de pulcritud plausible, harán de jubilosa bardiza a esa fanfarria inocente del panameño universal.

Es pues con el ruralismo cuando la novela panameña gana voz propia y consistencia. Al encuentro con la patria olvidada, la imaginación alcanza vuelos hasta entonces desconocidos. Es por ello que a nuestro entender el Ruralismo es el acontecimiento más importante de la historia literaria del país. Ciertamente es que en los predios de la poesía ocurre la insurgencia Modernista, pero se fatiga pronto y muere de hastío. Igualmente florece en la poética la innovación vanguardista de la cual arden aún ciertos fanales: “Onda” de Rogelio Sinán y “Kodak” de Demetrio Herrera Sevillano. Y aunque el Vanguardismo invade todo el ejercicio poético reinante, no alcanza a ocupar territorio permanente.

Toca pues al Ruralismo, fincado definitivamente en el cuento y la novela, dar contenido y talla a la literatura panameña. Concorre a apoyar este juicio el creciente interés que las letras nacionales despiertan en el extranjero. En el caso del cuento, por ejemplo, José María Sánchez B., Rogelio Sinán y Mario Augusto Rodríguez figuran con rango en una clasificación continental.

Ahora bien: ¿qué es el Ruralismo? En 1947 lo definíamos de la siguiente manera: "Es el hecho histórico que no puede confundirse con el Realismo ni con el Naturalismo", y agregábamos: "Se trata de un movimiento literario que busca en la circunstancia rural la totalidad de los elementos novelescos. Es, además, una actitud intencionada, ideológica, en donde la espontaneidad se somete a los propósitos"(1)

¿Qué es lo que caracteriza este movimiento hasta el extremo de identificarlo como actitud de una generación? Primero: el descubrimiento de la patria. Segundo: la anarquía política y la Segunda Guerra Mundial. Tercero: el hecho de que casi todos sus cultores son de procedencia interiorana.

El Ruralismo, pues, es el empeño manifiesto de valorizar las zonas campesinas, presentarlas como base de la nacionalidad, proponiendo como futuro inmediato de la República la vuelta al campo. Ocurre justamente cuando el estado canalero fracasa rotundamente a medio siglo de ejercicio.

- 
- (1) RURALISMO: Nosotros usamos el término Ruralismo en un sentido particular, es decir asociado a la nueva actitud política que insurgía. Su propósito era el de definir la narrativa que se enfrentaba a esa actitud extranjerizante, imitativa y servil a los patrones literarios extranjeros, especialmente a los norteamericanos y que cultivaban con mucho estruendo y poco volumen algunos cenáculos de la ciudad capital, de clara y confesa estirpe canalera. Eran esas escuálidas élites que despectivamente calificaban de "cutarrera" la nueva literatura que despreciaba y condenaba el país "canalero". No pretendemos considerarlo una corriente naturalista porque este movimiento no buscaba una imitación de la naturaleza. Tampoco el ruralismo podía asimilarse a lo que Luis Alberto Sánchez denomina novela costumbrista, aun en las acepciones que él propone, es decir, la propiamente de costumbres y la de escenario.

Tampoco puede el ruralismo considerarse un tipo de realismo, ese que Unamuno condenaba por pedestre. Menos aun al realismo que aparecía cuando declina el resplandor del romanticismo. Sin embargo debemos decir que Rodrigo Miró al referirse al movimiento lo denomina "Regionalista", expresión que también utiliza Luis Alberto Sánchez en su Breve Tratado de Literatura General. Para nosotros el Ruralismo a más de ciertas características de algunas de las escuelas arriba mencionadas, tenía, a más de la propiedad de las costumbres, el ambiente y los escenarios, un fuerte aliento imaginativo y una gran inclinación a la metáfora, al brillo de la palabra, al esplendor incandescente de la frase y transitorios tributos a la psicología. Para utilizar un término plástico que le sería muy adecuado, el ruralismo sería a la narrativa panameña lo que el impresionismo fue a la plástica.

Ahora bien; hay quienes niegan el valor estético y la permanencia literaria del Ruralismo. Quienes así hablan —vasallos intelectuales de cualquier idea rara— pregonan la universalidad como objetivo de la labor creadora y denuncian la limitación temática del Ruralismo. Replicar a esa necesidad es abrir páginas para otro ensayo. Pero sólo apuntaremos dos ideas: el Ruralismo es una etapa histórica que tiene y debe ser superada una vez cumplidos sus objetivos. Segundo: la universalidad no se busca: se descubre. El hombre y su suerte en todo tiempo y lugar son elementos universales y sólo a través de nuestro hombre de carne y hueso en su personal geografía podría encontrar la literatura panameña las condiciones de su universalización.

Panamá, 1953.



## UN TIEMPO Y TODOS LOS TIEMPOS

HERENIA, LA LEJANA

A Boris Zachrisson

Me aproximé con sigilio. Seguro estoy que no sospechaba mi cercanía. Sin embargo, con precisión increíble, tornó el rostro, clavándome sus ojos hondos, tristes como la distancia. Mirándome indefinidamente, sin asombro por mi insólita aparición, dijo bajo la mirada imprecisable:

—Vienes como desde el tiempo.

Me aterró semejante recibimiento. En realidad habían ocurrido tantas cosas que, en cierto modo, éramos sobrevivientes. En el mismo tono de cansancio agregó:

—Dónde estuviste toda esta eternidad?

Me resultaba difícil encontrar respuesta para sus palabras. Me llegaban envueltas en un aire de fatalidad y no encontraba el modo de penetrar esa densa soledad que la envolvía.

—Ni yo mismo lo sé.

Y como si no hubiese entendido mis palabras, insistió:

—¿Qué te trajo desde tan lejos?

—No me encontraba lejos— respondí de inmediato tratando de romper el halo fatal que la arrastraba.

—Ah— dijo. —Yo te veía caminando siempre hacia mí, siempre, de día, de noche, a todas horas y nunca he podido comprender por qué no llegabas...

—Soñabas y a veces los sueños pierden... —Y como si hablara con otra persona, expliqué: —Jamás podríamos encontrarnos porque andábamos por mundos distintos.

—Es cierto. —Y como si su voz me llegara con neblinas: —Han pasado tantas cosas...

—Lo sé. Por eso estoy aquí.

—¿Y eso qué soluciona?

—Nada. Pero conversar ayuda...

—Es cierto.

Tras esas palabras, se abrió un espacio. Yo sentía que no sólo era obra del silencio que se alargaba en ese atardecer sin luz ni ruidos, sino algo físico, sólido, como si sucesivas olas de tierra nos alejaran. Entonces sentía que desde esa otra orilla en donde ya se desdibujaba me llegaban sus palabras. Eran hojas enloquecidas que vientos extraños lanzaban contra mí.

—¿Crees que la muerte rejuvenece? —la oí decir desde tan lejos.

—No sé. Todo lo que tiene que ver con la muerte es misterioso...

—Pues sí, rejuvenece— me replicó, segura de sí. Y prosiguió: —¿Recuerdas la noche aquella, la última en que tú y yo nos vimos, cuando inesperadamente apareció ante nosotros...?

Reconstruyo el grotesco espectáculo. Ella, muy junto a mí, hablaba cosas de su inmensa imaginación. De pronto surgió él, frente a nosotros. Ella no hizo el más leve movimiento. Ni siquiera cesó de hablar. Cuando se detuvo fue para levantar lentamente la mirada hacia él y sostener el silencio. Entonces, no sé si asustado por su irreverencia o decidido a lo irreparable, dije: “Decídetes. Te quedas con él o vienes conmigo”. El, allí, de pie, muy cerca, aguardando el infinito; ella, con la mirada perdida en su rostro agredido por las sombras, silenciosa también, y el tiempo paralizado. Entonces, con esa misma voz que ahora me habla, dijo: “Espérame”. Y volviéndose a mí, simplemente agregó: “Adiós”. Desde entonces son muchos los años transcurridos.

—Desde luego, la recuerdo— respondí como quien despierta.

—En ese momento decidí de una vez por todas mi vida. Cuando me alejaba hacia él y permanecías a mis espaldas sentí que un manojo de hilos azules —¿por qué serían azules? —se rompían

uno a uno. Cuando estuve a su lado, vi cómo te devoraba la lejanía.

Hizo una pausa como de ausencia y yo la oía, sin atreverme a interrumpirla, porque su voz me llegaba desde la otra orilla. Siempre con un dejo indeciso entre el cansancio y la agonía, prosiguió:

—Vino aquello horrible del matrimonio y los enormes años. Los días como desiertos... las noches eran silencios largos donde los recuerdos ni siquiera se aproximaban.

Volviéndose repentinamente hacia mí, dijo:

—¿Recuerdas bien cómo era?

—Sí — respondí.

—Era normal. Más bien feo, pero de un contorno agradable. Y como tú... Es más... diría que era más joven.

—Es posible.

—Pues bien, un día cualquiera descubrí un hecho curioso. Lo encontré en un detalle insignificante, tan insignificante que no puedo memorizarlo. Pero era evidente el acontecimiento: ¡Envejecía! Envejecía ardientemente. El descubrimiento desató en mí una insana curiosidad. Desde ese momento me di a perseguir la más mínima señal en su rostro, en su andar, en sus brazos. Así constaté, por ejemplo, que los ojos se le achicaban; que los brazos enflaquecían vertiginosamente; que la cara se le encogía, se achicaba velozmente. Era un proceso raudo, sencillamente monstruoso. En ocasiones le decía: “¿Te sientes bien? Y él respondía: “Perfectamente”. Yo lo acosaba: “¿No te notas nada extraño?” “Absolutamente”— respondía mientras me reprochaba: “Tú siempre andas viendo cosas”.

En ese momento hizo una larga pausa, buscando sabe Dios qué recuerdos en el horizonte. Yo no atinaba a decir nada, ni a tocarla siquiera, porque para entonces, crecía en mí la convicción de que no era otra cosa que un recuerdo que me hablaba. Regresó desde lo más extraño y dijo, mirándome, por vez primera, fijamente a los ojos:

—Yo te diría que fue cuestión de días. Envejecía atterradoramente. Era tan obvio el hecho que todos callaban por compasión. Sólo él no percibía cuanto le estaba sucediendo. Nosotros lo atribuimos al exceso de trabajo porque, evidentemente, se entregó al trabajo con frenesí morboso. Era un trabajador perseguido por la fatalidad. Era el esfuerzo tenaz, agotador, sostenido, sin éxito. Da-



ba dolor contemplar su afán inútil, ese diario comenzar, ese desesperado entusiasmo por empezar lo que siempre concluía en fracaso. Y él no parecía comprender cuanto le sucedía, que a cada nuevo día, que al final de cada nuevo intento, su situación era más desesperada. Un día me dijo:

“—Quiero que tengas todas las cosas en orden.

“—¿Qué cosas? —le pregunté.

“—Las cosas, pues” —fue toda su respuesta.

No mucho tiempo después, me dice en tono grave aún pero sin ceremonias:

“—Toma este dinero y consévalo. Puede serte útil en cualquier momento.

“—El dinero siempre es útil en todos los momentos” —le respondí yo sin comprender si había algún significado oculto en sus palabras.

“—Yo sé lo que te digo” —agregó por toda explicación.

Nunca supe la cantidad y por mucho tiempo olvidé definitivamente en dónde lo había colocado. Sólo aquel día, como iluminada por un reproche, recordé con una precisión increíble el sitio en donde se encontraba el dinero, cuya utilidad era en esos instantes precisamente, desmesurada. Por esos tiempos los rastros de la vejez se le acumulaban apresuradamente por todo el cuerpo. ¿Sabes...? Me duele y me desagrada hablar de estas cosas...

—A veces conviene hacerlo.

—Es cierto —repitió como en la primera ocasión. —Por eso lo hago ahora. Así, pues, sobra decirte que poco era lo que quedaba ya de su porte elegante, de su pelo rojizo, de su piel tersa, porque la ancianidad lo devoraba sin piedad. Era algo grotesco, indescriptible. A tal punto había avanzado el misterio que no era fácil reconocerlo. Sólo él ignoraba cuanto le estaba ocurriendo. ¿Lo ignoraba en verdad? Un día salimos con un propósito definido que ahora mismo no recuerdo. No bien nos alejamos de la casa, me dijo:

“—Debo regresar. Olvidaba que tengo una cita y necesito unos papeles que están en casa.

“—Te acompaño —le dije.

“—No hace falta —replicó—. Es necesario que cumplas cuanto antes ese encargo. Te veré luego—”.

Sin más explicación detuvo el auto y regresó a casa mientras yo tomaba rumbo distinto. Anduve sin concierto por muchas par-

tes. Algo me incitaba a no regresar. Pero un desasosiego mayor me indujo a volver y así —alzó hacia mí sus ojos— a poca distancia de la casa una aglomeración insólita me previno de lo sucedido. Una voz vecina me dijo: “Herenia, no sigas”. Ya no tuve dudas. “Si yo no quiero seguir —le respondí. —Me quedaré en su casa”. Cuando la multitud se desvaneció y todo parecía plácidamente normal, me encaminé a casa envuelta en una absoluta serenidad. Todo estaba igual allí. Hasta pensé que sólo habían sido alucinaciones, estorbos de los presentimientos. Estuve recorriendo la casa, lenta y maliciosamente, buscando algún signo que aplacara mis temores, mas nada delataba el acontecimiento. De pronto, un lamentable descuido de quienes quisieron privarme de cualquier horror, me situó frente al suceso: desde la puerta del baño, comenzaba a avanzar hacia la sala un hilo de sangre. Fue el presagio de la revelación total. Entonces alguien, ante lo irreparable, me dijo cuanto sucedió.

En ese momento comencé a sentir extrañas sensaciones en mi cuerpo, particularmente en la cara. Pequeños y sostenidos tirones bajo los ojos me hacían pensar que mi piel se estiraba. Semejante era la sensación de que se me amontonaban las arrugas. Pero esta angustia creciente se detuvo cuando nuevamente me sujetó la voz transparente de Herenia:

—Sólo volví a verlo en los funerales. Te juro que no me atrevía a aproximármele. Sin embargo, en cierto momento, algo me levantó de mi asiento y me condujo a él. Entonces lo miré detenidamente, sin asombro y sin agonías. Aquí, sobre la sien derecha, la sombra de una mancha indicaba el sitio por donde penetró la bala. Sólo eso. Pero lo insólito, lo profundo y adorable era que, así, en plena muerte, su rostro estaba envuelto en una tersa juventud. Habían desaparecido las arrugas monstruosas. La boca deformada por la ancianidad, recobró su juvenil encanto; el pelo volvió a su color rojizo, en fin, te digo, que nunca fue más joven ni más hombre que entonces, cuando la muerte había apartado de su rostro la angustia terrible de vivir...

En ese momento me levanté de improviso, aturdido por una terrible convicción, por una certidumbre que se volvía horror. No eran los huesos, ni el alma. Era mi piel la que se transformaba; sentía que el tiempo se arremolinaba en mi rostro haciendo surcos, arrugas, ojeras, manchas, escamas... Eran años y años que me aniquilaban el rostro y encogían mi cuerpo. Ya, entonces, no tuve dudas. Caminé despavorido, sin propósito, como si huyera de algo, hasta que, sin saberlo, me detuve frente a los cristales de la ventana. Allí, el temor me hizo piedra. El presentimiento me entumecía, sin que me atreviese a levantar el rostro. Finalmente, cuando de nuevo

intentaba huir, tropecé con mi cara en el cristal. Fue lo último. El estupor definitivo. No había envejecido. Mi rostro estaba igual. Al volver la mirada hacia ella, lo comprendí todo: la ancianidad la había devorado.

Panamá, Enero de 1975

## PIEDRA

A Francisco Clarck

Pelo corto y ojos grandes de aceituna. Un hombre cualquiera diría: bonita. Pero yo —que he recorrido todos sus caminos; que sé de su vientre agitado; que he padecido sus noches histéricas— aseguro que no es bonita.

No fue ayer. Es del tiempo en que sus curvas se iniciaban. Cuando el tono claro de mis ojos no se había acentuado. Y, desde entonces, nunca más la he vuelto a ver. Pero sé que es la misma: con la ligera cicatriz tras la oreja izquierda y la insostenible costumbre de mascar goma. No sé por qué la pienso ni por qué la escribo. Tal vez todo sea la justa reacción de un hombre desvencijado. Recuerdos de una época definitivamente muerta que se apodera a saltos de la memoria y de lo que resta de mí en este desván, —mi último aposento— que llueve polvo y que estrecha, hasta desesperar, este estante medieval poblado por ratones irreverentes. Por eso, estos estremecimientos, muy semejantes a su advenimiento: ella llegó como crecen los ríos, como aparecen las nubes.

A la sombra del viejo árbol que hay en el patio, tía Panchita me hablaba.

—Debes irte; ¡tienes que irte! Nada vas a hacer en este pueblo. —Yo la miraba. Realmente tenía razón. Pero me pregunto: de haberme quedado, ¿habría sabido de estos huesos míos petrificándose? ¿De mi sangre granítica? Ayer caí porque intenté caminar como antes lo hice por los llanos, por los montes, por las calles. Y ni siquiera calculé la distancia. Pero mis huesos en la noche se habían endurecido aún más y caí. Pienso a veces que mi tía tiene parte de culpa en este desván para lagartijas que abriga mis últimas incertidumbres.

—Si tía, me iré. Antes de la primera luna de mayo— señalé con mi vieja manía de imitar a los indios.

Fue en ese momento. Precisamente en ese instante, apareció ella:

—¿Cómo está, señora Panchita?

—¡Clarita! ¿Usted por aquí? Pase. Siéntese.

Para la trascendencia que aquel momento tuvo en mi vida, aquella impresión fue trivial. Desde entonces comprendí que no era

las mismas. La mesita firme. Las aristas frías, inmutables. Los ratones del estante se mueven. Ese chillido terco es porque no pueden moverse. Sus patas también se van estirando y chillan porque sienten en la noche, y siempre es de noche, los pequeños traquidos de sus huesos enfureciéndose, endureciéndose, para hacerse de piedra. Pronto serán como yo. Como la mesita. Todo dentro de mi cuarto es recto, tiene que ser recto. Recuerdo:

—¿Por qué ríes?

—No sé, tengo ganas.

—¿Pero, de qué? Uno siempre ríe de algo.

Cerrándome los ojos decía:

—Será del pájaro aquél. ¿No crees que debiera volar hacia otra parte?

No había pájaros. Casi siempre sucedía eso en los días profundos, claros, cuando realmente el cielo era infinito, azul.

—No rías, por favor.

—Tengo ganas.

—¡No quiero!

—Majadero, ¿por qué no quieres que ría?

—No podría decírtelo. Tu risa es... Bueno, no sé. No quiero que rías así.

Entonces estallaba en carcajadas. Mas en eso sorprendí la causa: un hombre la miraba y fue aquella la única vez que me atreví a golpearla.

Una noche, repentinamente, me sentí cansado. Estaba en el parque y pasaban los mismos carros. Me invadió en la pierna derecha una sensación de rigidez, de frialdad, como si la sangre se detuviera al tocar las ingles. Espantado eché a andar. Y lo hacía tan bien que esa noche tuve ganas de caminar hasta que el sol apareciese. Mas al doblar la madrugada, el sueño me sometió. Cuando desperté, sentí como si un cuerpo extraño —una varilla— hubiese ahuecado en mi pierna. Pero aún podía caminar bien. Después, la desesperación. Sentir que el cuerpo se va haciendo de piedra. No tener la sensación que da la sangre. He vivido momentos en que he deseado cortarme, abrirme las venas para saber si aún corre sangre. No me he atrevido. ¿Si no hay, Dios mío, si no corre? ¿Qué hacer con este bloque de piedra que va cuajando dentro de mí? Pronto estará en las caderas. Sube. Lentamente, pero sube. Luego será el pecho. Después las manos. No, las manos no. ¿Qué haré en este

bonita. Pero sus ojos de aceituna me miraron. Fue como si hubiesen encontrado algo que siempre buscaron. Yo la miraba también, pero sin fuerzas: como si fuera innecesario mirarla cuando ella me miraba.

—¿Qué toman? —preguntó ansiosa.

Mi tía, más obsequiosa que siempre, con su vocecita de apremio, explicó:

—Anís, Clarita. —E hizo ademán de buscar en la botella que sabía vacía.

—Ay, Dios mío —continuó— ¡qué casualidad! ¡Se acabó! Pero tómese el mío, vea, no lo he tocado...

—No gracias, señora Panchita— dijo maliciosamente, —yo quiero de aquella copa. —Señaló la mía. La verdad es que esperaba eso. Pero no sé por qué, la forma en que lo dijo, —quizá eso— lo obscena que me pareció su mirada me atesoró de dudas.

—¿De mi copa?

—Sí, de su copa— afirmó clavándome los ojos.

—Espere un momento, también tengo sed—. Y apuré unos tragos. Cuando quedaba poco en el cristal, empujando la copa sobre la mesa, agregué: —Tome, pues—, fue el último de mis gestos hidalgos.

Me miró:

—Para saber sus secretos — dijo.

Ella primero. Después el tiempo, este desván inmundo, mis huesos de piedra. ¡Confíole algo el licor la noche aquella? ¿Tal vez vio en mis ojos los augurios de esta enfermedad sin cura? ¡Quién pudiera decirlo! ¡Quién supiera explicar la fuerza que tiene esa luz verdosa que a veces me despierta! ¿Será sólo el dolor de mis huesos estirándose? Voces hay que me atormentan. Quejas oigo y no sé si son las mías. Creo que son voces y quejas que navegan en el tiempo espeso de este cuarto. A veces estoy seguro de que las aguas siguen moviéndose. De que el viento nunca puede detenerse. Mas, cuando veo mis dos piernas inflexibles, sé que todo es rígido. Que esta oscuridad de mi cuarto es prueba de que la tierra no se ha movido más. También las líneas de la ventana cerrada son siempre desván sombrío sin mis brazos? Que sea la lengua, el cuello, cualquier cosa; ¡pero los brazos, no! Por favor, no me los toquen. Ja...ja...ja... Mis brazos como cuernos de toro. Menos que aspas de molino. Como lanzas sin puntas y sin fuerzas, agujereando mi noche larga, mi noche de ratones. No, mis brazos no. Imposible. Cómo decir entonces que...

—¿Dónde estabas?

—En la casa. No he salido.

—Mientes. Te fui a buscar y no te encontré allí. Me dijeron que habías salido.

Soltó a reír. Me enfurecí. Como seguía riendo, la empujé. Cayó a la cama. Escuché algo así como un llanto. Comenzó a reír nuevamente. La lancé otra vez sobre la cama. Al resbalar el traje, sus muslos brillaron. Miré a la cara y sonreía. Aquella vez la noche fue caliente como los arenales de los ríos a la hora del crepúsculo.

Sucedió al siguiente día. Iba al estudio. En el camino dijo:

—Me quedo aquí. Voy a comprar una cartera.

Me besó en la frente y se alejó.

En el estudio un repentino malestar me asaltó. No podía trabajar. ¿Por qué no me quedé? ¿Por qué no pude esa tarde concluir el cuadro de su "Risa"? Salí hacia ninguna parte. Fue entonces cuando entré al teatro aquel. No sé por qué lo hice, pues en esos momentos nada tenía interés para mí. Iba tras algo que resultaría parte de mi total desgracia. Por ello, no necesité que me guiaran: obedecía.

Una risita al lado. Una risita fría, burlona. A mi lado. Precisamente a mi izquierda. La piel se me pobló de erizos. Supe que era ella. Quise huir. Sentarme lejos. Salir de aquel teatro. Pero se besaron. Sí, porque había un hombre con ella. Me sentía en una silla de espinas. Otro beso. Huir, huir, no saber nada, era lo que quería. Mas, precisamente entonces, se encendieron las luces. Ella, que ya me había visto rió más fuerte. No me atreví a mirarla. En ese instante comencé a petrificarme. Me levanté. ¿No me miraban todos los del teatro, no se reían? y me dirigí al estudio.

Entonces comprendí toda la desesperación del pozo que no mana. Del poeta sin imágenes. Del hombre incompleto. Mi cuadro estaba allí. La nariz sería pequeñita. Los ojos como los de ella. La boca sólo, la risa ésa, esa risa corta, fría, como aguja ardiente. El pincel en mi mano. Su risa también. La tengo en la punta de los dedos, en el metal, pero mis manos tiemblan. Tiemblan con una fuerza aterradora, imposible de controlar. Pero terminaré hoy. Tiempo hace que busco esta expresión y ahora la tengo. Por eso tiembla mi mano. Allí la tela complacida. Ya reirá. Levanto el instrumento. Lleva la expresión feliz.

Ahora el lienzo tiembla... Horror. Cuatro trazos absurdos... ¿qué ha pasado?

Miro la obra. No, no; eso que hay allí no es risa, ni es nada. Corregiré.

Atenuando estas líneas y acentuando acá, resultará. Pero la mano tiembla, más fuerte, más desastrosamente fuerte. Tiene que ser hoy. Si no, nunca. Me aproximo. Mas... Señor, ¿qué sucede? Ese no es el gesto, esa no es la expresión que yo buscaba. Esa cara ríe, se burla. Ese no es el semblante que saltaba en mi mano... que palpitaba en la paleta. ¡Bien! ¡Olvidémoslo! Mis brazos se han tranquilizado y mis nervios se sosiegan. He lanzado el lienzo a la calle. Esa figura no tenía cabellos.

Hace muchas lunas de eso. Si mis brazos se quedaran tensos agujereando la noche, nada podría decir. Gracias a un amigo que había olvidado, me prestaron este desván para que terminara aquí mis días, olvidado por la memoria del mundo. Así ha sido. Mi carne se está haciendo piedra y el mundo sólo sube a veces en el ruido de un auto o en la campana de algún carbonero. No giro. Soy un hombre sin planeta. Tres veces al día una mujer trae la comida. No habla. Llega directamente hasta la mesita y regresa. Algunas veces no quiero verla. Siento que se mueve y entonces cae sobre mi nuca el peso de su mirada. ¿Dirá algo? ¿Secará sus ojos con el delantal? Nada importa. Hace tiempo estoy sin Dios. Un año llevo sin moverme y la gente de abajo —la mujer que trae la comida— querrán que me muera. Y eso —yo lo digo— será muy pronto. El nuevo huésped nada sabrá y la vida seguirá sin que importe el doblar de las campanas. Ya están rígidas como yo, la cama, la mesita, la ventana que no abre. Y pronto los ratones. Será la hora. Quedaré firme como sepulto en una pirámide. La muerte irá subiendo poco a poco. Ya toca las ingles. Al final todo será oscuro y sólo sentiré un frío intenso. Nadie sabrá nada. Hasta que un ratón aventurero encuentre a sus hermanos de piedra. Dará la noticia. Habrá murmullos. Conversaciones. Mas, ya nada podrá impedirlo: La piedra seguirá siendo piedra.

Panamá, enero de 1944



## EL HILO DE SANGRE

Aquella tarde, como de costumbre, el Pando salió al filo de las cuatro con su cargamento de quesos. Fue de un lado para otro, sin que nadie se interesara por su producto. Pero había más: Pando no veía a la gente. Entró a la cantina, pasó por el billar, llegó hasta la tienda del viejo José Pablo, pero era como si a todo el mundo se lo hubiese tragado la tierra. Vueltas y más vueltas por el pueblo y las cajas llenas de quesos.

Serían las seis y media cuando mordido por la intriga entró nuevamente a la cantina.

—Bueno, me dirá usted, señor Tita, si me hace el favor, ¿qué ha sido de la gente de este pueblo?

—¿Así que no te has enterado de la desgracia?

—¿Desgracia? ¿Cuál desgracia, señor, si no es mucha la molestia?

—Ah, pues, ¡la muerte de Sebastián!

—¿De Sebastián? ¿El Patuleco...?

—¡Cállate, muchacho! Inquietar a los muertos es blasfemia.

—Vaya pues, así es que se murió el Patuleco —repetía el Pando hablando consigo mismo— Con razón estaba el pueblo tan quieto... Y me puede decir, don Tita, —dijo volviéndose al cantinero —¿me puede decir a qué se debió la desgracia?

—A una rabia. Parece ser que en una discusión, Nicanor el vecino, le gritó: “vaya Patuleco discutidor”, y allí mismo cayó el hombre muerto.

Pensativo abandonó el Pando la cantina. Recordaba las veces que Sebastián lo persiguió, machete en mano, porque él le gritaba Patuleco. Hasta preso estuvo una vez el pobre por el bendito sobre-nombre: ¡que el Señor lo tenga en su Gloria!

Y de pronto, casi que involuntariamente, soltó a reír: ¿cómo no se le ocurrió antes? En el velorio, pues, vendería todos los quesos. ¡Lo dice el dicho! No hay mal que por bien no venga. Y camino del velorio el Pando sonreía mientras aparecían las primeras sombras del atardecer. Y reía solo. “Ah!”, la vez que le dijo: “Patuleco, a usted le cabe una pelea de michos entre las patas”. Fue el susto de su vida, porque sacó el hombre piernas que no tenía para alcanzarlo; y en la corredera se le perdieron dos quesos y se le enredaron las cuentas.

Dio un rodeo y entró al velorio por el patio. Todo el pueblo estaba allí, silencioso, y con ojos de hambre.

—Buenas noches.

Lo miraron como si hubiese dicho una barbaridad.

Dejó la carga de quesos en el suelo y se acercó a un grupo que no parecía de dolientes.

—Quién lo iba a decir— comentaba uno. --Y tan lleno de vida que parecía el Sebastián.

—Esa es la voluntad del Señor.

—Y una rabia acabó con el hombre.

—Dicen que no estaba en gracia de la religión.

El Pando estuvo un momento indeciso. Después de todo, en los velorios también se come.

—¿No quieren los señores comprar un quesito?

—¡No!

—A lo mejor reparten café y galletas.

—¡No!

Entonces se le ocurrió una idea: llevarle sus respetos al muerto y velarlo un rato. Es lo que se acostumbra.

—Con el permiso de los señores— dijo y se alejó hacia la pequeña sala alumbrada por cirios.

Se sintió un poco nervioso, ya que, llegando, tropezó con una doliente llorosa y el sombrero se le fue de las manos.

Hizo reverencia a los asistentes y se colocó a los pies del cadáver. Allí estuvo unos minutos hasta que de pronto se le erizó el cuerpo. ¿Qué sería eso? Dio unos pasos más y contuvo la respiración: lo mismo. Inquieto, avanzó hasta poner la cara casi junto a la del muerto. Sus ojos se le abrieron grandísimos y los vellos del cuerpo se le encabritaron. Un murmullo se levantó en la sala y cuando el Pando volvió a la realidad, mil ojos le miraban coléricos. Se alejó presuroso hacia el patio y apartado de la concurrencia estuvo meditando largo rato. ¿Lo decía? Pero, respetuoso, resolvió guardarse el secreto.

—Lo calladito que regresa el Pando— dijo uno y agregó: —¿qué fue, muchacho? ¿Otra zurra?

Salió de sus pensamientos con una sonrisa.

—Bueno, ¿y se te acabaron los quesos?

—No señor, me quedan unos— dijo. —Si viera el punto de sal que tienen, cortaditos de esta mañana.

En pocos minutos, el Pando había vendido más de la mitad de sus quesos y cuando todos distraídamente comían, el Pando dijo:

—¿Quieren que les diga una cosa?

—¿Qué cosa?

— ¡Señores, ese hombre no está muerto!

— ¡Cállate la boca, muchacho! ¡No respetas ni a los difuntos!

— ¡Que no está muerto, les digo!

— ¡Ave María Purísima! —gritó una mujer.

— ¡Y sigue el muchacho con sus blasfemias!

Cerró la boca que se le atoraba de ganas de hablar. Para él, ese hombre no estaba muerto. ¡No estaba...!

Pero era mejor callar hasta cuando hubiese vendido todos los quesos. Para lo que le faltaba...

Una hora después, volvió al grupo. Apenas llegado, alguien se le adelantó:

—Ya es que viene Pando con sus cosas...

Dio media vuelta y regresó a la sala. Allí a los pies del muerto, se abandonó a una profunda contemplación. “Esc hombre no está muerto”. Se acercó más al féretro y suavemente murmuró: “Sebastián, Sebastián...” Entonces el cajón del muerto soltó crujidos terribles. Un griterío espeluznante surgió de las mujeres dolientes y del patio se aproximaron los hombres llenos de espanto.

— ¡La caja crujía, la caja crujía! —gritaba histéricamente una señora delgada.

—Yo lo vi moverse— aclaraba la otra.

— ¡Algo le hizo al muerto ese muchacho maldito! —dijo uno que llegó del patio con los ojos hinchados de miedo.

Y allí quedó todo porque una oración dicha a tiempo restauró el sosiego. Pero no fue por mucho rato, pues nuevamente el Pando se situó a los pies del muerto. Apenas lo vieron, las mujeres dejaron sus puestos acercándose al ataúd y los hombres, inseguros y dudosos, avanzaron también. Un silencio extraordinario entrelazó los ánimos. Entonces el Pando se sintió obligado a actuar. Por lo que pudiera suceder, apartó dos de los cuatro candelabros que alumbraron al muerto y colocando su cara junto a la del difunto repitió: “Sebastián”, pero esta vez el muerto continuó imperturba-

ble. Fue entonces cuando apremiado por la expectativa, dijo aquella expresión terrible: "Ah, Patuleco relamío, te cabe una pelea de michos entre las patas". Eso fue todo. El ataúd dio unos crujidos espantosos y cayó de los burros en que lo velaban. En medio del griterío aterrador de mujeres y hombres empavorecidos, el muerto se sentó ceremoniosamente en medio del féretro, tal como si llegara de un viaje involuntario. Era imposible describir lo que sucedía: rodaban las sillas, caían las mujeres, los hombres huían dando alaridos y en menos de un minuto sólo quedaron en medio de la sala el Pando imperturbable y el muerto que aún no entendía lo que estaba sucediendo.

—Bueno, Pando, ¿y qué es lo que ha pasado en mi casa? —dijo tras una larga pausa.

—Nada, pues, Sebastián. Sólo que usted está muerto.

—¿Muerto?

—Como lo oye: ¡Muerto!

Y como si no comprendiese a cabalidad cuanto le estaba ocurriendo Sebastián dijo con la inocencia de un forastero desprevenido:

"Tengo un hambre de tres días de camino".

—No es de extrañar después de lo que le ha pasado— dijo el Pando y agregó: —Mas por eso no se preocupe. Me quedan unos quesitos que si el señor me los compra podemos comérmolos entre los dos. Y tras una pausa breve, el redivivo lo interrumpe: ¿Y cómo es que supiste, muchacho del diablo, que yo no estaba muerto?

—Porque le vi un sudaíto en los cachetes y otro en los pies.

—Ajá. ¿Y sabes una cosa, Pando? Yo oía a la gente hablar y gritar muy lejos. Pero sentía como si me encontrara solo en un llano ancho y claro, y me iba haciendo más chico: hasta creo que tengo las manos peladas de estarme sujetando en esa resbaladera.

—¿Entonces esa será la muerte, pues? —Y como si pensara lejos agregó: —Como le iba diciendo, no me querían creer que usted estaba vivo.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Comencé a llamarlo "Sebastián, Sebastián", pero usted ni por enterado se daba— explicó el Pando. —Así pues, no me quedó más recurso que gritarle: "Ah, Patuleco relamío, quien lo ve tan tieso y le cabe una pelea de michos entre las patas!".

Imprudencia irreparable la del Pando porque decirle Patuleco y volverse el hombre una fiera fue una misma cosa.

— ¡Desgraciado! —gritaba, mientras que como loco daba brin-  
cos insensatos por el patio. Y entre más gritaba “desgraciado”, más  
enérgumeno se volvía. Fue así cómo cuchillo en mano se lanzó  
contra el Pando. Tres puñaladas le envió y tan criminales fueron  
que una le destrozó parte de la camisa. ¿Qué podía hacer el Pando,  
solito allí con esa clase de muerto...? Raudó desenvainó su puñal y  
a una pasada del Patuleco, atacó a su vez. Fue una la cuchilla que  
lanzó el Pando pero mortal: el hombre se desplomó exánime sin un  
lamento siquiera, aquietado por una sangrante herida, justo sobre la  
tetilla izquierda. Entonces el Pando se dijo: “Ahora sí que está  
muerto el Patuleco”. Como el susto se había llevado a la gente,  
cargó como pudo al hombre, lo metió en su caja, acomodó los  
cirios y simuló llorar al difunto. Momentos más tarde comenzó a  
regresar la gente, mas como encontraron al muerto en su puesto, les  
pasó el miedo y prosiguió el velorio. Todo marchaba a las ma-  
ravillas hasta que apareció la cosa: un hilo de sange. Un hilo de  
sangre que caía del ataúd fue su perdición. Se armó nuevamente la  
algarabía.

Llegaron médicos, jueces, curas y muchas gentes de ocupación  
distinguida. Y eso fue todo, porque desde aquella noche el Pando  
cumple larga condena por matar a un muerto.

Panamá, 1952.

## ¡SALINAS!

Esa mañana el mar amaneció lejos, con la cara llena de brumas. También, con largas ojeras grises allá donde la costa se desvanecía. Un amasijo de chiros escandalizaba en la playa cuando desde el hondón del manglar se desprendían largos chillidos. De rato en rato tumultos de gaviotas se apoderaban del cielo.

Visto así, el mar no daba miedo: terso, gris, distante, parecía sencillo y bondadoso. Pero hay más: aquí, sobre este promontorio, él, confiadamente, espantaba recuerdos con una sombra. Porque esto es de ver: tierra y agua; agua y tierra y nadie, nadie más... Pues, así son y ésto son las salinas: el rancho cubierto con latas viejas alzando al viento, —como una bandera en retirada— un pedazo de camisa descolorida. Es la cueva al socaire de una piedra donde un hombre enfermizo espanta mosquitos con el sombrero. Y es también la ranchería —largas pencas muertas— más un muchacho lleno de piojos, baba y sol, que vislumbra el futuro cuando araña la frente hosca de los destajos.

¡Aquella noche...! Y el mismo escalofrío empezaba a abrirle las piernas. ¿Fue un rugido, cada vez más cercano del mar poderoso, lo que le hizo creer que la cabeza se le había cuarteado? Es que todo, todo parecía inútil. Hasta las mismas piedras se agacharon para que el mar pasara, porque a lo largo de la extensa salina estaba de guardia el miedo. Sólo la vigilia transitaba —horas y horas— sobre la tierra de sal. ¿Los otros habitantes? El silencio y la espera, la profunda espera atalayando lo imprevisto. De pronto se alargaba una voz:

— ¡Cuidado, salineros...!

Al momento todo quedaba estático, afónico, pero así mismo, súbita, inesperada, otra voz distante respondía:

— ¡Aquí, salinero, al tanto!

Se entrometía otro guión de silencio que se astillaba, poco después, en una llamarada de gritos. Y así, para espantar al miedo, azotaban con ruidos las sombras densas de la salina.

— ¡Aquí, Matías!

— ¡Matías, por acá!

— ¡Animo, que el miedo espanta!

¿Para qué buscar la geografía de esas palabras? En alguna parte de esa noche salinera estaban. Además, sólo había un sitio: frente al mar; un habitante: el miedo.

La piel, los vellos, la mirada inútil, el cuerpo tenso, todo buscaba asilo entre el temor de ahora y el amanecer lejano, y así, por ello mismo, hasta el aullido sangrante de un gato en el manglar se aproximaba como un saludo. Sí, éstas son las cosas que podría relatar de la madrugada aquella que aún le sobrecoge.

Muchas veces le dijeron que la sal tenía maleficio, que estaba embrujada, pero él siempre alegó que se trataba de calumnias, de sucias mentiras. Lo cierto es que de tanto cuento y rumor se le fue hinchando el alma de odio, de celos, de miedo. El asunto se hizo violento cuando el probó, —mejor es decir la verdad, cuando se acostumbró a paladear— los destajos para ver si el agua del mar maduraba. Tonterías: la sal era dulce.

Llegó como esas tormentas que se ven azules a lo lejos: sólo se las siente cuando espantosamente apalean la costa. Tal vez fue en los pies, en las manos, en la cabeza misma en donde empezó la tragedia. Lo cierto es que de pronto se sintió rodeado de enemigos hambrientos, de hombres que lo acechaban. Incluso hasta receló de su hermano. ¿Por qué también de él? ¿Acaso porque lo consideraban el mejor salinero, porque sus destajos eran los más limpios y cuidadosos? ¡Si las salinas fueran suyas, sólo suyas! Entonces comprendió que su hermano no sentía ningún cariño por esas parcelas de agua donde se aprisionaba al mar en celdas de barro. Fue el inicio. La increíble lucha por la posesión. Un odio muy grande —ya lo dijo— empezó a brotarle contra ese usurpador estúpido. ¿Por qué no dejarle los destajos a él, a él que los protegería más que a todo el mundo? Pero nadie parecía comprenderle y empezaron a murmurar que estaba enfermo que la malaria lo estaba volviendo loco y hasta llegaron a decir que el “maleficio de la sal lo estaba matando, porque eso de tomar agua de los destajos le estaba aguando la sangre”.

En realidad, fue un tumulto de cosas, de accidentes que se amontonaron sin que se diese cuenta. Un atardecer, después de cena, su madre le dijo:

—José Antonio, dicen que no estás bien. Que andas y andas por las salinas; que te las pasas probando destajos. El mismo Fabricio dice que te estás volviendo loco.

Entonces intervino Fabricio para decir locuras:

—Mama, siempre lo mismo. Que si por aquí, que si por acá.

Mama, es cosa de maldición. Día y noche, día y noche en los destajos, como si la mar se los fuera a tragar para siempre.

Y eso era cierto, totalmente cierto, Porque hasta en invierno, cuando todos los salineros se olvidan del mar y se empeñan de todo corazón en trabajar los montes, él se aventuraba, con la marea baja, a caminar por las isletas, a caminar y caminar por esa llanura de sal, con los pies y las manos llenas de ese lodo especial, sin saber, es la verdad, qué buscaba.

Una vez, tarde en la noche, él andaba por las isletas. De pronto, en el claroscuro descubrió una sombra que avanzaba a su encuentro. La cólera le viró los ojos porque fue como si ese fantasma invadiera un territorio de carne y hueso suyo, muy suyo. Como a cien metros de distancia gritó algo, pero no le respondieron.

Más cerca ya, se confirmó el presentimiento: era Fabricio, su hermano, que le decía dulcemente:

—José Antonio, estás todavía tanteando los destajos y mira que ya el amanecer está encima.

Permaneció silencioso mirándole los ojos que no se le veían. Entonces fue aquello: como un gato herido le saltó a la cara. Rodaron por el barro. Trató en vano de enterrar la cabeza de Fabricio en ese lodo especial. Mientras le buscaba los ojos para hundírselos, para sacárselos, berreaba como un gato hambriento. Lucharon salvajemente no sabe qué tiempo. Cuando el cansancio y la sangre que se derramaba trajeron la paz, Fabricio, lanzándole un puñado de ese lodo en la cara, le gritó:

—La sal es sal, hermano, ¡está maldita! !

Y vio la espalda de Fabricio grande, inmensa mientras desaparecía hacia el amanecer. Porque entonces, la madrugada daba tumbos por los manglares.

Pasaron años, pues. El tuvo que irse porque todos empezaron a decir que el maleficio de la sal se le había metido en la sangre. Le huían, se le apartaban. Hasta su misma madre se tornó silenciosa, esquiva, con los ojos siempre turbios por un llanto reprimido. Su hermano subía a los montes y cuidaba la casa, silencioso como una sombra. ¿Qué hacer? ¡Se fue, pues!

Ahora ha regresado, luego de muchos años, sin saber por qué. Hay muchas cosas que nunca se saben... De modo que si le preguntaran qué vino a buscar, nada podría responder. Pero los salineros nada le preguntaron. Tampoco su madre ni Fabricio. Fue como si nunca se hubiese ausentado. Todos lo miraron tal que si sólo mediase una noche de malos sueños. Su madre lo saludó con la



misma luz en los ojos que le conoció siempre. Fabricio abrió su fraternal sonrisa y le habló con seguridad y confianza. Los otros, el pueblo, los viejos y nuevos salineros, esos, esos dijeron las mismas palabras, hicieron los mismos gestos, pero nadie le preguntó nada.

Por ello mismo, ahora, solo aquí sobre este promontorio que llaman El Gallo, después de tantos años de ausencia, espanta ese tiempo de malos sueños con una sonrisa. Es que ahora puede mirar a su hermano, a los trabajadores del mar, es decir, puede mirar sin espantos. Está curado del maleficio, del maleficio de la sal.

Esa tarde —la primera desde el regreso— se sumó al batallón de salineros que caminaba silencioso. De vez en cuando, uno, el más joven, lanzaba piedras a una garza pensativa. Y sobre las aguas del mar que golpeaba a uno y otro lado del camino, se escuchaba el sordo discurrir de los pasos.

Entonces comprendió por qué no le preguntaron nada, ni lo determinaron siquiera. Viendo las viejas isletas, idénticas, exactas, descubrió la razón: todo seguía igual. Las garzas, los patos, el chillido de las gaviotas, hasta el árbol de guabas sobre el promontorio, seguían iguales. Sintió de pronto la tremenda verdad: él nunca se había ido, siempre estuvo allí y las salinas seguían siendo suyas, isuyas...! Justamente en el instante en que sus pies tocaron el agua, descubrió que las piernas se le abrían y se le encaramó a la cabeza un rugido espantoso: ¡el maleficio estaba allí...!

Llegaron. Más allá de la mata de mangles, el mar. Por la tierra de lodo negro partida en cuadros, los hombres se fueron dispersando. El, José Antonio, caminó derecho a sus destajos y los contempló largamente. Estaban limpios, cuidados. Ni por un momento pensó que en su larga ausencia, Fabricio tuvo la voluntad de trabajarlos. No; ese era su trabajo de ayer, de anoche y por eso sus destajos lo recibían con la cara limpia. Sonrió. Al mismo tiempo, un zumbido lejano recordaba que la noche venía del mar.

En eso se le acercó Fabricio. Después de mirarle por muchos siglos, dijo:

—Acuérdese: el hermano es hermano y la sal es sal.

Quiso responder algo, pero no pudo. Fabricio se alejó con paso lento.

Pensó entonces que Fabricio tenía cara de espanto. ¿A qué vino? ¿Acaso ese zumbido que llegaba del mar algo significaba? ¡Bah...! Cierto es que eran los días bravos de Marzo. Mareas altas en el océano inmenso, y por acá, agujajes. Pocas cosas hay que espanten más a un salinero que el agujaje. Es que, a pocos metros

del misterio poderoso del mar, está el trabajo de toda su vida, trabajo hecho con las manos, muy frágil, hecho de lodo especial como todas las cosas del hombre. ¡Tienen tantos enemigos las salinas...! Porque son millas y millas de hombres y tierra que roban la sal al mar. Puede romperse una de las murallas de barro, y, anegándose los destajos, todo se habrá perdido. Puede también suceder lo contrario: si son muy bajas las mareas, no subirá el agua hasta las trampas. Podrá el sol entonces venir mil veces, pero no habrá frutos para el salinero. Sucede también, en esa agonía mortal que son las bajas mareas, que un salinero tranca con maña y felonía el canal que lleva agua a otros destajos para obligarla a quedarse solamente en los suyos. Otras veces es un hoyito imperceptible que hizo un cangrejo inquieto, el que permite que se inunden los destajos y aparezca la catástrofe. Por ello, cuando la naturaleza es buena, los salineros ríen. No tienen que andar en la noche vigilando a los otros salineros, ni rezar porque el mar ruge ante sus propios ojos. Tampoco temen a la muerte espantosa de las inundaciones, pues prefieren permanecer hasta lo último como amarrados a sus destajos.

¡Ah... hay tantas cosas que amenazan la esperanza de los salineros...!

Ya anda el aguaje por allí. Parece mentira cómo odian al mar ellos que viven de él. Porque su caso no es como el de los pescadores que toman el canalón y se pierden en el océano. En las balandras poco importa que llueva o truene porque allá, donde termina el último brazo de tierra, están los corrales con sus trampas abiertas para que desprevenidamente entre el pescado. Para ellos, los pescadores, es el aguaje una gracia de Dios, porque el pez se entrega sin esfuerzos a sus manos, es decir, a sus corrales. Pero acá, en las salinas, la cosa, la vida, es muy distinta.

Está zumbando el aguaje en los confines del mar. ¿Por eso sería el espanto de Fabricio? ¿Por eso había bruma en sus ojos? Entró a la ranchería para amontonar algunas piedras y uno que otro pedazo de lata por si llegaban a ser necesarias. Cuando volvía a la puerta regresó Fabricio ofreciéndole una ancha sonrisa, pero nada se dijeron. Ni siquiera respondió a esa sonrisa. ¿Qué se traía entre manos? ¿Por qué esa manía, ese gusto de estar dentro de sus destajos? ¡Pero también había temores en los ojos de Fabricio! Todo debía ser por causa de ese zumbir atroz de los aguajes. Sin embargo sintió alivio cuando lo vio alejarse —ancho de espaldas— hacia su reparto.

Ya estaba encima la noche y a intervalos prendían las luces en las rancherías. El viento del mar forcejeaba tenazmente en los manglares, al tiempo que el frío de la noche se agarraba a las manos y al

cuello. Pensó dormir la prima noche y velar la madrugada, pero una especie de recelo, de presentimiento, le vigilaba. Salió a la puerta: nada, sólo la noche honda y larga sobre la tierra de sal. ¿Dónde estaban los hombres que llegaron al atardecer? Allí, acá, en alguna parte, porque esa luz que se apagó enseguida no tiene geografía. Sí, aquí se está solo, absolutamente solo y es muy fácil perderse porque en las sombras salineras se disuelven los puntos cardinales. Cuando el aguaje es alto e inunda hasta la ranchería, el hombre, por valiente que sea, huye por miedo al mar. Si es fuerte se salvará sólo él porque nada podrá detenerlo. Ni aun si se le agarra a las piernas una voz que grite: "¡Auxilio, me pierdo, me ahogo!". Será su muerte y allá él. Si está vivo al amanecer, fácilmente encontrará el camino con la marea baja, pero ahora, a esta hora, ni el diablo mismo dará con ese salinero en apuros. Pero, recuérdese, si es fuerte se salvará: abrazado a un mangle o colgado de una roca providencial. Si no, amanecerá cadáver en el mar.

Pensó de nuevo en dormir, pero un miedo repentino lo hizo dirigirse hacia la canal madre que pasaba a la izquierda de la ranchería. De pronto se detuvo a escuchar. ¡Ah, allí venía la cosa...! Del mar... del mar, de más allá de los manglares, venía ese zumbido profundo que erizaba los vellos... Casi al mismo tiempo una voz resbaló por la llanura de sal:

—¿Estamos, salineros...?

—Tamos— respondió otro cualquiera.

—¿Listos? —preguntó alguien.

—¡Que venga, pues! —le contestaron.

Con evidente determinación en los ojos revisó rápidamente sus destajos. Pulsó los cuartos y sonrió. Así mismo constató que el rodeo estaba cuidadosamente construido. Nuevamente alguien gritó a lo lejos:

—¡A prepararse, salineros!

Y fue precisamente cuando los manglares empezaron a gemir estremecidos por el mar y los vientos, que sorprendió de pronto que ya las aguas estaban muy cerca, que nada las contendría. Sí, ese zumbido que caminaba era el mar avanzando contra las salinas. El rugido de los manglares iba agrandándose, porque el viento lo azuzaba. De pie sobre sus destajos esperaba. En medio del rugir del aguaje invasor descubrió, milagrosamente, el rastro de un cangrejo. Corrió desesperado a triturarlo con las manos. No era fácil afirmarlo, pero parecía que el mar, aconsejado por el viento, equivocaba el rumbo: entraba por el sur. Eso le aflojó el pecho y las piernas abiertas se le enterraron un poco más en el barro. Si el viento

continuara soplando en esa dirección, hasta podría dormir. En eso, inesperado y violento, un grito tremendo sacudió la noche:

— ¡Caray, se me aniega!

Y ante el silencio que le respondía, volvió a escucharse la súplica desgarradora:

— ¡Salineros, caray, que me pierdo...!

Era inútil, nadie se atrevía. No había prójimo ni compasión frente a la naturaleza hambrienta. Cada cual a lo suyo. Cada salinero frente a sus destajos para salvarlos. Pero era él, Fabricio, su hermano, el que gritaba desgarradoramente, el que se perdía, el que luchaba contra el aguaje que entraba aullando como mil lobos heridos. Era Fabricio que seguramente se hundía con los grandes ojos espantados, preso hasta las rodillas en el barro de sal, esperando inerte las olas inmensas que avanzaban.

— ¡Salineros, auxilio, auxilio!

Era su hermano, su hermano Fabricio, el que le sonrió al atardecer y que ahora, en medio de la noche, luchaba inútilmente contra la muerte. Estuvo a punto de correr en su ayuda, pero algo lo contuvo. ¿Qué le sujetaba? Las piernas abiertas por donde pasaba el agua? Se volvió hacia sus destajos y sonrió cariñoso.

— ¡Ay, no me dejen solo! ¡Salineros que me pierdo, me pierdo! —la voz resbalaba por sobre el ruido de las aguas con un acento que espeluznaba, que hacía llorar. Pero él sólo pensaba en sus destajos, en su cosecha de sal. Una cólera oscura, negra, le sacudió la cabeza cuando oyó que lo llamaba:

— ¡Ay, José Antonio, mi hermano, ayúdame! ¡Ayúdame que me pierdo!

Y segundos después, más tenue ya, Fabricio insistía:

—Me ahogo... ¡auxilio! ¡Me ahogo!

En ese mismo instante oyó carreras locas de otros salineros que iban hacia Fabricio mientras hablaban para animarse:

— ¡Hay que ayudar al hombre.

—Pobre, no hay que dejarlo solo.

Sentía como si le tiraran piedras, pero no podía moverse. El tropel crecía, crecía y a veces se escuchaba una voz:

— José Antonio, ¿dónde está usted?

Pero él ni a contestar se atrevía. Sólo le quedaban ojos y manos para sus destajos.

No podría decir cuánto tiempo duró aquella noche. Tampoco le importaba. A la luz del día comprobó que sus destajos estaban enteros, salvados. Con una sonrisa alegre corrió la vista en derredor. Allí estaban los hombres, diseminados por toda la salina como árboles secos. Muchos, pero muchos destajos estaban anegados, destruidos. La cosecha, la esperanza de esos acobardados trabajadores del mar estaba perdida, enlodada, como sus caras, como sus brazos, como sus cuerpos. Entonces vio venir a Fabricio al frente de un pelotón de sobrevivientes. Quiso correr para decirle: "Mira, mira mis salinas, están salvadas!", pero no pudo, no se atrevió. Eran unos cuantos hombres de lodo que se detuvieron a escasa distancia. Fabricio con los ojos rojos y los puños contraídos, le dijo suavemente:

—Hermano, la sal es sal, ¿oyó? ¡Es sal...!

Se fue con sus espaldas inmensas. Acá, por la albina, quedaban otros hombres andando y andando como fantasmas. Miró una vez más al grupo que se iba. En ese momento un rayo de luz le estremeció la cabeza. Corriendo desesperadamente hacia la rancharía arrancó una vara y se dirigió a los destajos. Con lágrimas en los ojos fue destruyendo los cercos, pisoteando el rodeo, abriendo huecos mortales en la pared que separaba los destajos de la canal madre en donde todavía estaba el mar. Las aguas entraron a borbotones, jubilosas, hambrientas. Pronto estuvo todo anegado, deshecho: sus salinas, sus destajos, eran ya el mar.

Lanzando la vara asesina a las aguas, gritó:

— ¡Maldita sal!

PANAMA, 1950

## LA CASA EN EL CUARTO SIETE

A Tristán Solarte

Se detuvo, desprevenida, en la mitad de mi asombro. Con un gesto que casi no fue saludo, sonrió, envuelta en esa tenaz indiferencia con que miraba las cosas del mundo. Venía, casi que a mitad de la calle, inconsciente de cuanto la rodeaba: No me detuve siquiera. Estremecido por el encuentro no atiné a encontrar palabras propias y ninguna otra acudió para ayudarme en mi desconcierto. Desapareció tal como vino, cuando aún me limpiaba las veladuras deslumbrantes del estupor.

Sin embargo, algo en su gesto lánguido, en su mirada donde creí sorprender un pedazo de escondida alegría, me llevó a imaginar que quizás finalizaba esa ansiosa búsqueda, más bien inútil persecución a que la sometí en los pasados años.

Entonces, todavía al resplandor del hallazgo, recordé nuestros primeros encuentros. El modo como desaparecía cuando la consideraba atada. En un comienzo, estos pequeños misterios se me antojaban travesuras que envolvían en fulgores nuestras apagadas relaciones. Luego, cuando lo que me parecía gracioso en los inicios, se me tornó ridículo, me di a buscarle explicación al misterio de sus desapariciones. Desapariciones sin señales ni presagios, que cada día se hacían más densas, prolongadas, y grises.

Cuando escapé al asombro me juré encontrarla para siempre.

No fue asunto fácil pero cuando ocurrió era como si estuviese esperando desde antaño.

—Te buscaba...

—Lo sé.

—Debemos vernos...

—¿Para volver a empezar...? ¿Comenzar lo que nunca tuvo ni tendrá sentido?

—¿Qué perdemos...?

Entonces apareció en su rostro esa sombra, digo mejor, ese brillo memorable que viene con los presentimientos. Su rostro, de habitual lánguido, desprevenido, siempre como en los recodos de grandes renunciaciones, comenzó a hundirse en una sutil ironía, sujeto a los pliegues de una sonrisa suspendida. De pronto fue la resolución inolvidable:

—Está bien— me dijo, mientras acercaba a mi rostro sus ojos  
—Recuerdas dónde nos vimos la última, la calle aquella en que...  
—Sí.

—Cerca de allí vivo. Una cuadra más allá, haciendo esquina con esa calle, hay una casa azul de dos pisos. Vivo en el cuarto siete. Ve a buscarme mañana a la una de la tarde.

La fecha nunca he podido olvidarla. Era sábado de carnaval. Luego veremos por qué asunto tan sin cuidado se ha vuelto un auténtico tormento en mi vida. Digo esto sin aspavientos ni exageraciones, y quiero que este terrible asunto se comprenda así, con la tremenda sencillez con que apareció en mi vida. Digo, pues, que al siguiente día, como perseguido por precisas e irrevocables indicaciones, me lancé a la calle donde una estremecida multitud sujetaba a la ciudad por la cintura.

Serían las tres de la tarde cuando arribé al sitio de mis persecuciones. Pasé exactamente por el lugar en donde la reencontré en la mitad de mi estupor. Caminé sin apremios pero tremolante. Hacia el final de la cuadra, doblé la esquina y me detuve frente a la casa azul. Nada tenía de extraordinaria. No era muy grande pero sí larga; no era nítida ni llamativa, pero tenía el modesto encanto de las cosas a medio envejecer. Ante mí, comenzaba un largo corredor. Apartamento uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis... ocho... Nuevamente a los comienzos: uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis... lo interminable. Pero lo extraño es que su puerta, la que correspondía al apartamento siete, estaba allí, pero carecía de la más ligera identificación.

Nueva tentativa y me detuve frente a la puerta esquivada. Toqué discretamente. Un silencio increíble en esa tarde de carnaval, me convenció de que no había respuesta. Nuevos intentos, para idénticos resultados. Pensé que lo propio era alejarme y dar tiempo a la evidente impuntualidad. Pasaron horas de algarabía y ansiedad. Atardeciendo, regresé a la puerta sin nombre de la casa azul. Todo resultaba inútil. En esta ocasión acosé con apremio el pomo pero estaba con llave. Convencido entonces de que enfrentaba otra ironía de la impenitente fugitiva, me alejé al fragor del carnaval, prometiéndome que jamás reiniciaría aquella estúpida persecución.

No duró mucho esa ruda decisión. Cuando serían las diez de la noche, una extraña sensación situaba frente a mis preocupaciones la casa azul. Mirando a todos lados, en ese torrente ardoroso de pueblo, me tropezaba con el vano hosco de la puerta sin nombre y

sin números. No pude escapar a la tentación. Me encaminé al lugar de mis tribulaciones.

Allí estaba la casa silenciosa. A esa hora, unas cuantas luces indecisas daban al largo corredor un ambiente de duda y sosiego. Caminé derecho a la puerta obsesiva. Aguardé indeciso. ¿Para qué insistir ante ese obstáculo sellado, cosido a la eternidad, ese umbral inviolable...? Había venido desde muy lejos y ya ni todas las burlas del mundo, ni la más ácida de las ironías podría detenerme. Moví el pomo y cedió suavemente como si me esperaran. La puerta comenzó a girar sin ruidos y dejó ante mí una pequeña sala. Un enorme canapé casi la ahogaba. A la izquierda, sobre una mesita, un teléfono y más allá dos sillas concluían el mobiliario y la decoración. Permanecía el silencio al cobijo de una penumbra extrañamente clara. Crucé la sala y me detuve en una puerta que daba a una amplia recámara. El estupor y el ansia me agarraron al mismo tiempo. A mi izquierda, sobre un canapé, una espléndida muchacha —¿dieciséis... veinte años...? —dormía profundamente. A la derecha, en una cuna, un niño. En el centro, sobre una ancha cama, un hombre trigueño, con una pierna cruzada, no sé si dormía o pensaba. El silencio estaba definitivamente clavado en ese aposento de la incertidumbre. Sigilosamente, me senté junto a la muchacha que dormía y tomándole una mano le dije casi al oído:

—¿Dónde está Claudia...?

—¿Uhh...?

—Que dónde está Claudia...

En medio de un sueño espeso que a trechos se le aclaraba, respondió: "Salió, regresa enseguida..."

Me levanté en el acto y de pie en el umbral miré con detenimiento ese cuadro increíble.

Abandoné el lugar. Cuando pensé que era oportuno, llamé a la casa azul. Para mi sorpresa, una voz áspera me atajó:

—Diga...

—Con Claudia, por favor...

—¡Aquí no vive ninguna Claudia, señor! Esta es la familia Incestrosa.

Cerramos al mismo tiempo. A este punto, mi desconcierto era irreparable. Volví a marcar el número, con idéntico resultado. No había duda: yo estaba en lo correcto, pero evidentemente, hablaba con otros seres.



Desperté a la mañana siguiente en los calores de la incredulidad. Reconstruí una y otra vez los hechos y desembocaba en la misma conclusión. De modo que me encaminé a la casa azul. Todo era igual por los alrededores. Casi no había personas. Al doblar la esquina me detuve violentamente paralizado por el desconcierto: la casa azul había desaparecido. En su lugar, sólo un terreno baldío, lleno de una yerba amarillenta, que aún puede verse. Miré hacia todas las latitudes y sólo la indiferencia prevalecía por esos parajes.

Estuve sin noticias de ella hasta una tarde en que, como lo había hecho muchas veces desde aquellos ensordecedores sucesos, me acerqué a la floristería. Estaba en el mismo sitio esperando eternidades. Con el desgano conocido levantó los ojos— descorrer de silenciosos cortinajes— y clavó en mí su mirada.

—Te he buscado— le dije.

—Lo sabía...

—Fui a la casa que me indicaste y no estabas. Sólo encontré un grupo de personas dormidas... extrañas... un hombre...

— ¡Lo sé!

—¿Lo sabías...?

Entonces agarrándome con sus ojos indiferentes y como si por vez primera confesara algo muy suyo y muy callado, explicó:

—La muchacha que viste durmiendo cerca de la puerta, la misma a quien preguntaste por mí, era mi hermana Marta; el niño en la cuna, mi hijo. El hombre que dormía en la cama doble, fue mi esposo, un sargento del cuartel de Panamá La Vieja. Todos murieron.

Aferrándome a la más presunta posibilidad le insistí:

—Y la casa, la casa azul en donde estuve... en donde estaban...

—No existe. Fue devorada por las llamas. Allí murieron ellos...

—Pero ya la vi... yo estuve en ella...

—Es cierto. Sólo aparece cada domingo de carnaval...

PANAMA, Julio 3 de 1975

## SAN CRISTOBAL

### CAPITULO VIII

Rápidamente la Hacienda se pobló de hombres. Camiones pesados llegaban, trayendo cholos desde campos lejanos. Por todas partes se improvisaron campamentos de cogollos. La Fonda llenose de comensales y el Comisariato recibió los primeros vales. Dentro del mismo Ingenio notábase animación. Se daban los últimos ajustes al trapiche, y las centrífugas estaban instaladas. Muchos se asombraron al mirar la grúa, pero nada dijeron. Más tarde sabrían lo que era y para qué servía. Familias completas se radicaron en los alrededores del Ingenio, y muchas otras se fueron al Cerezo, Chumungú, el Palotar. La acequia se llenó con gentes que buscaban agua. Pero, todo ese apacible discurrir se trocaría pronto en desesperado trepidar de máquinas, gritos, chirriar de carretas.

\* \* \*

Fue primero un aullido largo, poderoso, que se alejó saltando de monte en monte para perderse más allá de las isletas.

¡Zafra, zafra, en todos los cuerpos, en todas las cosas!

Al grito ronco de la vieja sirena nueve meses del sueño reventaban. La grúa, larga y poderosa, llena de mazos de caña; el trapiche hambriento; la coladora quisquillosa, todo, todo despertaba al paso del jugo dulce que subía desde la tierra.

¡Zafra! ¡Zafra! !

Y el batey se colmó de una violenta animación. Fueron llegando largos trenes de camiones cargados de caña. La grúa —brazo de hierro— suspendía en el aire los mazos transportados y los dejaba caer, ruidosamente, sobre la cama del conductor. La picadora rugía, veloz. Subían toneladas y toneladas. Y del trapiche caía un chorro potente que dejaba en la coladera un saldo de polvo y basura. Por los caminos del Cerezo, Chumungú y Palotar llegaban tractores, “zorras” y carretas transportando caña. Pronto estuvo el batey atestado de vehículos. Entraban a la pesa —treinta quintales—, e iban hasta la grúa a descargar. Desde los balcones del Comisariato; desde el portal de la Fonda; desde las rancherías; desde la vera de los caminos, todos se detuvieron a contemplar los primeros mechones de humo que soltaba la alta chimenea.

¡Zafra! !

No hubo coros. No hubo alegría. Volvía al viejo ritmo. La misma vida que todos despreciaban. Sólo la “sirena”, terca e insatisfecha, pareció alegrarse unos instantes. Sus senos, caídos por nueve meses de espera, estaban flácidos, exangües. Y tuvo hambre. Entonces pidió hombres. Por eso, al sentir sus hondos alaridos, todos pensaron en los que no volvieron, en los que habían caído; en el triste destino de ser sementeras de azúcar, tierra sembrada. Y ese humo que se iba, que desaparecía, era el humo que soltaba el sudor de sus cuerpos quemándose, la sangre de sus cortadas abiertas.

¡Zafra! !

Por el patio rondaba una cuadrilla de hombres asombrados. Iban y venían. Miraban, furtivos, al Ingenio, como preguntando, y quedaban estáticos frente a esa mano larga, poderosa, que levantaba sonriente toneladas de caña. No comprendían. El trabajo fue de ellos. Por años y años, durante veinticuatro horas, ellos hicieron eso. Al principio se pelaron los hombros. Hubo llagas. Pero después hicieron callo. De día y de noche acarrearón haces de caña desde las carretas hasta la boca abierta del conductor. No era posible. No comprendían. Esa mano... ¿Y ellos? ¿Qué sería de ellos, ahora? Hubo uno que mirando la grúa soltó un hilo de baba, grueso, luminoso, flexible.

Dentro del Ingenio, el viejo ritmo. Guardando el trapiche, un hombre hosco, huraño. Allí vigilaría todo el día. El más ligero descuido le costará la vida, o el empleo. Bajo el trapiche, la coladera. Dos chiquillos — ¿diez o quince años? — tirando largos rastrillos de acero. Doce horas estarán limpiando la coladera de polvo y basura. Y si, al final, sienten cansancio, es inútil. Sólo la vieja “sirena” avisará cuando llega el relevo. Si se duermen, la volante, esa polca

nerviosa, o cualquier otra máquina conocida, dará, mostrando sus cuerpos triturados, noticia de lo ocurrido. Y allá, enfrente, sobre las calderas que rugen, negros rojos por el fuego lanzan troncos a las llamas.

\* \* \*

Ricardo Gómez atravesaba lentamente el batey: silencioso transeúnte entre hombres y cosas. Entró al Ingenio. ¡Los años de su vida que llevaba consumidos en este monstruo! Sí, él sabía de todo esto. Fue en el trapiche. Como si hubiera sucedido ayer. Fuerte es el recuerdo: Silverio lo llamaban. De pronto, al golpe de las dos y media de la tarde, por sobre el jadear de las máquinas, se oyó:

— ¡Ay, ayayay, carajo! !

Un hombre —Silverio— saltó agarrándose una mano. ¡No! Lo que había sido su mano. Porque ahora, sus dedos ilesos jugaban nerviosamente con el muñón del brazo izquierdo, en un esfuerzo por contener la sangre que saltaba, copiosa. Todos quedaron silenciosos, mirando las contorsiones de Silverio. En eso, la voz del apuntador restalló como un latigazo.

— ¡Apártate, Silverio!

Salió al patio. Allá volvió a gritar:

— ¡Un hombre para el trapiche!

Corrieron muchos y todo siguió igual. De Silverio nadie supo más. Esa tarde el azúcar se hizo con sangre y pedacitos de huesos.

¡Sí! Años de su vida sepultados en esta bóveda de acero y zinc. ¿Cómo olvidarlos? Imposible. Pero... ¿es necesario olvidar? ¿Acaso no es más útil recordar siempre, recordar con detalles, por más dolorosos que ellos sean? Fue otro día. Es decir, otra fecha. Porque aquí no puede hablarse de días distintos. Son iguales. Oscuros. Sofocantes. Trabajaba él entonces en las prensas, el departamento más asqueroso del Ingenio. Los trabajadores lo llaman con un nombre realmente gráfico, pues aquí se destila el guarapo que se considera de última calidad. Serían las cuatro de la mañana. Limpiaban una de las prensas. Detuvo un momento el trabajar, para encender un cigarrillo, cuando, por sobre el roncar de todas las máquinas, más fuerte que el ruido de las repisas de madera, constantemente temblando, se oyó un grito agudo, penetrante:

— ¡Mamitaaa! !

Salieron al balcón. Sobre el pavimento sucio yacía un muchacho que se había desprendido desde el techo, en el tercer piso.

Los otros volvieron a sus puestos. El quedó más tiempo sobre la baranda. No fue mucho, porque una voz seca escupió a su espalda:

--A trabajar.

Entonces fue necesario el olvido.

\* \* \*

Hay quienes sienten un dolor insobornable ante esos seres sin espacio que son los recuerdos. Sobre todo, si se saludan las mismas cosas de ayer. Surge de sorpresa una sutil conversación. Algo que es más bien un monólogo rumoroso. Nuestro espíritu, diferente ya, voluminoso, frente a esos objetos de un pasado carcelero, retorna a deshacer el sortilegio, a liberar al cautivo, a mofarse de esos esqueletos que vivían en nosotros como soberanos de una esperanza adolorida. Tal vez así pensaba Gómez cuando, bajo el tronar de las máquinas y la mirada prisionera de esos galeotes, parecía murmurar: "Yo no soy el de ayer. Yo no soy el de ayer".

Con esta convicción entre los labios subió las escaleras temblorosas, camino de las prensas. De paso estuvo en la "Cacha". Reinaba ese calor de siempre y los hombres iban y venían, atareados. Uno, muy joven, mostraba a otro sus manos quemadas por la cal. Ricardo sonrió. Cerca ya de las prensas, junto a "los dobles", alguien le dijo:

--¿Qué hay, Ricardo Gómez?

Era un muchacho López, del pueblo vecino, delgado y pálido que lo miraba con gesto mendicante. Ricardo le miró apenas y le soltó un "Qué tal", a secas.

El muchacho quedó mudo, con los ojos llenos de miedo y asombro.

## CAPITULO XXIII

Serían las once de la noche. No había asomo de que el viento regresara. Eduardo y Chelapá —guardias voluntarios bajo el cortú— avivaban un insomnio inexplicable con el humo de sus tabacos. Rato tenían de estar allí cuando Chelapá, estirando los músculos, insinuó la retirada. Ante la elocuencia del gesto, Eduardo, comprensivo, se dispuso a partir también. Súbito, una intensa claridad, sobre el cielo del Oeste, llamó la atención de Chelapá:

--Compa, mire p'allá.

Obedeció el compañero, y miró hacia el lugar indicado. Era como si la aurora se adelantase. Una amplia bóveda rosa se afianzaba sobre los cañaverales del Seco, próximos a las isletas.

—Quema —dijo Chelapá.

—Es por el otro lao der río —añadió Eduardo, sin prestar mayor atención.

Inmediatamente se despidieron:

—Hajta madrugar, compa.

—Hasta mañana, Eduardo.

Una brisa suave, fría, empezaba a llegar, por fin, del mar.

\* \* \*

No había pasado una hora cuando Ricardo y Chelapá fueron despertados violentamente. Frente a ellos, sombrero en mano, los ojos desorbitados, Eduardo Herrera. Gritó:

—Los cañales tan prendíos.

Y se alejó corriendo, como desesperado.

Con rostros inexpresivos, medio dormidos, se sentaron en las camas: imposible comprender. El cielo, tinto en sangre, reflejaba el resplandor del incendio. Saltaron fuera de la ranchería, y entonces supieron la verdad: ¡cierto, el cañaveral ardía! ¡Y de qué fantástica manera! Millas y millas de hojarasca encendida.

Corrieron hacia los ranchos amenazados. Soplaban firme, desde el mar, como anuncio de invierno, un viento desacompasado, que lanzaba a la cara bocanadas de humo caliente, enceguedor. El traquear de la caña ardiendo, el mismo rumor de la candela, junto al quejarse de los animales sorprendidos por las llamas, infundían pavor en los ánimos. Todo parecía inútil; todo. Los hombres resultaban pequeños, impotentes. Pero fueron llegando otros campesinos. Mujeres desgredadas, con ojos muy abiertos, niños azorados, llegaban hasta el sitio donde Ricardo y Chelapá, como clavados en tierra, contemplaban, angustiados, la acción devoradora del fuego. De pronto, sobre el clamor de la hojarasca prendida, se oyó una voz ronca:

¡Los ranchos... Los ranchos!

Corrieron las mujeres con cántaros y latas. Los hombres agregaron sus sombreros. Fue una romería de fantasmas que bajaban, llenos de espanto, al río. Volvieron con el agua, pero... demasiado tarde. Cogollos ardientes cruzaban el cielo púrpura; ramas desprendidas por la brisa iban, veleros de muerte, sembrando desolación. Y tres ranchos incendiados aunaron sus penachos a la hoguera feroz en que se consumía la noche.

Los chiquillos saltaban, como locos, gritando a sus padres. Hubo uno que corrió, enceguedo, hasta perderse entre las llamas.

Los hombres iban y venían para detenerse, por fin, irresolutos.

Hacia el otro lado del claro donde estaban las chozas, el cañaveral comenzó a arder con furia incontenible. Entonces fue el bramar de los bueyes, dentro del corral. Se avalanzaban contra las cercas, soltaban berridos escalofriantes. Cuando Eduardo Herrera, imprudente y compasivo, destrabó el perno de la puerta, lo arrastraron en la estampida. Por todas partes, llantos de mujeres, gritos de hombres inermes, alaridos de niños horrorizados; berrear de animales que corrían, desesperados, hacia alguna parte. Un verdadero caos de candela y locura. De pronto, alguien gritó:

— ¡Allí! ¡Allí!

Ante el asombro unánime, la extraña visión apareció. Como salida del vientre de las llamas, una mujer, vestida de negro, con la espesa cabellera suelta, cruzó, veloz, dejando una estela de alaridos, rumbo a los cañaverales todavía ilesos.

— ¡La Petita! !

— ¡La Petita! !

La visión fue como un toque de alarma. Desesperados, se lanzaron por el camino del Ingenio, entre el arder crepitante de la caña. Por el Sur la tierra ardía, también. El viento del mar llevó la candela hasta lo más profundo, y un inmenso semicírculo de fuego avanzaba hacia el Este.

De súbito, la brisa amainó. Entonces se levantó, avasallador, el traqueteo de la hojarasca encendida. Era como si se rompiesen millones de huesos.

— ¡Calles! ¡Abrir calles!

Media milla más abajo los hombres se fueron internando en los cañales para cortar trochas. Iban barriendo el suelo y apartando, hacia el Norte, la hojarasca. Tras ellos quedaba, angosta, una calle de tierra limpia. Allí haría Dios que se contuviera la desgracia.

Pero el viento se había detenido sólo para cambiar de dirección. Venía, ahora, del Norte, cortante. La candela cobró nueva fuerza, y el clamor del fuego aumentó. El cielo volvía a poblarse de llamas viajeras. Fue un alucinante espectáculo de muerte. Pronto llegaron las llamas a la calle recién abierta, y, como si nada hubieran hecho, siguieron impertérritas, danzando y rugiendo, hacia el Sur. Las mujeres y los hombres que lograron salvarse temblaban horrorizados, a los gritos de los sorprendidos por la candela.

— ¡Ay, ayayay! !

Y ante los ojos atónitos, una mujer toda de negro, con la oscura cabellera suelta, cruzó, veloz, soltando alaridos desesperados.

— ¡La Petita! ! ! ¡La Petita! ! !

El incendio, juguete de un viento terco que esa noche fatal sopló dando bandazos violentos, lanzaba al espacio llamas y más llamas. No fue mayor el fuego del infierno. El cielo, sordo a las súplicas, parecía prendido también. Los niños proseguían su danza alucinada; huían los conejos chillones; las ratas inundaban el camino; las culebras volaban a perderse, silbando. Niños y mujeres caían, asfixiados, para no levantarse. Hombres mismos, enceguecidos, corrían hacia las llamas.

— ¡Ricardo! ! !

— ¡Chelapá! ! !

— Aquí, aquí, Ricardo.

Los dos hombres se abrazaron. Mas, de pronto, frente a ellos, frente a todos, cruzó la negra visión con la oscura cabellera suelta, lanzando alaridos, caminos de San Cristóbal. Iba ante las llamas, dejando a su paso la tierra abrasada.

— Petita! Petita! —gritó Ricardo, y corrió tras la visión que se esfumaba.

Sólo encontró cañaverales que la candela poco a poco sometía.

Se observaban ya las altas chimeneas del Ingenio. Hacía horas que todo ardía sin que nadie pudiese evitarlo. Llegaban camiones cargados de hombres. Pero, espantados por el bárbaro espectáculo —millas y millas incendiadas, rugientes; millares de cogollos ardiendo por los aires—, retrocedían. Nada que hacer; todo inútil. El hombre es impotente frente a la naturaleza liberada.

El fuego proseguía su marcha de muerte. Y todos huían hacia San Cristóbal. A poco se vio el Central rodeado por la candela, brillante, irreductible, en el centro de un anillo de fuego. Ya los hombres estaban en la carretera. Confiaban en que el amplio claro del batey y el patio que rodeaba al Ingenio lo salvarían de la catástrofe. Pero, las esperanzas ardieron también: la leña almacenada junto a las calderas comenzó a arder. Pronto fue una fantástica pira.

— ¡Las calderas! ¡Estallarán! —gritó Ricardo, y se lanzó hacia el Ingenio.

Hubo un coro desesperado, que ahogó la voz de Chelapá.

— ¡Ricardo! ! !



Como salida de la tierra, una mujer, toda vestida de negro, suelta la oscura cabellera, dando alaridos de espanto, se precipitó tras de Ricardo.

La leña almacenada ardía. Las calderas, forradas en fuego, comenzaron a retumbar con un zumbido grave, impresionante. En eso, inesperada, angustiada, pidiendo al cielo una ayuda imposible, gimió la vieja sirena de San Cristóbal. Con voz lúgubre, como aullido de perro, que llenaba la noche, más fuerte que el resplandor de las llamas. Y, enseguida, la explosión. Formidable, ensordecedora. El Ingenio se quemaba por los cuatro costados.

— ¡El alambique! ¡El alambique!

Era inevitable. Su cuerpo alto y delgado, cubierto con zinc, parecía incendiado ya. Se consumía presa de una fuerza satánica, salida de las entrañas de la tierra. Se le vio todo rojo, incandescente, antes de la primera explosión. Fue horroroso. El mayor de los tanques estalló primero.

La tierra tembló. Hasta el cielo se levantó una columna ígnea que se esparció a muchas leguas. Otra explosión... Otra... Los diez tanques fueron estallando. La tierra se estremecía y el cielo se llenó de voladoras hojas de zinc ardiente. No había, en los contornos, rincón donde la muerte no llamase.

A eso de la diez de la mañana cesaron las explosiones. San Cristóbal ardió hasta las dos de la tarde. Pero, de entre las ruinas, un humo espeso y negro se elevó por días, como incienso venenoso de un rito macabro. Durante el incendio muchos murieron de asfixia, enceguecidos. Entonces nadie se enteró. Y allí quedaron, con los ojos abiertos, rígidos y tostados, habitantes grotescos de un mundo de pesadilla.

## DESERTORES

### CAPITULO XII

La madrugada baja con insólita expresión de espanto. Cae lenta. Con calma fría. Miedosa de saludar a los hombres. Parco amanecer del 8 de junio de 1900. El campo está estático, firme, y falsas son la soledad y la quietud. Lejano, corretea por los matorrales un trinar fugitivo. Silencio. Nervios. Presencia de la muerte. A veces es el vuelo de un gavián hambriento que la vista sigue minuciosamente, ansiosa el alma por distraerse, fugar o no tener conciencia; otras, el movimiento cauteloso de un cuerpo que se arrastra.

Y la brisa es húmeda, delgada, hasta inútil. Trae el espanto. El cielo presenta un rostro gris, inmóvil, absorto. Allá, tras un arbusto, hombres tendidos en el suelo, el fusil horizontal al cuerpo, miran fijamente hacia adelante. Sobre las lomas, pelotones rígidos atalayan. Por el llano, kilómetros de hombres, el arma lista, en febril espera. A ratos uno abandona el puesto arrastrándose como un reptil, y nuevamente se tiende, buscando puntos en el horizonte. Cordones azulosos de humo suben y se van brisa abajo. Por el sur se acerca un batallón que se divide, llenando claros en esa barrera de metralla y coraje.

\* \* \*

Desde la retaguardia avanzó un cuadro de hombres cabalgando hacia el frente.

—¿Atacarán hoy? —preguntó Porras, a la cabeza del pelotón.

—Ya lo sabes, Belisario; Campo Serrano piensa tomar vino en tu cráneo y en el mío —gritó Carlos A. Mendoza.

Uno de los jinetes era Antonio Bernal que, con el ceño adusto, miraba hacia donde las trincheras se dilataban. Porras y Quinzada lo miraban intermitentemente, cazando expresiones en su cara.

—¿Será hoy?

Por respuesta, el camino se llenaba de cascos de caballos.

—¿Capitán Bernal, tiene presentimientos?

—Todos los tenemos.

—¿Qué haría usted si nos derrotan?

—Para esa pregunta todo liberal tiene respuesta.

—¿Cuál es la suya?

—La misma que usted daría, Dr. Porras.

Bernal estaba pálido, los ojos firmes en el horizonte, acariciando con la lengua unos bozos descuidados. Ya estaba próxima la salida del sol cuando se escuchó un cruce de disparos.

—¡Empezó la cosa! — gritó Porras y tendieron los caballos al galope hacia la línea de fuego.

De pronto estallaron las cornetas. El campo vibraba. ¡Fuego! era la orden de los clarines. Había empezado el combate de la Negra Vieja. Las descargas corrían tendidas por el campo, de uno a otro confín. Era un griterío feroz de hombres, granadas y fusiles.

El Estado Mayor se situó sobre una colina desde donde se divisaban los batallones. Era el alto de la Negra Vieja. Allá abajo, lejano, sobre un promontorio boscoso, el Batallón Robles se agazapaba acechante; a la izquierda, ágiles, los Libres de Chiriquí; más lejos, el Conto.

Por el horizonte, confuso en la neblina que aún se pegaba a la sabana, avanzaba el enemigo, llenando de mil reflejos la mañana. Las fuerzas del gobierno se abrieron en dos alas para atacar por el frente. En eso, de allá, del llano mismo, se oyó un griterío infernal. “¡Viva el Colombia! ! ¡Viva el Ulloa! ! ¡Viva el Quinto de Cali! ! ” Y se vio a los godos lanzarse salvajemente al ataque. La primera en recibir el impacto fue la caballería, que se abalanzó a galope por la sabana. Fue un choque estruendoso. La pólvora cne-guecía y cruzaban el campo los corceles desbocados y heridos, relinchando hasta erizar los cabellos.

Las fuerzas conservadoras embistieron al Conto. Avanzando con el pecho sobre la tierra, disparaban incesantemente sobre la altura que éste dominaba. En eso la lucha se perdió entre una humareda densa. Se oían gritos, disparos, imprecaciones y lamentos. Más tarde se vio a los regeneradores retirarse en orden. Pero se trataba de una maniobra, pues contra-atacaron ferozmente, forzando al Conto a replegarse, a perder posiciones, mientras que los hombres rodaban pendiente abajo cercados por el fuego graneado. Intentaron una arremetida desesperada, pero resultó inútil. Nuevos cuerpos de infantería apoyaban el ataque enemigo y el Conto tuvo que retirarse. En eso, el Azuero llegó en su auxilio. Se trabó un ataque cuerpo a cuerpo, entre la humareda asfixiante, los gritos desesperados, las maldiciones, los vivos al partido, hasta cuando los atacantes se replegaron en línea de pelea por el llano.

Nuevas tropas llegaron al campo de batalla y el fuego se dilató por la línea de combate. Fuego encarnizado de fusilería. De uno a otro confín del llano repiqueteaban los disparos con una estridencia mortal.

De pronto se oyó a Quinzada gritar, desasosegado:

— ¡Son ellos! ! ! ¡Son ellos! ! !

Un batallón había flanqueado la loma de Santa Cruz e iba a copar al Conto y a los Libres de Chiriquí entre dos fuegos.

— ¡Maldición, estamos perdidos! —gritó Herrera.

En eso, inesperadamente, Bernal tiró bridas y se lanzó, espada en mano hacia la loma que dominaba el Conto y el Azuero.

— ¡Bravos del Azuero, seguidme! ! —gritó Bernal. — ¡Enemigos a la retaguardia!

En medio de tanto desconcierto, los soldados, confundidos y rabiosos, se volvieron fuertes para seguir a Bernal. Resistió la embestida de la infantería y después de un violento combate cuerpo a cuerpo, se dio a una carrera desesperada a campo traviesa. Se levantó sobre la loma la bandera liberal y un corneta llenó de bríos los corazones.

Allá, para ametrallar al Robles, un cuerpo del enemigo había alejado de sus líneas una pieza de artillería y la montaba a tiro de fusil de las líneas liberales. Bernal, sobre la loma, comprendiendo el peligro, separó treinta hombres del Azuero y gritó:

— ¡Bravos del Azuero, a la carga!

Y los treinta hombres avanzaron por el llano entre el fuego que se mantenía a todos lados. Una descarga cerrada sorprendió a los

artilleros que, al volverse, recibieron otra andanada de fusilería, dejando al descubierto la pieza. En eso, sorpresivamente, de entre el humo, salió un cuerpo de cien infantes del 5° de Cali y, pecho a pecho, en el llano se entabló la lucha. Bernal avanzó unos metros y los regeneradores se dieron a la retirada, seguidos hasta muy cerca de sus filas por la brigada liberal. Cuando el enemigo se movía con la intención de copar a ese pelotón que temerariamente se había alejado de sus filas, se oyó la orden del clarín y los bravos del Azuero se retiraron disparando sin cesar. Al reincorporarse a las trincheras liberales, los saludó un viva general de triunfadores. A las cuatro de la tarde, una última descarga despidió a los godos, que intentaban organizar una retirada.

\* \* \*

Las noches que siguieron a aquel trágico 8 de junio fueron lúgubres, espectrales. Caía la lluvia pertinazmente. Se tocaban desde muchas partes los lamentos y las voces de dolor transitaban entre las sombras pregonando la muerte. Por las zanjas, en un patio cualquiera, sobre la calle misma, se tropezaban cuerpos semi-carbonizados, piernas putrefactas a la intemperie. Se sorprendía uno de esa ronda crepuscular de gallinazos revoloteando, revoloteando sin piedad. Noches de muerte y angustia. Sombras en que se cobijaba el dolor de los cadáveres engarabitados, retorcidos, solicitando una zanja, una sepultura, un puñado de tierra, de esa tierra mojada con su sangre, un puñado de tierra para su frío de cadáveres.

\* \* \*

—¿No era ese el Chondo?

—Ni se conoce.

—Duele ver un cristiano así; tirao a los pájaros.

—Duele, compa.

Y era la sombra, y era el dolor, y era el miedo. Alguien se lamentaba en una coplas tristes que parecían venir de lejos y se oía más doliente y quejosa todavía, distante voz:

—¡No cante, hermano!

El miedo era un habitante.

## CAPITULO XV

La ciudad de Panamá vivía a mediados del año mil novecientos, uno de los instantes más angustiosos de su vida. Miedo. Desasosiego. Incertidumbre. Las calles mudas se quebraban a veces en la carrera de un coche. La Iglesia no cerraba sus puertas. Por todas partes

pelotones de soldados marchaban hacia las afueras, donde se levantaban barricadas. La Gobernación y las Bóvedas mantenían comunicación constante con ordenanzas y vehículos.

El pueblo presenciaba atónito los preparativos para la defensa. Nadie desconocía la gravedad de la situación. Los representantes extranjeros no disimulaban sus temores. Se supo que habían efectuado distintas reuniones; que se habían dirigido al jefe de la plaza y a Belisario Porras solicitando garantías; habían propuesto fórmulas de arreglo a los bandos contrincantes. Shaler estaba disgustado: la Compañía del Ferrocarril no veía con buenos ojos esa guerra. Los capitanes de los barcos de guerra norteamericanos surtos en la Bahía de Panamá y en Colón, habían pisado tierra repetidas veces demandando seguridad para sus conciudadanos.

Desde los primeros días del mes de Abril se tuvo noticias del desembarco de la expedición de Porras en Chiriquí. En un principio no pasó el hecho de ser una temeraria empresa sin futuro. Pero vino el triunfo de las armas revolucionarias y ya hubo margen para las conjeturas. Se habló de un poderoso ejército que José Santos Zelaya y Eloy Alfaro habían petrechado con toda clase de equipo y numerosos combatientes; que el último decretaba festividades en el Ecuador cada vez que se reportaba un nuevo avance en la Revolución. Se decía que los pueblos en la ruta a Panamá salían jubilosos a aclamar a Porras; que una llovizna de voluntarios llegaba diariamente a los campamentos de Emiliano Herrera. Y el miedo cundía en la capital. José María Campo Serrano, Jefe del Departamento, escribía solicitando ayuda. Por todas las esquinas, antes del golpe de queda y en todas las tertulias, se hablaba del avance de Porras. Se hacían conjeturas; se calculaba e imaginaba su entrada como conquistador. Los conservadores hablaban del Nuevo Morgan, implacable y sanguinario que destruía pueblos, encarcelaba, enflaquecía las haciendas, violaba vírgenes. Nada detendría al Ejército Restaurador.

A fines de mayo se dispuso detenerlo en su camino hacia la capital. Fue en Bejuco. Desastre: el Ulloa, el 5° de Cali, los Libres de Colombia, huyeron en una aparatosa retirada hasta las goteras de la ciudad. El pueblo los vio regresar vencidos, agotados, llenos de espanto, y entonces el pánico fue indescriptible. Nadie sabía dónde se encontraban las fuerzas enemigas. Se corría a construir trincheras. En los alrededores de la urbe se levantaban barricadas. Losada, jefe de las fuerzas del Gobierno, no ocultaba sus desavenencias con Campo Serrano. Se rumoraba que este último acababa de dejar el Departamento en busca de refuerzos; tal vez no regresaría más. Miedo: el Gobierno tenía miedo. Las deserciones aumentaban.

La anarquía se organizaba. Por esos días llegó, procedente de Colombia, el General Carlos Albán, quien inmediatamente fue investido, dadas las precarias condiciones, con el cargo de Jefe Civil y Militar del Departamento.

Así las cosas, llegó el mes de Julio. Las avanzadas de espionaje reportaban que el grueso del Ejército Restaurador había dejado La Chorrera y se acercaba a Panamá. Se dispuso hacerle frente en las afueras. Pero era inútil. ¿Dónde, qué hacer? Esos desalmados avanzaban y nadie los contendría. Y ese miedo, ese miedo por todas partes era lo peor. Por las calles transitaban grupos de mujeres que lloraban; de chiquillos que huían. Otros, más audaces, buscaban las goteras de la ciudad para ver la guerra. Se hacían arrestos sorpresivos. En las Bóvedas de Chiriquí estaban presos ciento noventa liberales conspicuos y por ellos corría el rumor de que la prisión estaba minada y de que en cuanto entraran los revolucionarios la volarían. Entonces se llenó la plaza de gente que pedía clemencia, que suplicaba misericordia. Todos vieron cuando el Cónsul General de Inglaterra, el señor Mallet, entró a la cárcel, con un permiso del Jefe Civil y Militar, para poner a salvo a don Domingo Díaz y a Ernesto Arosemena. Corrió el rumor:

—“Señor Cónsul, tanto a usted como al General Albán agradezco el interés que se han tomado por mí, pero les manifiesto que sólo en el caso de que de aquí saliéramos todos los presos, saldría yo con ellos, pues si fuere cierto que corremos el peligro de ser volados, debo y quiero correr con todos mis compañeros la misma suerte, y no salvarme solo”.

Esa fue la respuesta de don Domingo Díaz al señor Cónsul General. Unánime consternación. Era inhumano que volaran en pedazos por los cielos. Las mujeres llenaban la ciudad con gritos de angustia. Rezaban a coro por las calles. La iglesia permanecía atestada de creyentes que pedían a Dios intercediera entre estos hombres que se mataban unos a otros sin descanso.

El 22 de Julio de 1900 el pánico era incontenible. Los soldados gobiernistas corrían desgajando de sus sombreros las divisas conservadoras. La noche del veinte, el Batallón Henao salió a interceptar a las avanzadas revolucionarias establecidas en Corozal. En la madrugada del veintiuno se avistaron y empezó el combate. Otro triunfo de la Revolución. Se vio al Henao entrar a la carrera en las defensas interiores. Nerviosos, Perseguidos. Sí, el Ejército Restaurador venía tras ellos y dentro de pocas horas entrarían a la ciudad. Hubo motines. Muchos liberales se organizaron para disparar contra los defensores. Sonó el aquelarre. Los soldados, que no sabían a ciencia cierta dónde estaba el frente, creyeron que Porras había

entrado a la ciudad por el mar. Disparaban al aire. Se tiraban unos a otros. Alguien gritaba: "¡Sálvese quien pueda!" Era la estampida, la desbandada. Los jefes todos huyeron a los barcos extranjeros fondeados en Flamenco. Sólo quedaron el Jefe Civil y Militar de la Plaza, General Carlos Albán y el Jefe de las Fuerzas Armadas Legitimistas, General Víctor Manuel Salazar.

Pasaron horas de tremenda angustia. ¿Por qué no atacaban las fuerzas de Porras? Según noticias, ya debían estar en las afueras de la ciudad. ¿Por qué no se divisaban? El pueblo estaba en los techos de las casas, en los balcones, en las eminencias de la playa; en todo sitio que facilitara la perspectiva. La ciudad buscaba ávida en el horizonte, pero nadie asomaba, nadie. A veces una voz gritaba: "¡Por acá, por acá, son miles, son miles!" Pero pronto se descubría que sólo era el viento que levantaba polvaredas. Calma. Expectativa. La ciudad estaba en vigilia.

La madrugada del veinticuatro se llenó de inusitada animación. Las fogatas en donde se preparaba constantemente café para la tropa, propagaron la alarma: "¡Los Rojos avanzan!" Y las puertas de las casas se abrieron; los hombres salieron a uniformarse; las doncellas, llenas de recato, se asomaron púdicamente a las ventanas y a los balcones. Pero no fue sino hasta las ocho y media de la mañana cuando realmente empezó el combate. ¡A plena luz del día! El ejército Restaurador avanzó en tres cuerpos: el ala derecha hacia la Ermita de San Miguel; el peso del ataque, por el centro, contra el puente de Calidonia y una ala izquierda por la Playa de Trujillo, para confluir también hacia la embocadura de Calidonia. Los primeros disparos se cruzaron entre los batallones que comandaba Domingo de la Rosa y unas avanzadas de reconocimiento dirigidas personalmente por el General Salazar. Este fue como el santo y seña de la lucha. Alrededor de la ciudad, y particularmente sobre el Puente, se levantaron poderosas trincheras sobre zanjas, con rieles y durmientes formando aspilleras, alambres y planchas de hierro que constituían una defensa formidable. Las huestes liberales avanzaron, agazapadas, a todo lo largo de la línea de pelea. Pronto fue por la Ermita de San Miguel el choque cruento. Sonaban los disparos del cañón emplazado en Perry's Hill. Respondían las baterías instaladas en la ciudad. La metralla barría las filas liberales. Los hombres avanzaban, pegados al suelo, disparando incesantemente. Entonces fue la arremetida de Calidonia. En el frente conservador sonó el toque de carga y los fogonazos, la fusilería, la metralla, las bombas, estallaron por doquier. Morían los liberales. Las filas clareaban, pero nuevos hombres venían. Muerte y desolación. El campo se llenaba de cadáveres.



En eso se desató del cielo un temporal tremendo. Restallaba el relámpago. Los truenos arrastraban lamentos de heridos y voces muertas. Todo se hizo violáceo. Un claroscuro angustioso se fue pegando a las cosas. Nada. Nada detenía la ferocidad liberal. Bajo la lluvia, entre trueno y trueno, arrastrándose sobre el lodo, iban hacia el puente. Ya lo alcanzaba un pelotón, pero, ¡horror! caían como ratas sin lograr alcanzarlo. Las defensas de la ciudad permanecían incólumes. Del campo llegaban gritos agónicos, se veía a los hombres correr como locos, quienes agarrándose de los brazos, quienes apretándose el estómago partido por una bala. Uno corrió como un demente, mesándose los cabellos, saltando y berreando como un animal hacia el puente, y, frente a las defensas, rodó dando saltos mortales.

Las sombras cayeron. Sombras densas, sombras de la muerte. Nada se distinguía. El campo de batalla era la noche misma, llena de gritos desgarradores, de lamentos. A veces se sentía el aullido profundo de alguno a quien la muerte sorprendió de súbito. Olía a sangre, a carne humana. Se miraba en derredor y no había nada, nada que no fueran los gritos de dolor y la presencia pertinaz de la muerte.

Como a las once de la noche se ordenó atacuc. Los soldados avanzaron, agazapados, arrastrándose, a ganar el puente. Ya estaban a doscientos metros; ahora a cien; ¡sorprenderían! De pronto, a todo lo largo de las trincheras conservadoras, las cornetas tocaron carga y se llenó el campo en sombras de criminales fogonazos. Por todas partes estallaban las balas, las granadas; los cañones hacían disparos a quemarropa. Nuevamente tocaron las cornetas. ¡Carga a la bayoneta! Fue la cosa cruel. La sangre en los labios, en las manos; las uñas llenas de venas hermanas. A morir tocaban. Brazos desgajados, piernas sueltas por la metralla, que aún se movían en el barro. Los ojos buscaban en la sombra al hermano, al amigo, buscaban la vida para extinguirla. De pronto un relámpago tardío alumbraba a alguien que iba arrastrándose; luego era el golpe seco de un culatazo y al ¡ay! postrero de la muerte. Otras veces uno se quejaba y, como sabuesos hambrientos, corrían otros para ultimarlos. No fue preciso tocar a retirada. ¿Quién podía retirarse?

La claridad del alba confirmó la visión de los relámpagos: la muerte tenía una forma irreductible frente al Puente de Calidonia. El resto del día hubo duelo de artillería y disparos de fusiles. A las cuatro de la tarde se hizo un alto para que ambulancias Chilena e Inglesa aligeraran el campo de cadáveres y heridos. A las siete de la noche del 25 de Julio de 1900 se reanudó el combate, entre gritos estentóreos al Liberalismo y al Partido Conservador.

Mas algo trajo un cariz nuevo a la pelea: por la línea del ferrocarril se aproximaban dos batallones. Era Sarria que avanzaba desde Colón a reforzar a los defensores de la capital. Fue lo imprevisto. Las diezmadas tropas del Ejército Restaurador se dieron a la desbandada. Cundió el desánimo y la moral de las tropas se quebró. Inútil resultaba la desigual pelea. Y como si fuese poco, los Cónsules de Estados Unidos, Inglaterra y Francia informaron a los revolucionarios que avanzaban sobre la ciudad, José María Campo Serrano al frente de mil doscientos cincuenta hombres, y que la cañonera Boyacá estaba a punto de desembarcar ciento cincuenta más.

La capitulación fue inevitable.

## CAPITULO XXIX

Es una mujer cansada. Los brazos sobre la muralla, mira al mar. Su rostro es conocido. Esa manera de posar los ojos dejadamente, ese modo de dardear la lejanía, nos recuerdan tiempos pasados. ¿Pero, está cansada? Tal vez no. Quizá sólo sea una fatiga pasajera. Un poco de desorden hay en su cabello, ya sin encanto del azabache. Su cuerpo, perdida la altivez primaveral de otras jornadas, sigue hablando de una euritmia embriagadora, guarda el eco de promesas vírgenes, lleno todavía de noches mansas, noches inabordadas. ¿Qué busca sobre la densa soledad marina esa nostálgica figura? ¿Qué diálogo sutil oye en la tarde? ¿Fantasmas de otros tiempos le conversan? Abajo, tranquila, está la mar, rota la frente por brechas de un sol en ocaso. La mujer tiene un ligero movimiento; toda distancias, adelanta unos pasos, y nuevamente se dobla sobre la muralla. Es como si le atrajera esa vida frustrada del Océano: ese rodar y gemir sobre las mismas dimensiones, el pálido paisaje de las playas. Algo de eso hay en ella: rastros de frustración.

Desde la cárcel cercana de Chiriquí llegan voces. Pero ella no escucha. A su lado, de vez en cuando transita un centinela o pasa un muchacho.

Por una de las calles de la ciudad que empieza cerca, desemboca un hombre de pesado andar. Su textura es fuerte, pero parece extenuado. Hay una ligera inclinación cuando afianza la pierna derecha. Camina también hacia la gruesa muralla que retiene al mar. Es un cazador de recuerdos. Husmea en el aire pasajes conocidos. Busca palabras, mira todas las cosas con dolor; pide a la tarde, con ojos cósmicos, algo como una explicación.

De pronto, descubre en su sendero a esa mujer lejana. Hay una expresión de espanto y asombro en su cara. Luego sonríe como aquel que ha materializado un recuerdo o padecido una alucinación. Mira fijamente; quiere andar más veloz, pero la pierna se resiste. Tiene los ojos prendidos en esa imagen serena y cautivadora. Muy cerca, ya, se detiene, el rostro se aviva con gestos indescriptibles. Por fin logra gritar, pero su voz se queda corta:

— ¡Ester! ¡Ester!

Ella, perdida por viejos caminos, tuvo la certidumbre de que la llamaban. Y sonrió ¡Cómo es de vivo y poderoso el recuerdo! Hubiera dicho que, no muy lejos de allí, una voz, un acento amigo, la llamaba. Pero sólo eran sus deseos, apenas la presencia del pasado.

— ¡Ester! ¡Ester!

Tuvo miedo; esa voz era muy viva. Esa voz la tocaba. Lentamente, con gesto involuntario, volvió la vista. Ese hombre allí parado, esa manera fija de mirarla, ese rostro... pero ese hombre...

— ¡Ester!

— ¡Antonio, Antonio Bernal!

El caminó para estrecharle la mano, pero ella le echó los brazos al cuello y escondió en su pecho un llanto que no podía contener.

Luego, cuando consiguió calmarse, habló:

— ¡Antonio, Antonio, Victoriano ha muerto!

El la miró con los ojos grises. Con voz muy queda replicó:

— ¡Victoriano Lorenzo ha muerto!

— Antonio, mira, mira, allí no más, esas manchas de sangre en la tierra parecen conversar.

— Ester, hace días ando como loco; no puedo conciliarme con la idea de este crimen.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Mi vida está llena de fusilamientos! ¡Bárbaros! —exclamó Ester llena de furia.

— ¡Lorenzo ha muerto! —Bernal, volviéndose hacia ella, prosiguió—: Ester, me parece verlo todavía... Cuando supo que Castro te había hecho prisionera, se adelantó al Ejército para rescatarte. Recuerdo bien que me invitó. Yo no quería acompañarle; le temía un poco. No pudo llegar hasta ti. “—Castro tiene a la niña Ester. Castro tiene a la niña Ester—”, solía decirme constantemente. Después intentó penetrar a la población para traerte con él, pero Herrera no se lo permitió: estábamos en los umbrales del combate de Aguadul-

ce y Lorenzo era General comandante de la Séptima División. Luego fue en la misma lucha: solicitó a Herrera el más serio compromiso de la batalla: apoderarse del cerro del Vigía, guardián del puerto de Aguadulce. No lo olvidó: sus cargas salvajes dejaron corta a la formidable embestida del General Julio Plaza sobre Pocrí. Peleaba al descubierto; matorral por matorral; las isletas lodosas se teñían con la sangre de los bravos. Había en el tiempo un imperativo inolvidable: la marea. Era preciso tomar el cerro antes de la llena. Suya fue la idea. La montaña ardía como un mechón de cabello seco. Tras las llamas, él y sus hombres: rifles, machetes, gritos y corazón dispuesto. Fue una sorpresa para los godos: llenos de espanto soltaban las armas y corrían ladera abajo, trastornados, hacia los vencedores, hacia las llamas. Muchos, ciegos por el humo, se lanzaban al abismo que corta al cerro abruptamente por el norte. Antes de que la marea regresase, el Vigía estaba en manos liberales.

Bernal hizo una pausa y continuó:

—Creo que en su ánimo estaba el avanzar inmediatamente sobre Aguadulce y yo diría que sólo por ti. Pensaba que eras una niña que necesitaba protección. Pero Herrera había dado órdenes a Porras de mantener segura la posición. En esa misma jornada llegaron dos ordenanzas suyos; uno llevó razones a Herrera y el otro a mí.

—“Capitán Bernal —dijo— el manu pregunta que quí ay de la niña”.

—Nada pude responder: era imposible saber tu paradero. Tuve noticias de la casa en que te mantuvieron presa: yo personalmente busqué con ánimo de encontrar un papel, una pista que nos dijera algo. Pero nada. Nadie sabía. El día del combate te vieron; fue la última noticia. Llegamos a pensar que tal vez habías muerto, pero esto resultaba difícil de creer. A él, Ester, le preocupaba mucho tu suerte.

—Luego fue la marcha a Chiriquí. Lorenzo, con sus batallones, quedó patrullando las provincias centrales para no dar descanso al enemigo y evitar que consolidara posiciones. Durante meses no tuve noticias tuyas. Nos encontramos de nuevo en el sitio de Aguadulce. Y yo me pregunto, Ester, ahora que veo en el suelo su sangre, por qué no se le quiso. Difícilmente hubo en la Revolución soldado que prestara mejores servicios que Victoriano Lorenzo. Y, sin embargo, allí está, porque así lo quisieron los políticos.

Antonio se contuvo y por momentos pareció que un gran cansancio lo vencería, pero notando la ansiedad que sus palabras despertaron en Ester, continuó:

—¿Qué hubiera sido de nosotros en Aguadulce sin la ayuda de Lorenzo? Todavía estaríamos, los ojos abiertos, los nervios crispados, tendidos en los llanos de Palo Solo, Pozo Azul, Pueblo Nuevo, en los rastros de la Albina. Lo recuerdo con increíble claridad, Ester. Nuestras avanzadas divisaron al enemigo pasado el Santa María. Noche a noche nos acercábamos con lentitud, a campo raso. En las alturas de la Loma hicimos un alto, pero esa noche continuamos arrastrándonos por el llano. Al amanecer estábamos a la vista de la población. Entonces fue fácil escrutar las formidables defensas levantadas por el enemigo. Paso a paso nos aproximamos ante sus propias barbas. Era emocionante, Ester. Miles de hombres avanzando metro a metro, y otros miles, arma en ristre, la mirada atenta, aguardando la orden de fuego. Morales Berti esperaba una carga de valientes como la que nos dio el triunfo en ese mismo lugar en febrero anterior; por eso había tomado todas las precauciones de defensa y mantenimiento. Pero los propósitos de Herrera eran distintos: íbamos a sitiar a lo mejor del Ejército Conservador en el Istmo. La mañana siguiente encontró nuestras líneas a mil y a quinientas yardas de su línea de fuego. Poco a poco se iba completando el cerco. Y así, mientras batallones enteros abrían trincheras, levantaban barricadas y tendían alambradas Lorenzo —y eso nadie se lo explica— cruzaba las defensas enemigas, entraba al pueblo, derramaba latas y pilas de miel, se traía el ganado de las huertas y de las lecherías ante sus propias narices. No fue una vez. Sucedió en varias ocasiones. De noche oíamos tiroteos cerrados que no eran hacia el frente y todos sabíamos que disparaban a Lorenzo. Luego regresaba, ante la admiración de todos, vaqueando sacas enteras, cargado de sal que arrebatava al enemigo. Así fue posible el sitio. Porque cuando el cerco estuvo terminado, un cerco de fuego, alambradas y zanjas, el enemigo estaba sin alimentos. Nuestros cañones, emplazados ocho en Pozo Azul y ocho en la línea de Pocrí, aguardaban la orden de empezar.

—“A las doce del día 2 de Agosto de 1902, rompimos el bombardeo. En uno de los cerros del Vigía, Vaca de Monte, se instaló el más poderoso cañón, a tres mil trescientos metros de Aguadulce. El 3 de Agosto comenzó a funcionar con precisión aterradora. Las noches, Ester, eran días. Tensas, nerviosas. Pegado el ojo a la mirilla del fusil. Atentos a cualquier ruido.

—“¿Oíste?”

—“Sí”.

—“¿Ves algo?”

—“No”.

—“Avisa”.

—“No tengas miedo”.

—Estos diálogos avivaban las sombras de esos llanos de la muerte. Por todas partes había tiradores apostados, cazando los más ligeros movimientos. Allí gané esta cojera de la pierna derecha.

—Ellos estaban hambrientos. Nada tenían para comer; Lorenzo había limpiado su despensa. Cuando consumieron los últimos caballos, todos vimos cómo, una a una, caían las palmas. ¿Recuerdas aquellos palmares de Aguadulce? ¿Recuerdas que se erguían como centinelas atalayando la llanura? Nada de eso queda, Ester. El pueblo semeja un huerto abandonado. Las palmas rodaban y seguramente a la muerte de cada vegetal seguía el festín suicida de palmito y miel. Sí, Ester, es inconcebible en estos tiempos. Al final sólo tenían, para alimentarse, suela de zapatos, y miel. Luego fue la mortandad; la disentería colectiva. La gente se acostaba en los portales para no levantarse más. Los habitantes se arrojaban al suelo, a las calles, enfermos, hambrientos, cadavéricos. El 28 de Agosto, día de la capitulación, entramos para contemplar el cuadro más horripilante, las escenas más tétricas de esa guerra estúpida y miserable, que vivimos por tres años. No volví a ver a Lorenzo. A mediados de Agosto, Herrera le encargó dirigirse a las inmediaciones de Panamá, San Carlos y Antón, para cubrir la retaguardia e impedir desembarcos del gobierno por esos sitios.

Bernal permaneció silencioso unos segundos; luego prosiguió:

—¿Y tú Ester, qué te habías hecho? ¿Qué hacías en este lugar, tan pensativa...? Ester, hay nostalgia y dolor en tu rostro...

—¿Yo...? ¿Qué iba a hacer...? ¿Qué puedo hacer...? Sí, hay tristeza y dolor en mi rostro, pero en ¿qué rostro sincero no deja el sufrimiento huellas? Vivir... Gozar... Ja... Ja... ¿Sabes qué buscaba esta tarde, aquí, junto a la sangre de Lorenzo? No, no buscaba, no sé. Sencillamente que me parecía verlo llegar con las manos llenas de palomas para la niña Ester. Hay un momento crucial en toda vida, un instante supremo para decidirse. Pero la mía, Antonio, no ha tenido siquiera el encanto de la alternativa; no resta el consuelo de que pudo ser mejor. Algo me empujaba, me arrastraba incontinentemente, algo que se ha consumido en mí, no sé cuándo ni por qué. Antonio... yo soy una mujer vencida, soy un recuerdo agónico de un tiempo que poblamos sin vivirlo. ¿Ya, qué aguardamos aquí frente a la tarde? ¿Acaso aún arden esperanzas en ti? ¿Queda espacio en tus pupilas para mirar a los hombres?

—Ester —dijo Bernal tímidamente—, tú buscabas algo, aguardabas a alguien.

— ¡Sí, capitán Antonio Bernal, sí! Aguardo el espíritu de Victoriano Lorenzo. Tenía la convicción de que en el crepúsculo, esta plaza, estas paredes mudas, se llenarían con el trueno de los fusiles asesinos; y entonces, de esas manchas de sangre que parecen conversarnos, Victoriano Lorenzo despertaría para explicarle a “su niña Ester”, para decirle su opinión sobre los hombres, para hablarme de su muerte. Pero ya sé que es inútil. Antonio Bernal: estas paredes son mudas y este amplio recinto lo visitan vientos caminantes que no se pueden detener. Y con la voz de Lorenzo corren, como perros hambrientos, los gritos de sus verdugos.

Ester calló para mirar hacia el Ancón lleno de sol; luego continuó:

—Antonio, son sucesos frescos en mi memoria, me parece que fue ayer. Durante el combate de Aguadulce mi última ilusión se consumió. Me hallé sola, abandonada, sin amigos y sin esperanzas. Entonces tuve asco de todo, quise divorciarme de una vez para siempre con el pasado. Me vine a Panamá. Pero todo era infructuoso: mi existencia estaba rota. ¿Para qué vivir? Era una fugitiva, una prófuga de mí misma. Antonio, es duro vivir cuando no se ama la vida. Mis días se dilataron, los meses se hicieron eternos, hasta que, por fin, empezaron a correr rumores de paz. Enseguida llenéme de optimismo. ¿Por qué no comenzar nuevamente? Pensaba en ti, Antonio, en Victoriano, en Chefa, en la vieja casa grande, en... —Ester escondió la mirada en la mar serena. Y llegó el 21 de Noviembre de 1902, el General Salazar y Vásquez Cobo conferenciaban con Herrera, Lucas Caballero y Eusebio A. Morales, a bordo del acorazado norteamericano “Wisconsin”. Discutían los términos del tratado que pondría fin a la guerra. Esa tarde del 21 una abigarrada multitud aguardaba en “La Marina”. Cuando Salazar puso pie en tierra, lo saludó una ovación general; el entusiasmo de todo un pueblo cansado de pelear.

—Esa noche los chinos quemaron cohetes nunca antes vistos; las muchedumbres inundaron las calles, las bandas de música tocaron el himno nacional. Por todas partes se gritaba a coro: —“Cesó la horrible noche”; “Cesó la horrible noche”. —Era un día de júbilo desbordante. La ciudad no durmió, y, al amanecer, los petardos aún acompañaban el jolgorio popular.

—Al día siguiente hubo una manifestación patriótica que se detuvo bajo los balcones del Palacio de Gobierno. Antonio; yo, sin quererlo, me llenaba de optimismo, de confianza. Y hasta llegué a alegrarme. Luego supe que Salazar y otros oficiales habían partido hacia Aguadulce a recibir de manos de Herrera —según el tratado— el parque liberal.

—Hay una sucesión violenta de incidentes que no me explico. Cierto que aquí se hablaba mucho de Lorenzo; tal vez Victoriano era una de esas interrogantes que dejaba la guerra. La verdad es que todas las mentes conjeturaban acerca de él. De pronto, se informó que el Indio Lorenzo venía prisionero en el “Bogotá”. ¡Imagina, Antonio, mi asombro! Lorenzo preso! Me pregunté mil veces el porqué. Pero era tonto: no hallaba una respuesta sensata.

—Creo que fue a principios de Diciembre. —“Llega el Indio Lorenzo en el Bogotá. Traen al Cholo preso—” Piensa tú, Antonio, en aquel espectáculo chocante. Toda la población sobre la bahía, en la Marina, en la muralla, en los balcones, sobre los techos; un día de fiesta. Yo iba a todas partes, preguntaba a todo el mundo, pero nadie me respondía. Contaban horrores, repetían falsedades y todos gozaban en la descripción del más grande criminal de todos los tiempos. Regresé a casa angustiada por terribles presentimientos. Pero en medio de todos mis temores, yo confiaba en la razón de los hombres, en la fuerza de elementales principios de justicia, los creía hartos de sangre...

—Lorenzo no bajó a tierra; permaneció prisionero en el “Bogotá”. Se decía que lo iban a ahorcar, que una cláusula secreta del Tratado pedía su vida. Yo nada podía hacer; deambulaba por esas calles de Dios preguntando, solicitando audiencias, pero nadie me oía o nadie era capaz de responder. Una tarde tropecé con un soldado, un tal Láscides López, Mayor del Ejército Revolucionario, quien, lleno de arrepentimiento, me dijo que él algo tenía que ver con el apresamiento de Victoriano.

—“Señora —me dijo, hablando como si declarara ante un Consejo de Guerra. Se notaba que de tanto relatar la historia repetía fielmente cada palabra. —“Me encontraba yo como segundo Jefe del Batallón “Vencedor”, encargado del mismo, al frente de la plaza de la población de San Carlos, a la cual llegaron también los Generales Plaza, Buendía y otros, entre ellos el General Victoriano Lorenzo con su división. Tenía bajo mi cuidado las armas y parque depositados en la Iglesia del lugar, cuando recibí del General Plaza, como a las 8 ó 9 del mismo día de la capitulación, la orden de vigilar la casa donde se encontraba la comandancia de dicho jefe, en la cual dormía el General Lorenzo, con la instrucción de avisarle, en la comandancia del General Buendía, cuando el General Lorenzo despertara.

—“Pero a qué se debía esa orden? —, pregunté.

Encogiendo los hombros, respondió:



—“Señora, no sé. En cumplimiento de la orden recibida, dispuse que una compañía vigilara la casa indicada. A las tres de la madrugada, hora en que despertó el General Lorenzo, fui a informar al General Plaza, quien inmediatamente vino conmigo hasta donde se encontraba aquél. Una vez allí, y después de un rato de amistosa conversación, salieron juntos en dirección del cuartel del General Lorenzo. Pero ya, antes, en privado, el General Plaza me había ordenado seguir con la compañía que había estado en la vigilancia expresada para que hiciera rodear el cuartel del General Lorenzo y para cercar todas las boca-calles cercanas, con consigna de no dejar salir al General Lorenzo, porque quedaba en calidad de prisionero. Al llegar al cuartel ellos departieron unas instantes. Luego el General Plaza se retiró. Yo cumplí las órdenes recibidas y, en la mañana de ese día, advertido por las instrucciones que se habían impartido de manera sigilosa, y con el presentimiento de que el General Lorenzo estaba en serio peligro, me dirigí a donde una conocida dama de esa localidad para manifestarle que el General Lorenzo se encontraba prisionero, y que yo deseaba que ella le hablara para ver si quería tomar alguna determinación sobre el particular. La respetable y amistosa dama, se avistó con el General pero nada pudo conseguir: que no le preocupaba en absoluto el procedimiento usado contra su persona, ni abrigaba el menor temor por su prisión, toda vez que tenía su conciencia perfectamente tranquila y la cabal satisfacción de haber cumplido sus deberes para con la patria y el partido. El General Lorenzo jamás creyó que pudiera pasarle algo grave.

—“Perdidas las esperanzas por ese lado, hablé al comandante Mosquet, quien pertenecía a la división del General Lorenzo haciéndole la misma insinuación que había hecho a la honorable dama de quien he hablado. El comandante Mosquet se entrevistó también con el General: recibió la misma respuesta.

—“A pesar de todo lo dicho, y convencido ya de que el General estaba en difícil situación, me dirigí personalmente a él, exponiéndome a que se me siguiera Consejo de Guerra y le informé que el único que disponía de fuerzas allí era yo; que tenía a mis órdenes, por ausencia del primer jefe, un batallón integrado por ciento veinte hombres bien equipados; que estaban además, bajo mi control todas las armas y el parque depositado en la Iglesia; que yo estaba dispuesto a salvarlo a toda costa, y que si él quería, podía armar todas las fuerzas que estaban en el pueblo para sacarlo de allí de cualquier manera. Agregué que una vez fuera de la población, él podía tomar el mando de las fuerzas y disponer lo que debía hacerse. Inútil resultó el empeño; el General se negó a todo,

insistiéndome en que estaba de lo más tranquilo; que a él nada podía sucederle puesto que no había incurrido en faltas ni delitos de ninguna naturaleza; que después de ser libertado marcharía a la Negrita para arreglar sus asuntos personales y que luego iría a Nicaragua, donde pensaba descansar de los trabajos sufridos durante la guerra.

—“Dos días después llegó al puerto de San Carlos el vapor “Bogotá”, y el General Lorenzo fue embarcado apresuradamente”.

—Yo, Antonio —prosiguió Ester—, le pregunté a López varias veces si algo motivaba el arresto. Me dijo que no sabía nada concreto; que tal vez tenía algo que ver con el hecho de que algunos hombres de la división de Lorenzo, borrachos, se rebelaron por la capitulación. Pero fue cosa de momentos, porque el mismo Lorenzo los sometió. ¿Por qué entonces? ¿Por qué? ¿Acaso Herrera, luego de utilizarlo, lo despreció? ¿O tal vez le temía? Aquí, aquí mismo, el 24 de Diciembre en la noche, corrió la noticia de que se había fugado del “Bogotá”. La mañana siguiente, sin dificultad, lo encuentra un soldado en la casa del General Domingo González, en calle 14 Oeste. ¿Es eso una fuga? ¿Hay allí intento o siquiera deseo de escapar? ¿No se ve a las claras una treta burlada? ¿No trahuma todo un tragicismo barato, no te recuerda una vulgar zarzuela...? Pasaron los meses de Diciembre... Enero... Febrero... Marzo... Abril... Se habló de crímenes, de saqueos cometidos por Victoriano; no era posible precisar a órdenes de quién estaba el prisionero. Los funcionarios transferían la responsabilidad, como si no quisieran mancharse las manos con sangre inocente. Un día, el siete de Mayo, ya no tuve dudas sobre el final de Victoriano. El Juez Superior del Distrito Judicial de Panamá, don Juan P. Jaén Maltés, dejó a la Comandancia General del Ejército el conocimiento del juicio seguido a Lorenzo. Por esos días llegó, procedente de Bogotá, un tal Pedro Sicard Briceño, de sombría catadura e instinto sanguinario, para cuya alma negra y depravada pido condena eterna, y acto seguido se dieron los pasos para constituir el Consejo de Guerra Verbal que había de condenar a Lorenzo. Consejo de Guerra, Antonio, porque según el mercenario Sicard Briceño, una frase —“ESTOY PRESO ENTREGADO POR HERRERA AL GOBIERNO”— de una carta atribuida a Victoriano, y que no apareció en el juicio, lo privaba de las garantías concebidas en la Cláusula Quinta del Tratado. El 14 de Mayo, a las dos de la tarde se instaló el Consejo de Guerra, presidido por Esteban Huertas. Desfilaron testigos, ninguno de los cuales declaró haber presenciado los hechos atribuidos a Lorenzo. Decían conocerlos por referencias. Un señor Conte dijo que no le constaba, pero que le habían informado que

tropas de Lorenzo habían asesinado a Trinidad Lombardo. Dionisio Quintero, otro declarante, oyó decir que, en Enero de 1901, el Señor Victoriano Lorenzo mandó a fusilar al General Julio Rincón, por haberle encontrado unos papeles del Gobierno.

—“En fin, Antonio, una patraña vil, porque los testigos solicitados por Victoriano no pudieron comparecer. Así, esa noche, el Consejo lo encontró culpable de los crímenes del “Pateón de Santa Fe”, de “Río del Caño”, “Chigoré”, “San Agatón”, “La Pintada” y “La Vaquilla”, condenándolo a la pena de muerte, y absolviéndolo de la acusación de robo. Al amanecer del día siguiente se le notificó al veredicto y se escogió la tarde para fusilarlo.

—El cuadro está en mi memoria con todos sus detalles; cerca a la rampla, de espaldas a esta muralla donde ahora conversamos, Antonio, estaba el patíbulo; una silla sobre el suelo provista de cuerdas para atarlo, detrás, una especie de foso, hecho con cajones llenos de tierra y soportes pintados de negro. Sujeto en la parte posterior se veía un cartel, amarillo, con letras negras:

#### VICTORIANO LORENZO

Ajusticiado por varios asesinatos.

Panamá, Mayo 15, 1903.

—Era, Antonio amigo mío, una fiesta de esas de que habla la historia bárbara, llena de sangre. La plaza, atestada de una multitud impaciente y consternada. El silencio era profundo y se oían las voces de la mar, esta misma mar indiferente que ahora vemos. Sonaron las cinco de la tarde. Tal vez la brisa era muy fría, pero densas nubes pardas estrecharon el cielo. Así, en el marco del crepúsculo, allá en el vientre del Cuartel, se escuchó un tambor a la sordina. El silencio iba cuadrando temores.

—Apareció, como una compañía de pájaros agoreros, la escolta. ¡Doce hombres que llenaban la plaza de pasos... pasos... pasos...! En el centro, un hombre bajo, menudo, de abundante pelo fuerte que se asomaba tras el sombrero, en un angosto saco nerviosamente abotonado. Caminaba seguro, la mirada perdida, estrujando un crucifijo sobre el pecho. El golpe de las olas era el mismo que escuchamos, inalterable, erizante. ¡La tarde era gris! Para el tamaño de su coraje la plaza fue muy angosta. Le acompañaban, el Padre Bernardino, Superior de los Agustinos, y el Padre Fouyard, Rector del Seminario. La escolta se abrió en dos alas, y Victoriano avanzó, resuelto, hacia la muerte. Luego de oír la palabra de uno de los sacerdotes, apartó el sombrero, para tomar asiento. Alguien leyó:

—“Victoriano Lorenzo, natural de Penonomé, y vecino de Panamá, va a ser fusilado por varios crímenes. Si alguno levantara la voz

pidiendo gracia o de alguna otra manera tratase de impedir la ejecución, será castigado con arreglo a las leyes”.

—Entonces, Antonio, en medio de un silencio escalofriante, que provocaba el grito rebelde, Victoriano se irguió y dijo algo que no pude oír completamente:

—“Señores: oíd una palabra pública: ya sabéis de quién es la palabra. Victoriano Lorenzo muere... a todos los perdono... yo muero como murió Jesucristo...”

—Fue atado a la silla, y cubiertos sus ojos con un paño negro. Los soldados de la escolta se cuadraron, a cinco pasos de distancia. Se oía el silencio, cuando unas campanas comenzaron a doblar. La brisa helada se alejaba temerosa.

—Un pañuelo blanco hizo la señal. Una descarga, y tras el humo un hombre herido de muerte inclinó la cabeza sobre el pecho. Hubo un movimiento de flanco; otra descarga; el herido volvió lentamente la cabeza; otra detonación y Victoriano intentó levantarse, abrió los brazos y murió”

—¿Luego, qué sucedió, Ester?

—Es terrible. La gente se fue dispersando en silencio. Muchos reclamaron el cadáver para darle sepultura pero fue negado. Al anochecer arrojaron el cuerpo, tinto en sangre, sobre una carreta con paja, y, así, como carne mala de matadero, lo echaron al panteón. ¡Lo mataron...ja...ja... Cobardes! Benjamín Herrera, traidor miserable. Le temieron al pobre con razón. Les asustó la fe liberal de Victoriano. Temieron al liberalismo del Cholo que no sabía de transacciones ni de artimañas políticas. ¡Miserables!

Ester concluyó su relato vencida por un cansancio tremendo. Sus ojos estaban opacos; la brisa había dejado sobre la frente blanca un mechón de cabello. Su rostro, teñido por la palidez de una fatiga agobiante, guardaba los rastros de una renunciación definitiva. Se tornó, lentamente, para esconder la mirada en las aguas llenas de sangre.

—Ester, ya el sol se oculta. Volvamos a casa.

—¿A dónde?

—¡A casa!

—Ja... ja... capitán Antonio Bernal...

Antonio no permitió que siguiera hablando. Le asió el talle con dulzura y la obligó a caminar. Habían adelantado unos pasos, cuando en su camino se cruzó un borracho. Vestía un viejo uniforme, descolorido y roto. Llevaba un sombrero de fieltro en la mano y su

cabello estaba irremediablemente enredado sobre la frente. Se detuvo ante los caminantes, levantó el rostro, inciertamente, y miró. Hubo un parpadeo ligero en su mirada, se limpió los ojos alcohólicos con el dorso de la mano, y volvió a clavar la vista. Era como si contemplase recuerdos.

—¿Tú...?

—¡ Teniente Rafael Robles!

Bernal, sorprendido, no atinaba a comprender.

—¿Has venido como vine yo, eh? —dijo—. Sabía que alguna tarde tendrías que llegar. Esas manchas de sangre tienen una fuerza que no acepta explicación. ¡Ah, te esperaba Ester Becerra y López, te esperaba. Quisiera verte mejor, pero no; así es suficiente. Estás cansada, envejecida, ya no eres la perversa de mi juventud...!

— ¡ ¡Desertor! !

—Sí, desertor; sí, pero tú, él, todos nosotros somos desertores. Nuestro mundo terminó, y era preciso acabar con él. Mira y entenderás que aquí no hay sitio para nosotros. Nos faltó coraje para morir a tiempo. ¡Desertor! No preguntas qué ha sido de mí desde aquella noche en El Espino. Poco importa: soy un borracho. Voy por la vida dando tumbos y no pienso detenerme; sería vaño. Me alegra la muerte de Lorenzo; le acompaña la dicha de no ser un fugitivo como tú y yo, Ester Becerra y López... Ya el sol se desvanece. Voy a dormir mi borrachera de todos los días. Aquí, sobre este suelo, voy a reírme de esa caravana de recuerdos que me vigila.

Ester quedó un instante pensativa. Apartó el brazo de Bernal, distanciándose unos pasos; luego se volvió hacia ellos.

En el suelo, somnoliento, Robles; de pie, confundido, Antonio Bernal.

— ¡Desertores! —gritó, dándoles la espalda.

—¿Ester... Ester, dónde vas?

—No me sigas.

—¿Pero, a dónde vas?

—¿Acaso lo sé? ¿Lo sabes tú? ¡Escucha: no tengo miedo a las luces del Farallón!

Bernal vió su cuerpo mojarse de sombra. Iba esbelta. No había fatiga ni cansancio en su paso. Tuvo la sensación de que reía. No muy lejos una corneta sonaba. Se oyó un ruido de fusiles. Después nada. Silencio.

En la noche, Bernal estaba solo.

## EL DESVAN

Quiere esta novela rendir homenaje al dolor y a la grandeza de Francisco Clark. Su libro, olvidado y al margen de la memoria panameña, es un hermoso alegato sobre la mansedumbre.

Nunca pude acercarme a Francisco sin exasperarme. Su optimismo matinal, su desesperante esperanza, su agobiadora resignación me acosan como expresiones de una mentira premeditada; una gran falsedad. Es que quien fue muy hombre quiso vivir menos hombre y más Dios.

Separado de Clark por el tiempo y su infinita angustia lo construyo doliente, atormentado, tal como fue. Construyo al Francisco verdadero, positivo, al presente; el que maldijo por siglos de dolor y miseria su condición de Hombre.

Estimado Doctor:

He pensado mucho antes de aceptar la necesidad de escribirle esta carta. Dicho mejor, de dejar a usted la responsabilidad de estos papeles. No trate de entenderme ni de justificarme. Me sobran razones.

Es el caso que su última charla dejó en mí una profunda desilusión. Desagrado, más bien. Me pareció usted ridículo, absurdo. Si supiese lo petulante que lucía cuando hablaba alegremente sobre el tiempo y la muerte. Pero hay más. Esta noche —es viernes de un mes cualquiera (luego comprenderá por qué no es importante el mes ni el año)— esta noche, decía, me encuentro empavorecido. Una constelación de pequeños acontecimientos misteriosos me tiene absolutamente sobrecogido. ¿Miedo, dije? Sí, precisamente es lo que deseaba decir: miedo, doctor.

Usted recuerda que la campana sonó a las seis de la tarde. Tiene que recordarlo porque siempre suena a las seis de la tarde. Pues bien, en momentos en que abandonaba el salón me desgarré el índice de la mano izquierda. Mire, aquí, en la coyuntura de la segunda y la tercera falange. No di importancia al asunto porque es cosa que sucede diariamente a miles y a miles de personas en el mundo. También, porque de momento el desgarrón sólo produjo un breve dolor intelectual. Sin embargo, al cabo de unos minutos sentí la mano humedecida y al contemplarla descubrí horrorizado que estaba totalmente cubierta de sangre. Maldije de inmediato mi descuido al minimizar la gravedad de la herida y traté entonces de explorar la situación lo más clínicamente posible. Escuche usted, doctor: la herida estaba seca como una sonrisa frívola, es decir, no sangraba. ¿De dónde, entonces brotaba esa sangre negruzca que me cubría toda la palma de la mano? No lo sé todavía. Es un misterio.

Un tanto preocupado abandoné el lugar. Deseaba llegar con urgencia a casa. ¿No le ha ocurrido alguna vez sentir una inexplicable urgencia de llegar a un sitio? ¿No le ha acontecido asimismo que al llegar al lugar, no comprende ni sabe qué lo llevó hasta allí, o qué buscaba? Perdóne que me haya apartado del tema. Sucede, pues, que apenas había caminado los primeros tramos, casi tropiezo con el cadáver de un gato. Se trataba, lo comprendo, de otro asunto banal: un automovilista desordenado acabó imprudentemente con este gato lleno de colorines. ¿Ha escuchado usted la historieta sobre las siete vidas de estos animalitos? Le aclaro que en mi vida he visto numerosos gatos muertos. Es más, recuerdo que una zona de mi infancia la distraje persiguiendo los gatos del vecindario, atándoles trapos encendidos a la cola, cinchándolos con cohetes y artefactos escandalosos, porque me exacerbaba la seguridad vital de estos felinos. Es como si despreciaran al hombre porque compraron la eternidad. Esos gatos, como lo puede imaginar, se suicidaban, estrangulándose enloquecidos por la burla, y la segunda etapa de este juego feroz consistía en la búsqueda y localización de los cadáveres. Pero hay más. El Pelón —hijo de una cocinera, de ojos aterradores— iba más lejos: amarraba los gatos y los abría entre aullidos espantosos. De allí, pues, que por todas estas cosas no debía asombrarme el encuentro con el muerto de que hablo. Doctor, se me erizaron los vellos y en ese mismo instante la sangre de mi mano desapareció. Debo agregar un detalle: a lo largo del camino a casa —unos 15 minutos— escuché insistentemente el maullido lastimero, desgarrador, de un gato moribundo.

Escribo estas cosas empavorecido y le dejo a usted toda la responsabilidad. Además, estoy absolutamente solo. Esto quizá ten-

ga alguna importancia en todo este terrible asunto que me enloquece irremediablemente. Al abrir la puerta de mi casa, que estaba a oscuras, descubrí un brillo extraño sobre el suelo. Recogí a tientas la carta que de inmediato le transcribo:

Estimado señor:

Con mucha pena le anoto que no he recibido noticias tuyas. Usted dirá que soy necio, que no tengo ningún derecho a escribirle y eso es absolutamente cierto. Perdóneme. Si algo está lejos de mi deseo, es justamente el propósito de molestar. Le escribo porque aquel dolor de la cadera que apenas si lo mencioné antes, me tiene esta mañana sin poder caminar. Además, es tan bello este amanecer, es tan caprichoso el vuelo de esos pájaros, que deseo vivamente que se tome usted un descanso y disfrutemos juntos este hermoso paisaje. Puede traer a su señora o a su hijo, si los tiene. Podríamos conversar mucho, mucho, ¡hablar de tantas cosas! Perdona estas majaderías, pero le diré la verdad: deseaba conversar con usted, con alguien. Espero que el dolor de la cadera alivie de un momento a otro. Besos a su hijo,

FEDERICO

¿Quién es Federico? ¿Por qué debía llegar a mí, y en este momento, esa carta tonta o patética, mordaz o lastimera? ¡Usted sabe que no tengo mujer ni hijos y que jamás he escrito a nadie! De inmediato concurrieron a mi mente el recuerdo de mi mano ensangrentada, el cadáver aullante del gato y los ojos endemoniados de un hombre que no conozco. ¿Quién es Federico y qué desea de mí? Esta interrogación desató un miedo espantoso en todo mi cuerpo. Sé que usted será capaz de comprender esta monstruosa situación y le repito que es suya, particular y absolutamente suya, la responsabilidad del juicio. ¡Qué de cosas han ocurrido en este día!

Con mucha dificultad logré conciliar el sueño. Serían las dos de la mañana cuando sentí golpes aterradoros en la puerta. Desprovisto de vacilaciones me dirigí al encuentro del extraño visitante. En el suelo, casi que bajo la puerta se encontraba este legajo. ¿Quién fue el misterioso portador? ¿Quién golpeaba la puerta? Ya dije a usted que se trata de un enjambre de acontecimientos extraños. Mordido por la tentación, y dueño de una sorprendente serenidad, me dediqué por entero a la lectura del curioso hallazgo. Las claras del amanecer me encontraron en los últimos momentos de la atormentada vida de Federico Calvo.

Tal como la recibí así os la envío. De inmediato numeré las hojas de que consta porque es sumamente importante que ninguna



se extravié. ¿Quién fue Federico Calvo? El día entero lo empené en averiguarlo. Recorrí diversos sitios, interrogué a numerosas personas sin éxito. Por último hice lo que él: hablé largamente a la enfermera que escribe de corrido, entusiasmándola con la importancia de mi empeño hasta lograr que me permitiera investigar los archivos de la institución. Obtuve la misma respuesta que llevó Zoraida a Federico.

¿Pudo ser cierto aquel tormento? ¿Existió Federico Calvo? ¿Es mentira tanto dolor? Yo deseo, Doctor, saber si usted se atreve a negar la existencia de Federico Calvo. Esta es mi petición. Y esa es su responsabilidad.

RAMON H. JURADO

*Here lies poor Johnny Kongapot  
Have mercy of him, Gracious God  
As he would if he were God  
And you, poor Johnny Kongapot.*

ABRAHAM LINCOLN

No puedo decirlo y me resulta imposible de precisar. Pero, si el tiempo no transcurre, si esa luz no se apaga, ¿cómo ha sido posible? Sé bien que hoy es lunes... sí, sábado he dicho. No me siento mejor porque es lunes y mis pies pasan como trozos de lija sobre los barrotes de esta vieja cama. Me llenó de insomnio ese rugir feroz, estúpido, amenazador, de los ratones en el estante. Aquí, arriba, en este oscuro desván de trastos viejos, descubrí por primera vez la perversidad de los hombres, de los ratones. Enemigos de esta lámpara que nunca reposa, murmuraron toda la noche en una tertulia hambrienta y de rato en rato, el mayor, el sabio, asomaba sus ojos enormes, sus dientes de clavo y sonreía.

—Te esperamos.

De pronto los vi salir en caravana, luego de gritos y voces jubilosas en el estante vacío, trepar por los barrotes de este camastro de madera, mirar apetitosamente mis pies y seguir mientras murmuraban cosas horribles entre sí. Subían no sé cómo por la columna de concreto, corrían como locos por el cieloraso y bajaban por la trampa de polvo hasta los orígenes del cordón. Desde hace días conozco sus propósitos: destruir la única lámpara que alumbraba mi vida. Yo confiaba en la prudencia, en la sabiduría técnica y me decía, cantándome esperanzas, que nunca triunfarían en sus afanes. El hilo colgaba perpendicular sobre mi cama y aseguraba con palabras de fuerza a la humanidad incrédula que el único amigo de los hombres es la fuerza de gravedad. En eso sentí un griterío ensordecedor en lo más oscuro de la trampa de polvo: los señores ratones discutían. Entonces comprendí toda su audacia, todo su atrevimiento. El, el sabio, el perverso, el peor de todos, asomó su cabezota estúpida y me sonrió. Avanzó unos pasos, cruzó vertiginoso por un desfiladero, se detuvo sobre una saliente, posándose junto al sitio en donde el cordón se enterraba en las sombras del techo.

—¿A dónde vas? —gritaba yo. —¿A dónde vas?

El sabio miraba hacia abajo burlonamente y sonreía. Sólo ese cordón se levantaba como una muralla de bronce entre su hambre asesina y mi cuerpo inmóvil. Ellos lo sabían. Yo lo sabía. Todos lo sabíamos. Cuando consiguieran silenciar esa única luz de mi desván, se abalanzarían como tigres sangrientos sobre mis pies fríos y duros, sobre mis muslos, sobre mis ojos que yo no sé por qué se han hundido de pronto. Intenté mover una pierna, porque sólo un mínimo movimiento podría salvarme. Pero no podría decirlo: creo que lo único que hizo un ligero gesto, imperceptible, muy tenue, fue la pata de la cama. Por ello el Sabio me miraba burlonamente. Entonces empezó lo peor. Bajaba. Bajaba cautelosamente por el cordón. Comprendí toda su grandeza: por qué era el más atrevido, el más audaz, por qué era el Sabio: cuando el cordón —buen amigo mío— oscilaba para aliviar mi desventura, se detenía agarrándose con avaricia. Luego reiniciaba la mortal empresa. Lo veía agrandarse por momentos: su cabezota estúpida, sus dientes de clavos, sus ojos lascivos y los chillidos, penetraban por mis orejas como taladros. Pero con todo, conservaba la esperanza. Mas el Sabio avanzaba y todo parecía inútil: estaba encima de la lamparilla, sonriente, triunfal. Fue un instante de terror indescriptible. Yo grité espantosamente:

—¡Zoraidaaa...! ¡Zoraidaaa...!

Nadie podía escuchar esa voz desesperada que caía desde el desván porque sólo estaba en mi pensamiento.

— ¡Zoraidaaa...! Me comen... Me muerden... Zoraidaaa...

Sobre mí, encima de mí, estaba el Sabio. Un movimiento más y el bombillo eléctrico estallaría. Y ya empezaba a oír sobre el traquido de mis huesos el ruido desgarrador de los ratones rumiándose los pies.

— ¡Corran... Corran que me cooomen... Me muerdeen, Zoraidaaaa...!

Hubo un ligero chisporroteo en el cordón y estalló la algazara de los ratones que presenciaban cínicamente desde el techo los sucesos. El Sabio, no sé por qué, se acobardó. Soltando un chillido aterrador, impresionante, como un tigrillo, se lanzó al vacío, cayendo justamente entre mis piernas...

— ¡Zoraid...aaa...!

Huyó... huyó vertiginosamente, fugaz, y se metió en el estante. Hubo una correría atronadora en el cieloraso acompañada de gritos y voces de admiración y llenos de sorpresa, los otros pasaron frente a mis pies fríos, blancos, duros y eternamente tiesos, para reunirse en el estante.

Yo nací en el miedo. Cuando descubrí la razón y alguien me habló sobre la conciencia, encontré que mi conciencia era el miedo, lo que siempre temblaba. Sé que no seré nada porque nunca me dejaron ser y sólo podré convertirme en un molino de viento, seco y alto, un molino de viento inútil, sin viento. ¡Ah, pero es todo lo que puedo ser!

Si yo contara mi historia, mi curiosa historia de piedra dura! ¿Habéis oído por casualidad en la alta noche los berridos espantosos de una mesa coja? Tenéis noticia de la conversación jubilosa de los ratones en un estante? Esa es precisamente la historia de mi hundimiento... de mi conocimiento de la muerte. Estoy acabando y cada día soy más ancho, ocupo más espacio. No podría decir desde cuándo este cuerpo mío está paralizado. La anquilosis poderosa vino golpéandome las piernas y sé que hacia abajo sólo está la cama porque esta mañana, precisamente, la sentía hurgándose las caderas. Es todo lo que hay allí: cama... cama... y los dientes hambrientos de los ratones. Hace un rato... la semana pasada... me dormí con los ojos abiertos. Entonces anduve como una mesa estúpida dando golpes locos. No he dormido más. A veces, para distraerme, cierro los párpados, pero brinco y meto los ojos en el mitin de los ratones que discuten comerse mis pies duros y blancos. Ellos tampoco se mueven. Están en vela noche y día, digo, eternamente, pendientes de este bombillo que cuelga sobre mí, de que la oscuridad se apodere de este desván lleno de polvo y silencio.

Yo he dicho esto mil veces. ¡Mil veces! Conocí a Zoraida por casualidad. Cuando se piensa en el pasado se comprende que el porvenir es una tonta estratagema. Sin embargo, al confesar estas cosas, soy optimista. Me lleno de una injusta esperanza, porque lo único cierto en todo este asunto es que dentro de un año o dos, tal vez, empezará a abrazarme el pescuezo. El porvenir, pues, es asunto de detalles: me estrangula una vena en vez de la aorta o, sencillamente, los ratones me comen los ojos si llego a dormirme. Eso es así. El futuro está totalmente sometido a los elementos estúpidos de este cuarto. Y diría mil veces mi historia y siempre sería horrosamente igual. Es fácil, entonces, ver que todo estaba organizado para este final, digo, que todo sigue plácidamente organizado para el final.

Conocí a Zoraida por casualidad. No recuerdo muy claramente cómo ni por qué, pero lo cierto es que empecé a frecuentar las pensiones. Unas veces sólo a comer, ya que dormía en cualquier parte, y poco antes de que esto sucediese, era un abonado. Resulta que el cliente de las pensiones es como el adolescente de los internados: se va entregando al miedo.

Un día conocí a Zoraida por casualidad. Fue el único aposento de mi vida. Generalmente las viejas enfermas, viudas o sin hijos, inventan una pensión para sentirse en el mundo. Esto pasó en mi caso. La vieja dueña estaba —está— lisiada en una silla. Zoraida era el alma de la pensión. Todos, desde el gato hasta la vieja que nunca he conocido, pero que me espanta a veces, y el periodiquero y el hombre que vende la carne; también el carbonero acompañado en ocasiones por la muchacha estrábica de la vecindad, todo el mundo, pues, llamaba a Zoraida. Para comer, para dormir, para insultar, para recoger los excrementos del gato —inevitables a la entrada de la puerta— había que llamarla.

Conocí a Zoraida por casualidad. La gente de pensión tiene cara de pensión. Casi no le vi el rostro tras el cargamento de platos que llevaba en los brazos; sin embargo, la seguí con una fidelidad que hoy me asombra. La vi entrar al zaguán y ascender por la escalera sucia que lucía en el centro una faja de linóleo. Luego dobló por una puerta angosta aunque la escalera continuaba hacia otros pisos.

Me detuve en el umbral. De pronto oí una voz al fondo.

—¿Eres tú, Zoraida?

—Sí.

—¿A cómo estaban? ¿A diez por real y medio?

—Sí.

Vino un silencio largo en que sólo se oían los pasos de Zoraida. Iban, venían; iban, venían. No hay nada más angustioso que el sonido de los pasos. Entonces me moví y se oyó el ruido de una tabla podrida. Despierta, gruesa como un rugido de espanto, volvió la voz.

—¿Quién es?

Zoraida también detuvo su ir y venir. La vieja enferma insistió:

—¿Quién es, he dicho! Zoraida, ¿quién es...?

Entonces Zoraida se acercó mirándome con una cara que todavía no sé si era de miedo. Hay gente que mira con presentimientos.

—Ajá —dijo.

Yo miraba un gato clavado en la pared.

—¿“Quién es, Zoraida”? —la voz de la lisiada me arañaba.

—¡Espérese! —gritó Zoraida.

Y volviéndose a mí:

—¿Ajaá, pues...?

—¿Entonces es una pensión, verdad?

—Umjú.

—¿Hay comida?

Me miró de arriba abajo:

—No.

—¿No me dijo que esto era una pensión?

—Sí.

—“Zoraida, por Dios, ¿quién es?”

—¡Espérese!

—¿Entonces, por qué no hay comida?

—Señor, porque a esta hora no hay comida en ninguna parte.

## II

Esa tarde comí allí y la otra y la otra. Una noche me quedé a dormir y desde entonces he dormido aquí todas las noches. Esto lo escribo con la ayuda de Zoraida. De vez en cuando viene con una tabla que apoya verticalmente en mi pecho y la sujeta hasta

cuando yo me canso de escribir o la vieja grita y ella responde: "¡Espérese!"

Eramos muchos los comensales. No sé cuántos somos ahora. Cuando uno se interna en pensiones es porque huye de algo. Ahora no recuerdo a qué huía yo. Tal vez no huía, sino que buscaba esto. Los ratones, digo. ¿En los recuerdos de quién aparece un ratón? De nadie. Un ratón es como un dedo amputado, o la tercera mano que nos falta o el ojo en la espalda: cosas que nadie necesita.

No sé si huía, pero, desde la primera noche, gastaba el tiempo de la sobremesa en leer o en dibujar el curso de unos ríos que han de secarse. Las venas son objetos caprichosos, muy semejantes a arroyos de arena, secos en verano, turbios en invierno, o secos simplemente. Entonces nacen las madre viejas. A veces el cuerpo pesa como un tejido de madre viejas lleno de murciélagos y cucarachas. Es curioso, pero aquí nunca he visto una cucaracha. Ni un murciélago.

Aquella noche escribía. Voy a explicarme mejor: siempre tuve la costumbre de escribir a alguien. No recuerdo haber tenido un amigo, ni un conocido. Yo no conozco a nadie. Pero me gustaba hacer cartas y ponerles un nombre cualquiera. Las depositaba en el correo y tengo once años de esperar una respuesta. Hay miles de cartas que envié a miles de personas. Personas que existen porque envié esas cartas. Pero a ratos pienso que yo no existo. Hay, para esto, el testimonio de once años.

Cuando escribo estas cosas, veo los ojos de Zoraida por encima de la tabla. En uno de los dedos de la mano derecha tiene una pequeña cortada de cocinera. Es indispensable que las cocineras tengan cortadas en las manos. También, cuando se levanta un poco para mirar lo que escribo, le veo los senos. A mí no me importa; a ella sí. Trata siempre de acercarlos a mis ojos.

Aquella noche escribía. He dicho esto mil veces también. En eso llegó Zoraida con un periódico en las manos. Desde hacía noches me estaba rondando y tenía la seguridad de que llevaba semanas pensando en una razón para acercarse. Por toda respuesta levanté brevemente la cara y volví a mi tarea. Era la carta 427 y pensaba que sería la última. En ocasiones llegué a escribir dos diarias. El mundo es muy ancho. Muy extraño. Con cinco letras se puede construir una infinidad de nombres, de personas. Mis cartas siempre han sido muy respetuosas. Buenas. Al hombre le espanta el dolor y le huye a la limosna. Yo nunca pedí nada. Hablaba de cosas bonitas, sin mencionar a Dios, porque siempre he tenido la necesidad de conversar con alguien, de construir un

amigo. Sí, yo nunca dije nada de mí mismo en las cartas. Deben andar por allí... andando, andando, porque todavía no he recibido una respuesta.

Zoraida extendió el periódico sobre la mesa. No habló, pero trataba de escandalizar zurrando el papel.

—I... tler... ha... bló en Mu... nnn... ic...,

—¿Cómo dijiste?

—Aquí dice... dice aquí —y me mostró un título de muchas columnas.

—Ajá. ¿Y tú sabes leer, Zoraida?

—¿No lo está viendo? ¿qué es lo que dice, pues...?

—Sí, está bien. ¿Y sabes escribir también?

—¡Eso no!

—¿Y por qué no sabes escribir?

—Porque no me han enseñado.

Durante mucho tiempo dejé de escribir cartas. Después de todo, ¿para qué las escribía? Ah, sí; porque quería conversar. Entonces, pues, me dediqué a conversar con Zoraida. Pero lo cierto es que al principio no me enteré, o mejor dicho, no me di por aludido. Siempre he tenido la sensación de que estoy escondido. Efectivamente estoy escondido. Ni la vieja, ni los comensales saben que estoy aquí. Me tiene escondido Zoraida. A veces he oído a la vieja, enferma también, que grita:

“—Oye muchacha, ¿y qué fue del hombre aquel?”

Sé que pregunta por mí, pero Zoraida contesta:

“—Uy, ya va para muchos años que se fue”.

Yo le hablaba sobre las cosas de los periódicos, pero todavía no sabe escribir. Y lee de igual manera: “Guel... ga in... quilin... aria. Esa vez, cuando dijo “...aria” se volvió hacia mí posando uno de sus senos sobre mi mano izquierda. Yo la retiré en seguida. Al levantarse le vi unos muslos muy gruesos y las piernas que embocaban maravillosamente en la rodilla. Recogió el periódico y se fue.

Busqué la carta inconclusa para continuarla:

*“...Sé muy bien que es usted una persona distinguida. Perdóname la molestia. Su hijito es muy inteligente y usted debe sentirse orgulloso de él. Quiero recordarle algo muy importante: el próximo martes hay una luna espléndida. Lléguese a la rampa del mercado o al jardín que alumbra a la estatua de Balboa y*

*comprenderá que el mar es bello. Hoy de seguro desayunó usted..."*

Levanté la cabeza porque Zoraida regresaba. Se colocó de espaldas a mí y su pelo frondoso rodaba sobre sus hombros desnudos. No me dijo una palabra y se fue a lavar las ollas.

### III

Cuando Zoraida me mostró los muslos aquella noche, presentí lo inevitable ¡Ja! ¡Ja! ¡Qué cosas! Lo mismo que ayer y lo mismo que otro ayer y lo mismo que otro y otro y otro ayer, Zoraida está encima de mí tratando de ver lo que escribo.

Siempre he vivido de presentimientos: una mañana desperté con un ligero dolor en la cadera derecha. De inmediato invadió mi cuerpo un miedo incalculable. Me senté y las sospechas se verificaron: el dolor en la cadera era espantoso. Me agarraba las articulaciones de la ingle, llegando a enroscármeme como un bejuco en el tobillo. Sentí la sangre paralizada y los ojos enloquecidos. Esto último, quizá, fue lo que me incitó a gritar espantosamente olvidando de momento que estaba totalmente solo y que mi madre había muerto hacía años. ¿Puede usted comprenderme?

Tuve la costumbre de buscar los sitios más apartados para vivir. Volvía de noche a mi cuarto de escasas luces. Allí pensaba en la última carta escrita y en la otra y en la otra. Sonreía confiado en que, de un momento a otro, el hombre me contestaría; que bajo la puerta o a la entrada de la casa, yo también encontraría una carta. Pero no sé, yo no culpo a nadie: todo el mundo está muy ocupado. También puede ser que no sepan quién soy y nadie gusta de escribir a desconocidos, aunque sólo sea para hablar de la luna o de la muerte del niño. Ni aun el día de mi dolor espantoso en la cadera dejé de sonreír al anochecer. Siempre he vivido esperando. Zoraida también.

Me levanté horrorizado. La pierna estaba tensa, vibrante. Luego de unos pasos trabajosos recobré cierta flexibilidad, aunque el dolor en la cintura se agudizó. Sin embargo, eché a andar hacia la gente, presuroso, acosado por la más extraña inquietud. Nadie me miraba. Yo en cambio volvía a mirar a todo el mundo. A veces es conveniente que alguien pregunte por la salud de uno. Puede entonces decirse que se ha amanecido con un fuerte dolor de cadera y que se teme no poder caminar más. Pero a mí nunca nadie me preguntó nada.

—"Zoraida..."



—Me llaman.

—Sí, te está llamando la vieja.

—Ya me tiene muy cansada. Ni se compone ni se muere.

—Está peor que yo.

—¿Para qué decir esas cosas, si sabe que lo estoy componiendo? No se lo quería decir, pero conseguí una toma nueva...

—“¡¡Zoraidaaaa! ”

—Ahorita vuelvo. Le dejo la tabla aquí. Deme ese lápiz, no sea que se vaya a hacer un daño.

La pobre teme más al suicidio que yo. Siempre se le ocurre que estoy mejorando. Todos los días de todos los años me dice lo mismo. Creo que ha llegado a preparar medicinas por su cuenta. Cuando resolvió esconderme aquí, yo estaba, hasta cierto punto, bien. Lo único malo es que tenía todas las piernas, los pies, las caderas, las vértebras lumbares y el codo derecho anquilosados. Hoy sólo me quedan la muñeca, los tarsos y los metatarsos de la izquierda con alguna disposición para escribir. La boca la tengo ceñida, dura, soldada. Mi comida son líquidos que Zoraida cuela entre dos dientes que ella misma me sacó ¡Y la pobre dice que estoy mejorando! Hasta los ratones que están en el estante saben que de un momento a otro podrán roerme los pies sin apremios. Pero hay algo más: sencillamente no puedo suicidarme. Sólo ella, Zoraida, podría ayudarme. Pero ríe, llora o se enfurece a la menor insinuación. Es que ella me espera. De eso estoy absolutamente seguro.

\* \*

¿Qué hora será? Hace algún rato que no siento los ratones. Generalmente, cuando Zoraida está conmigo no me molestan. Hasta cierto punto son discretos. Pero ni siquiera en el cuarto vecino siento voces. No sé por qué se me ocurre que lo menos humano es la voz. Cualquier ruido se le parece. Por ejemplo yo oigo con facilidad la conversación que se me ocurre. Las campanas, la lluvia, el ruido de los pasos, en fin, todo está lleno de palabras. Es cosa personal, íntima, de uno.

Cuando Zoraida regrese, le diré que no pienso escribir más. Ya me está pareciendo inútil, visto que todo el mundo está ocupado. También, porque me avergüenza un poco confesar el engaño. Yo vine a esta pensión huyéndole a la soledad. Esto, entiéndase bien, es una confesión. Es, asimismo, la primera vez que lo digo. ¡Que me lo digo! Pues aquel dolor de la cadera se deshizo hacia el mediodía. Y si la mañana toda la empeñé en caminar, en la tarde

llegué a la tontería de correr. ¡Como si se pudiera huir...! Sólo al anochecer, por la necesidad de encontrar la carta, regresé a casa. Como siempre, sonreí. Está tan ocupada la gente...

No recuerdo cuánto tiempo pasó. Eso sí, fue el día 29 de cualquier mes. Una de mis mayores dificultades ha sido el tiempo. La memoria también. El caso es explicable. Resulta que cuando se llevan dieciséis años en una cama, y por toda comida sólo hay caldo en la mañana, caldo al mediodía y caldo en la noche; y los ratones, y el estante y Zoraida, y el bombillo encendido y todo, pues, todo es igual, uno no recuerda absolutamente nada. Es ayer, o mañana, u hoy. Esto, desde luego, no lo voy a escribir, pues tan pronto vuelva Zoraida, le diré que se lleve la tabla y el lápiz. Tal vez sea pena o timidez, pero creo tener mis razones: si aquella mañana nadie me vio el dolor de la cadera derecha y el hombre nunca me escribió una carta, ¿para qué entonces hacer que Zoraida me esté enseñando los senos y y escondiéndome el lápiz, empeñada en evitar que me suicide sacándome los ojos? Cada vez que me doy a pensar digo tonterías. Tengo años de no pensar en suicidarme. Por otra parte, hay el problema serio de los ratones... ¿No ve? Allí están... ya salió el Sabio a la cabeza. ¿Qué habrán tramado? ¿Qué recurso nuevo descubrieron para apagar el bombillo? ¡Ya viene...! ¡Ya vienen! Esta vez directamente hacia mí... Avanzan... son tres. El Sabio viene como siempre, adelante. El resto de la tropilla se ha quedado vigilando y riendo en el estante. ¡Vieneen! ¡Vieneen hacia míiii...! Suben por la cama... se me trepan por las piernas... me han pasado veloces por el pecho y se han lanzado escandalosamente al suelo. ¡Malditos, malditos ratones...! ¿Qué se han hecho ahora? ¿Dónde están, digo, dónde están? Este es el silencio que me espanta.

#### IV

Voy a decir la verdad: cuando seguí a Zoraida, que caminaba delante de mí cargada de plátanos, venía acosado por un miedo infernal. Las piernas me temblaban y había notado que mi muslo derecho se estaba enflaqueciendo visiblemente. Tenía días de andar mirando a todo el mundo, de estar escribiendo cartas, pero lo de siempre: nadie se ha enterado de que existo. ¡Los años que tengo de estar aquí y nadie lo sabe! Dejé la casa en donde vivía apartado y me acerqué a los hoteles y a las pensiones. En estos sitios siempre hay gente que entra y sale. Pero la humanidad entraba y salía y mi miedo aumentaba. Trataré de explicarme mejor. Después del dolor aquel, todo anduvo bien, con la excepción del muslo que se adelgazaba. Un día que me preparaba a salir, hice el

descubrimiento: la uña del dedo grande del pie se me había desprendido por la mitad y la carne estaba podrida. Por una esquina se veía el hueso casi a la intemperie. Toqué y estaba insensible. Pensando que podía ser mi mano, usé un palillo de fósforo. Hurgaba la carne podrida, incluso llegué a levantar el tendón que cubre el hueso y fue como si estuviese escarbando ociosamente la suela de mis zapatos: no se sentía nada. Absolutamente nada. Estuve a punto de gritar, pero recordé que la primera vez había sido en vano y permanecí callado. Tenía un miedo horrible. Empavorecido me lancé a la calle, pero, como la vez anterior, nadie se enteraba de que yo me estaba pudriendo. A veces, la gente tiene razón, sabe lo que hace: no me moría. —En el fondo he sido un poco injusto, porque después de todo no tienen por qué preguntarme cómo he amanecido hoy.— Esa noche no regresé a casa en busca de cartas. Ni volví más. Anduve de hoteles en pensiones hasta que di con Zoraida cargada de plátanos.

Desde aquel día, jamás he salido de esta pensión. La Pensión... ¿Cómo se llama? Qué curioso, no sé cómo se llama. Bueno, yo siempre estuve pensando en otras cosas. Al principio tomé mucho tiempo estudiando el Tratado de Patología del Dr. William Osler. Nada se decía allí sobre mi mal. El tratado del Dr. Lewellyn, "Artritis Deformans", se concretaba al estudio de la osteoartritis y de la espondilitis. También me empecé en la lectura de las Enfermedades Inflamatorias, del doctor Peter Daniel. Lo mismo de siempre: parece que mi enfermedad no merece un alivio, un remedio, porque ni siquiera la mencionan. A estas cosas me dedicaba en los primeros años.

\* \*

Yo sabía que Zoraida estaba vivamente preocupada por todo lo mío. Durante un tiempo estuvo buscando excusas para acercarse-me. Como el pretexto del periódico le resultó útil, continuó usándolo y luego su amor repentino por la cultura hizo el resto. Hasta parecía avisarme cuando iba a llegar. Con las ollas y otros utensilios de cocina improvisó una especie de código de señales que me tenían al tanto de sus pasos. Mi comida era siempre la última y no sé si la mejor de la casa. Después de todo, ella era la que hacía y deshacía porque la vieja enferma, a quien nunca he visto la cara, sólo ha vivido desde hace treinta años preocupada de su muerte. Yo era el último en comer y, no bien me había sentado a la mesa, empezaba en la cocina el lenguaje singular de Zoraida avisándome de todos sus pasos. Y cuando sentía el ruido de la olla grande contra la llave del fregador, sabía que Zoraida estaba a punto de llegar.

Esto sucedía mientras yo estudiaba el Tratado del Dr. Peter Daniel. A veces pienso y me parece que todo es muy natural. Aquí cabe otra confesión. Después del primer dolor, tuve por seguro que se trataba de un reumatismo benigno con algunos elementos de malaria crónica. También estaba el hecho histórico, de mérito considerable pero del cual tuve conocimiento cuando ya todo era inútil. Supe por ejemplo que mi abuela estuvo tullida por unos seis meses y que al sanar le quedaron las coyunturas de la mano derecha deformadas y con una ligera parálisis. Llegué a enterarme, asimismo, de que mi madre estuvo totalmente paralizada por más de un año. De manera, pues, que hay un poco de exageración y egoísmo de mi parte cuando en ocasiones llego hasta desesperarme por culpa de los ratones.

Como yo desaparecía y aparecía sin que nadie notase mi presencia, ocurrió que resolví, a propósito del dolor en la cadera derecha —es muy importante saber que se trataba de la cadera derecha— que volví al cabo de los meses, consultarle a un médico. Con el mayor respeto me dirigí al Hospital Santo Tomás. Todos los señores, con alguna autoridad allí, eran norteamericanos. Tres meses estuve tratándome y mi dolor aumentaba. Una mañana, claro está, desperté con el tobillo derecho exageradamente hinchado hasta el punto de que me resultaba doloroso caminar. Me era imposible caminar.

—El enflaquecimiento de su muslo derecho se debe a una falta de ejercicio. Usted ha debido padecer una larga cojera.

Tenía toda la razón el doctor. Es posible que yo haya sido un hombre cojo. Pensé que si la gente me hubiese hablado alguna vez, me hubiese dicho por ejemplo “Tuerto”, “Manco”, “Cojo”, yo habría sabido que era cojo y a lo mejor no me encontraría hoy aquí. Pero nunca lo supe.

—Creo que usted padece tuberculosis de la cadera. Su dolor de la rodilla es sólo un reflejo del mal de la cadera.

¿Para qué insistirle en que yo creía que se trataba de la misma cosa, que no había tal reflejo porque a veces también se me hinchaba la rodilla? Hoy sé que yo tenía la razón, pero siempre he creído que los médicos jamás se equivocan.

—Mi diagnóstico es definitivo. Además, no padece usted ninguna otra enfermedad porque la tuberculosis de la cadera está aislada y no contagia otros órganos del cuerpo.

Yo escuchaba al médico con verdadero asombro y gratitud, porque he sido de parecer que la gente es buena. Sin embargo, no me sentía la tuberculosis por parte alguna.

—Si la infección fuera en los hombros, habría peligro de contaminación pulmonar —repetía implacablemente el facultativo. —La tuberculosis de la cadera es difícil de tratar porque no hay manera de comunicarse directamente con el bacilo.

—¿Qué me recomienda usted, doctor?

—La única posibilidad es una operación muy dolorosa. Debemos quebrarle ciertas adherencias de la coyuntura. Es la única posibilidad de acabar la anquilosis y tal vez con la enfermedad misma.

—¿Usted ha hecho esta operación antes?

Cuando pronuncié esas palabras no tenía el más leve propósito de molestarlo, ni dudaba tampoco de su sabiduría. No sé si a todos les pasará lo mismo: siempre me ha gustado saber si puedo curarme.

—No, nunca he hecho tal operación.

—¿Se ha hecho antes en este Hospital?

—No, tampoco. Pero estoy enterado de que en otros lugares se ha realizado con éxito en el tratamiento de la tuberculosis de la cadera.

—¿Representa algún peligro la operación, doctor?

—No puedo garantizarle absolutamente nada. El peligro de posibles complicaciones siempre existe. Si usted...

—Perdóneme, doctor; no es que desconfíe. Está bien. Haremos lo que usted considere conveniente.

Fijaron la fecha de mi operación para cinco días más tarde. No sé si decir estas cosas, pues lo cierto es que no pienso mal de nadie ni quisiera que nadie pensara mal de nadie. Pero el día señalado llegué muy temprano al vestíbulo de la sala de operaciones. Esto que estoy diciendo es rigurosamente cierto. Si no fuera mucha impertinencia, le rogaría a usted acercarse a los archivos del Hospital Santo Tomás y constatar si es o no cierto que Federico Calvo debió ser operado el día 5 de Octubre de 1912 por una infección de tuberculosis en la cadera. Me gustaría que alguien fuese a averiguar, a preguntar, porque llevo tiempo pensando en que es muy posible que hasta esa única constancia de mí mismo haya desaparecido. Si esa definitiva constancia de mí mismo no apareciera es muy lógico pensar que yo no he existido.

Me senté silencioso en el vestíbulo de la Sala de Operaciones. Sonreí a otros pacientes que aguardaban, pero nadie pareció enterarse. También es verdad que cuando se está enfermo no se tienen

ganas de reír. Pasó una hora. Pasó otra hora. Cuando ya doblaba la mañana, traté de escribir una nueva carta:

*“Estimado señor:*

*La mañana ha amanecido encantadora y desde el alféizar de mi ventana que da hacia el valle de ensueños, descubro un tropel de nubecillas que hacen cosquillas a los cerros que me custodían. Acaba de posarse en el alero..”*

—Señor...

Levanté la cabeza sorprendido. Una joven encantadora, toda de blanco, trataba de hablarme:

—Señor, dice el doctor que no podrá operarlo hoy porque tiene mucho trabajo. Vuelva usted mañana.

Eso es verdad: el doctor tenía mucho trabajo y quería descansar. Muy justos los motivos del doctor. Pero el inconveniente es que durante la espera y porque para escribir apoyé el cuerpo sobre la rodilla, el tobillo se me hinchó bárbaramente y tuve que esperar otras horas más para dar un paso. Nadie me ayudó a bajar esas enormes escaleras del Hospital.

Al otro día llegué más temprano. Seguramente la culpa fué mía por no haber llegado el primero. Se presentaron otros pacientes pero ninguno deseaba sonreír. Pasó una hora. Pasó otra hora.

*“...un ruiseñor. Desde chico me enseñaron que los ruiseñores son los mensajeros de Dios. Este canta maravillosamente. También veo a lo lejos un cordón de gallinas enloquecidas por la belleza del sol...”*

—Señor...

Nuevamente estaba frente a mí la encantadora enfermera deseosa de hablarme. Pensé que hubiera podido sonreír como lo hacía yo pero de seguro estaba muy ocupada.

—Señor, dice el doctor que está muy ocupado. Tal vez mañana lo atenderá a usted.

El oficio de médico debe ser muy agotador. Además, es muy noble ese afán de conocer las enfermedades del prójimo. Claro que a veces no tienen tiempo para atender a todos. Esto es muy humano y si todos tratáramos de estudiar una cosa tan importante como la medicina, no tendríamos por qué cansar tanto a los médicos.

Me parece que al otro día fui demasiado temprano: aguardé algún tiempo hasta que el vestíbulo de la Sala de Operaciones estuvo abierto al público. Sería interesante buscar en el Hospital la cuadrícula de Federico Calvo. A lo mejor se ha perdido.

Llegaron otros pacientes. Todos serios: el doctor estaba en lo cierto. Mi sitio era el mismo.

*"...No creo que exista en el mundo rincón más encantador que esta casa mía. El sol sale siempre justamente por encima de unos inmensos guachapalíes que están allá abajo en la hondonada. Pienso que una vez hubo una quebrada por aquí. O habrá, porque es muy necesaria. Con todo, amigo mío, esto es muy encantador. Y precisamente le escribo porque como sé que es usted un hombre sumamente ocupado, le resulta muy conveniente un descanso de vez en cuando. Esta carta tiene por..."*

—No se moleste, señorita; ya lo sé: el doctor está muy ocupado y no podrá operarme hoy. Volveré mañana.

*"...objeto invitarlo a que disfrute de estas maravillas. Aquí en mi casa se sentirá como en la suya propia. Me gustaría que usted fuese amigo del ruiseñor, ese mensajero de Dios que canta maravillosamente. No olvide que tiene a sus órdenes un amigo que lo aprecia de veras,*

**FEDERICO."**

Doblé la carta porque el doctor estaba muy ocupado, como lo estuvo ayer, y antes de ayer y antes de ayer... Bajé con mucho trabajo las inmensas escaleras. Envié la carta y nunca más he vuelto al hospital. A veces pienso que fui muy impertinente con el doctor.

## V

Zoraida nunca ha sabido nada de esto. Aunque la uña no salió más la carne cicatrizó como una quemadura, pero tuve el pertinaz convencimiento de que esas no eran más que señales, síntomas de algo más grande que estaba a punto de sobrevenirme. Esa espera es la que me tenía encerrado en la pensión atento a que Zoraida golpeará la olla grande contra la llave del lavatorio.

Creo que no he llegado a entender a Zoraida. Siempre me la figuro con la cara llena de plátanos. En esto también hay mucho de injusticia mía. ¿Por qué me di a perseguirla? He podido muy bien irme a la playa —eternamente solitaria— y estar todavía allí. O sentarme en un bote, allá lejos, en el medio del mar en donde nadie tiene ganas de hablar ni de reír. Pero la verdad es que me escondí aquí huyéndole a algo o esperando algo que es lo mismo. Huir es una manera de esperar.

Pero mis relaciones con Zoraida fueron tomando un matiz desagradable. Aunque casi no hablaba, tengo la absoluta convicción

de que se fue imaginando cosas extrañas, muy distintas a mi creciente intimidación con el Tratado sobre las Enfermedades Inflammatorias del doctor Peter Daniel. Pero siempre el sonido de la olla grande sobre la llave del lavatorio era la señal. El aviso de que había terminado y estaba propicia. Estoy absolutamente seguro de que esto era así.

Un día encontré una pieza muy íntima del vestido de Zoraida sobre la cabecera de mi cama. Nunca supe a qué hora estuvo allí, porque en muy pocas ocasiones abandonaba mi cuarto. No di importancia al suceso y el trapo desapareció misteriosamente también. Siempre los síntomas, las señales. Sin embargo, Zoraida nada decía.

Otra vez la sentí correr. Me pareció muy extraño porque ella todo lo hacía con unos pasitos que resultaba imposible imaginar que pudiera darlos más grandes o más chicos, y lo peor, que pudiese correr. Los pasitos de Zoraida son de una gran importancia en mi vida.

Tengo la idea de que entonces, cuando todavía caminaba, a ciertas horas del día o tal vez de la noche, me empeñaba en recorrer la casa. Iba de un cuarto a otro, y de éste al siguiente y de allí al de más allá para regresar al primero, rondando siempre el aposento de la vieja asustada por la muerte, que cuando no llamaba a Zoraida, dormía o roncaba. El cuarto de la vieja tenía una ventana grande protegida por una gruesa cortina blanca y daba directamente sobre el techo de la casa vecina. Me parece que, a determinadas horas, Zoraida rodaba algo hacia la ventana y la abandonaba allí: era la vieja. Todavía está viva con el miedo a la muerte. ¡Uy, han pasado años...! Todo esto lo hacía Zoraida con sus pasitos. Así, pues, me pareció muy extraño cuando la sentí correr delante de mí. Además, es bueno saber que en esa casa no se podía correr. Sin embargo, pronto comprendí los motivos de la extraña carrera: sentada sobre un pequeño cajón, incómodamente, estaba Zoraida. Mostraba toda la pierna, el muslo, y parte considerable de la nalga derecha, totalmente desnudas. Veamos: Zoraida tenía la cabeza inclinada hacia un lado, con el largo pelo enmarañado que le tocaba los senos. Simulaba buscar algo escondido bajo su pierna izquierda y el cajón. Lo curioso es que se había desnudado intencionalmente: con la mano rasgó el traje desde el canto de la falda hasta la cintura, de suerte que caía a uno y otro lado de sus extraordinarios muslos. No sé si lo dije: las piernas de Zoraida eran maravillosas y embocaban con una gracia infinita hacia los muslos. Creo que la quedé viendo, pero seguí hacia mi cuarto que, como siempre, estaba absolutamente solo y en penumbra. En seguida Zoraida se alejó con sus pasos por el balcón interior.



En la noche, poco antes de la cena, encontré sobre la cabecera de mi cama otra prenda mucho más íntima de Zoraida. La tuve en mis manos durante unos minutos y de pronto, no sé cómo ni por dónde, llegó Zoraida a mi lado. Mejor, frente a mí. Sus senos temblaban agitados y yo la miraba, mientras ella parecía buscar algo entre mis piernas. En eso, la vieja muerta gritó: “¡Zoraida!”, y se alejó presurosa.

Esa vez pasó algo muy importante. Cuando en ocasiones sentía que alguien se acercaba por la escalera, me retiraba a mi cuarto. Allí esperaba a que Zoraida gritara: “Señor, una carta para usted” Y cada vez que presentía extraños, me retiraba a mi cuarto.

Antes de irse Zoraida me arrebató el trapo de las manos, pero, pasada la cena, y cuando estudiaba el hermoso discurso del Dr. Daniel sobre el “Dolor de las Articulaciones”, sentí el golpe de la olla grande sobre la llave del lavatorio. Pensé inmediatamente en la graciosa embocadura de las piernas. En el traje rasgado. En el temblor de los senos. Y sorpresivamente apareció el viejo dolor, esta vez en la cadera izquierda. Agudo. Atroz. Al mismo tiempo sentí que me habían introducido inesperadamente en la pierna un largo palillo de acero; como si de común acuerdo los huesos se hubiesen atesado de pronto. Deseo que esto quede muy claro: la pierna se me hinchaba, se me hinchaba, y presa del terror salté para huir porque creí que si no abandonaba el comedor en esos momentos no podría salir luego. Tal cual se hincha un pie en el zapato. Caí. Como un cuerazo lejano escuché el grito asustado de la vieja muerta. También los pasitos de Zoraida hacia mí. Creo que me estoy explicando bien. Yo tenía miedo, miedo. Sé que temblaba, que me estremecía todo. No por dolor, que ya en esos momentos no lo sentía. Tampoco era la muerte porque no existe. Existen sí los ratones, los médicos, las salas de operaciones. Mi miedo era de otra cosa. Es como si de pronto, aterrorizado, usted quiere gritar y no sabe a quién llamar; como si lo lanzaran a un pozo inacabable con la boca amarrada. Es posible que no puedan entenderme, porque siempre se tiene a alguien a quien llamar.

Pues sí, cuando salté lleno de espanto, las cuerdas vocales se me enroscaron en la garganta y los ojos se me salieron, pero no pude llamar a nadie. No pude.

Zoraida llegó sonriente. Me vio en el suelo y prácticamente se me echó encima. Con la punta de los senos me zurraba el pecho y con las dos manos me acariciaba la cara. A mí me pareció que no había nada de malo en eso. Estaba sonriente y el pelo enmarañado se le apretaba en el óvalo de la cara. Me cargó hacia mi cuarto; más

bien me atrastró. Todo parecía muy gracioso y por momentos pienso que Zoraida es una buena persona. Sin embargo, esa noche me preocupó mucho el hecho de que cuando quise gritar no tenía a quién llamar.

## VI

Estuve dos días sin moverme de la cama. Y Zoraida fue por primera vez feliz. Los tobillos se me hincharon sin razón y los dolores se apoderaron de todo mi cuerpo. Olvidé decir que la primera hinchazón que agarró mis piernas —antes de que mi muslo derecho se adelgazara día por día— me mediciné con un compuesto de salicilato de sosa y yoduro de potasio. Mejoré notablemente y la hinchazón desapareció. Así, pues, hice lo mismo en esta ocasión llegando hasta doblar y multiplicar la dosis sin beneficio alguno. Y como cada cosa de mi vida, —misteriosamente— por su propia cuenta la hinchazón desapareció. Sin embargo, dejó su rastro de espanto: la pierna izquierda empezó a enflaquecerse de urgencia y una especie de calambre, de entumecimiento constante, me enfriaba las extremidades inferiores.

Zoraida, mientras tanto, olvidó a la difunta. Se procuró más ratos de ocio para estar conmigo. Una vez, mientras me arreglaba la camisa, se le fugó un seno y me cayó en la mejilla. Estaba tibio, limpio. Nos miramos, sonrió y sin apuros lo escondió. Le gustaba mucho mostrarme el busto.

Cuando al tercer día creí que podía levantarme, Zoraida hizo todo lo posible por impedirlo.

—Me siento muy mejor. Creo que el salicilato es una gran medicina.

—¿Y cuál es el apuro de pararse, pues? ¿Acaso lo están coreteando? Como si no fuera mejor estarse acostado.

—Es que me siento mejor, Zoraida, y me gustaría caminar.

Nunca hubiera comprendido lo que eso significaba para mí. Hoy pienso de distinta manera, es decir, creo que caminar es un vicio como cualquier otro. Bueno, no sé si usted lo sabe: tengo 19 años de estar totalmente acostado y tieso como un poste.

—Vaya, pues. ¡Párese! ¡Párese! Para usted hace. Ya verá cómo es mejor que haga caso.

Me levanté esa vez y otra vez y otras veces. Todo parecía muy normal, con la sola excepción de las piernas que se me adelgazaban y el calofrío constante.

Pasaron algunos meses en que las señales de Zoraida se hicieron más atrevidas. Casi llegamos a reemplazar las palabras con el lenguaje de las ollas. Por días enteros se despreocupaba de la vieja para dedicarse a mí, siendo cada vez mayor el tiempo que transcurría a mi lado.

Cierta noche sucedió algo imprevisto, verdaderamente extraño. Para entonces, al caminar arrastraba los pies y me resultaban muy difíciles de manejar, de dirigir. De la misma manera, muchas cosas cambiaron para mí, porque, claro está, tomaba veinte minutos en ir del comedor a mi cuarto.

Iba pues, para mi cuarto, con el Tratado del Dr. Daniel bajo un brazo. El otro lo usaba para alzar de vez en cuando mi pierna derecha que a ratos rehusaba moverse. Llegué trabajosamente a mi aposento. Recuerdo muy bien que me acosaban principios de asfixia. Empujé la puerta que repitió su chirrido habitual. La penumbra estaba partida por una ancha franja de luz que llegaba desde la calle a morir sobre mi cama. Y allí, justamente, estaba Zoraida tendida. Desnuda. Plácida. Sonriente. Se había rasgado, esto era evidente, el traje desde la falda hasta el escote. Había rasgado igualmente todas sus prendas interiores y estaba, su desnudez, su carne, abierta como un camino inquieto entre las ropas. La miré en silencio porque Zoraida y yo casi nunca hemos hablado. En eso, llegó ácida la voz de la muerta: "¡Zoraida!", y la muchacha se alejó. Esa vez me quedé pensando en las ocurrencias de Zoraida. En sus senos de una personalidad insólita. Pensé mucho en las cosas de Zoraida.

## VII

A menudo me alegra saber que la humanidad tampoco vive. Es agradable que el mundo esté ocupado, muy ocupado. No se puede escribir una carta al desconocido ni hay gusto para desearle los buenos días a nadie. Lo cierto es que se tiene miedo de vivir, de estar despierto, miedo de pensar. Sé que todo el mundo duerme ocho, diez horas diarias. Otros más. Luego salen a la carrera para sus trabajos: ocho horas también. Hay quienes trabajan diez, doce y ríen ufanos. También derrochan tres en comer y andan de prisa para hacer filas en cualquier sitio. Siempre van o vienen de alguna parte. Es curioso: la gente tiene miedo de pensar y está viva, viva como yo.

Pero el caso de Zoraida no llego a comprenderlo todavía. Y hace año y medio que no hablo. Toda mi elocuencia dependen de esta mano, miradla bien, de esta mano izquierda que zurro sobre el

papel que sostiene Zoraida contra la tabla mientras cuelgan sobre mi frente sus senos. No hablo. Zoraida me tumbó los dos incisivos frontales.

Aquí tendido, he meditado frecuentemente que será fácil comprender el mundo al revés, desde sus contradicciones. Toda la confusión viene del deseo lógico, del cariño por las generalidades. Por ejemplo, me parece recordar que existen personas sin dientes; otras que los usan falsos. Yo, en cambio, tengo una poderosa dentadura. Blanca, uniforme, dura. De niño asombré a alguien rompiendo corozos en la boca. Esto hizo más dolorosa mi vida, porque cuando Zoraida trató de arrancarme los dos incisivos frontales para que pudiera tragar algún líquido, exigió tiempo y esfuerzos. Experimentó con hilos, pero sin resultados satisfactorios. Las mandíbulas se habían pegado tanto una de otra que ni siquiera cabía el hilo apropiado. Así, pues, el asunto tomó tiempo. Zoraida, con la ayuda de un pequeño martillo, dedicó horas de muchos días a golpearme los dientes, cada vez más fuertemente, tratando de ablandarlos. Francamente en los primeros días la operación me espantaba. En parte por el dolor, pues lo cierto es que en cuanto empezaba a golpearme los dientes con el martillo, sentía que toda la masa encefálica se desprendía y daba vueltas. Pero también me acostumbré. Después de un tiempo, Zoraida gritó: "Ya están aflojando, están aflojando", y era cierto. Se me agrandaron los ojos de felicidad, mas no pude sonreír, porque el martillo me golpeaba los incisivos frontales.

Pues bien, yo no hablo y esto tal vez ha impedido un poco el que pueda entender qué es lo que se propone Zoraida y existe, además, el inconveniente de que mi mano izquierda no se puede explicar bien. Está corta de palabras, tímida, porque se trata nada menos que de empezar a hablar. Es fundamentalmente distinto hablar con la boca que hacerlo con la mano izquierda. Es como si el mundo, los conocimientos todos, se invirtieran de golpe. La mano, esta mano izquierda me lleva a decir sólo lo que humildemente puede. Fácil es imaginar su ignorancia ya que se trata de esas partes del cuerpo que descubrimos cuando nos faltan. Me gustaría, digamos por caso, tachonar este relato con metáforas brillantes, con frases ágiles y sonoras. Pero imposible: esta pobre mano izquierda —que nunca supo lo que hacía su derecha— hasta ignora que escribir es un arte. Así, pues, no puede valerse ni de los más rudimentarios conocimientos gramaticales y mucho menos hablar de este problema mío con palabras bellas. Ustedes sabrán perdonar.

Sin embargo, ni ésto tendré dentro de poco. Ya he hecho mis cálculos y desde luego no me equivoco; dentro de seis meses justos

estará totalmente paralizada. Esto yo lo sé, lo conozco. Ayer, precisamente, sentí un dolor punzante en el deltoide. Fue como un chispazo, como un martillazo estúpido en los dientes. Simultáneamente se me agarrotaron, —se trata desde hace mucho tiempo de una conspiración— se me agarrotaron el pectoral mayor y menor, participando en la revuelta el subclavio y el subescapular. Fue toda una región alzada que me trancó la respiración. Es cosa clara: dentro de seis meses no podré hablar. Eso es todo. Ni más ni menos. Pero estoy vivo, oídló bien — imaldita sea! — estoy vivo.

\* \*

¿Dónde estará la gente? ¡Ja... Ja... ! Zoraida, claro está, no cuenta. Es un misterio más en este gran misterio que es mi vida. Es un puente, un palo, unos pasitos entre la vieja muerta de la ventana que grita uno que otro día y yo que no grito. Pero me disgusta no poder comprenderla. Es tan oscuro todo este asunto que no me explico cómo pudieron reunirse tantas cosas en mí. No es queja; tampoco reproche. Sencillamente deseo de saber.

Aquella noche en que se me hincharon los pies, fue definitiva en mi vida. ¿Qué sucedería si Zoraida se enfermase? Digamos, que muera. ¿Qué sucedería? Ahora puedo decir esto con tranquilidad, pero cuando la conjetura me golpeó la cabeza sólo tuve un deseo: echar a correr, correr soltando gritos. Pensad por un momento que Zoraida enfermara.

Pues bien, aquella noche fue definitiva: era el aldabonazo postrero. Inició una vertiginosa procesión de acontecimientos que llevo años desglosando. Recuerdo que las personas ocupadas se acuestan de mil maneras porque les gusta el amanecer. Empezar lo que llaman un nuevo día. Si se quiere, el anochecer nada les significa. ¡Ah, si llegara por aquí el ruiñeñor de la carta! ¡Si de momento entrara por cualquier parte y cantara! Dicen que los ruiñeñores son los mensajeros de Dios. Nunca escuché uno, porque los ruiñeñores siempre cantan al amanecer. Pero las madrugadas nada tenían para mí. Generalmente era el instante en que se me desgajaba la uña, se me secaba una pierna o simplemente caía de la cama cuando intentaba caminar. Las noches, en cambio, eran para la carta que nunca llegó, la posibilidad del olvido.

Como siempre, fue en la mañana. Lo supe al despertar: no podía moverme. Mis piernas estaban tiesas, como entablilladas por varillas de acero. Había llegado el momento:

—Zoraida —dije a media voz, huyéndole a los gritos de la muerta.

—¿Me está llamando?

—Sí, Zoraida; ven, ¡corre!

Llegó como siempre, con sus pasitos.

—¿Qué quiere?

—¡No puedo moverme!

Se le abrieron los ojos de júbilo. Fue absurda, inmoral. No pudo disimular su alegría y se dedicó a sobarme alocadamente. Sin decir absolutamente nada más, se alejó.

—Tómese esto— me dijo cuando regresó a los pocos minutos.

—¿De qué se trata?

—Tómeselo, le digo.

Obedecí. Hay momentos en que se hace sólo lo que nos dicen. La voluntad es algo que el hombre no ha tenido siempre. Es postiza. Reciente. Se pierde al primer contratiempo, cuando se derrumba el sentido lógico que imponemos a las cosas.

—¿No se siente mejor?

—Sí —le respondí apartando la vista.

Zoraida se alejó murmurando una tonada alegre, festiva. Fue la conquista total de la anquilosis, el comienzo de una jornada infernal de dolores tremendos que por momentos me anesthesiaban. Yo no podría repetir el proceso. En menos de dos semanas las piernas se adelgazaron espantosamente y se podía oír en la noche el ruido de los huesos de mi cadera: era una música lenta como la de quien arruga papeles.

Entonces Zoraida empezó a permanecer en mi cuarto la mayor parte del día. Presta a todas mis necesidades, había felicidad morbosa en sus diligencias. La pensión fue imprudentemente descuidada y creo que a lo último, sólo quedamos la vieja muerta, Zoraida y yo.

Una mañana llegó más diabólica que nunca. El asunto estuvo precedido de una serie de fenómenos que todavía me inquietan. Porque entonces todo el sentido del tiempo se alteró; como dormía a cualquier hora, también estaba despierto a cualquier hora.

A veces despertaba y descubría mi cama cubierta de prendas íntimas de Zoraida. En cierta ocasión, presumiendo que dormía, se introdujo completamente desnuda en mi cuarto y simuló buscar algo junto a mi cabecera. Le vi palpables y humanas las nalgas morenas y los muslos cubiertos de vellos largos. Esas cosas estaban allí, a mi lado, y los senos hermosos colgaban tiesos hacia el suelo.

Así pues, no sé por qué esa mañana entró diabólica al cuarto.

—Vámonos de aquí —me dijo.

—¿Qué nos vamos?

—Sí, para allá —me respondió, señalándome el techo de la casa.

—¿Para allá a dónde?

No sé por qué una sensación de inseguridad se apoderó de mí. Debe ser la soledad o quizá el temor de que Zoraida se enfermara repentinamente. Todo era preferible a saberla enferma.

—Arreglé un cuarto allá arriba. Está solo.

—¿Y eso por qué? —insistí.

Por toda respuesta me señaló el cuarto vecino y dijo:

— ¡La vieja!

Se reveló fuerte y decidida. Su primer movimiento fue atravesarme en la cama. Luego, metiendo sus brazos bajo mis sobacos, trató de levantarme, pero desistió inmediatamente. Sin murmurar palabra desapareció para volver al instante. Esta vez me sujetó por los hombros levantándome el tórax del suelo. Así empezó lo peor. Zoraida me llevó arrastrado por todo el balcón. Cuando llegamos a los primeros peldaños de la escalera se detuvo, pero le pareció que todo estaba bien y continuó arrastrándome escaleras arriba. Yo no sé por qué tenía la sensación de que se me desprendía la piel de las piernas. No me equivoqué, porque cuando nuevamente estuve en la cama, me dijo que efectivamente, por todo el balcón y la escalera quedaron pedazos de carne mía. Desde entonces los tobillos, la tibia y el peroné están a la intemperie, en el hueso, que no es blanco como dicen, sino amarilloso.

La mudanza resultó sumamente desagradable y escandalosa, porque mis piernas golpeaban como piedras sobre los escalones. Arriba, para colmo de males, la situación se complicó pues, no habiendo Zoraida podido abrir una de las hojas de la pequeña puerta del desván en que estoy, resultó que no cabía por ella de modo que Zoraida, con mil esfuerzos, tuvo que ladearme como a un cajón para que pudiese entrar. Desde entonces estoy aquí, frente a estos ratones, frente al Sabio resuelto a acabar con el bombillo y a quien espero desde hace rato.

## VIII

No sé si a ustedes les ocurriría lo mismo en un caso semejante, pero me inquieta la tardanza de los ratones. Anoche me pareció que roían algo de un modo muy especial, aunque desconozco a

ciencia cierta de qué se trataba. Ignoro, asimismo, por qué me abstuve de preguntarle a Zoraida, de incitarla a que investigara sobre ese roer insistente de los ratones. Sin embargo, no lo hice y quizá a eso se deba la tardanza. Con todo, resulta muy desagradable esperar ratones.

Anoche o mañana se me ocurrió algo de mucha importancia. Quiero recalcar el hecho de que el deltoide me duele constantemente desde no sé qué tiempo. Es lo de siempre. Así fue cuando la pierna izquierda y cuando la derecha. Igual cosa sucedió con la cadera, aunque promedia una pequeña diferencia. No he llegado a establecer con precisión todavía si aquel alboroto espantoso, es decir, ese dolor inimaginable fue obra exclusiva del trocanter o si por el contrario se trataba de travesuras del ligamento de Bertín o de la espina ilíaca. Lo cierto es que prefiero no recordar el asunto. Cuando la anquilosis llegó, atesándome exageradamente las piernas, resultó una bendición.

De allí pues, que por todas estas cosas, yo esté plenamente convencido de que dentro de seis meses el silencio más absoluto caerá sobre mí, sobre el desván. ¿Por qué oigo todavía? ¿Por qué la anquilosis ascendió desde los pies en vez de caer paulatinamente como un torrente de lava fría desde la cabeza? Nuevamente me acosa la manía de hace algunos años: preguntar. ¿Por qué interroga uno? Pienso que todo es obra de esa obsesión estúpida que se ha dado en llamar "el tiempo". Aquí, aplastado sobre esta cama, donde todo es denso, sin prisa, no he podido todavía pensar en el tiempo. Igual me sucede con respecto al futuro. El porvenir es angustia, ansia, sobre todo miedo. Si a usted un día se le ocurre lanzarse a la creciente de un río, o se tiende para la eternidad bajo un árbol, o camina, camina sin descanso como el judío errante, el destino es una palabra como agua o nada. Por ejemplo: ¿cuál ha sido mi destino en los últimos veinticuatro años? No se trata de metáfora pues en mi caso los adornos son crueles. Es como si me hubiese detenido en el umbral de un gran portón hacia el que me llevaba irreflexivamente el desvarío, la angustia: allí estoy aún, en un inmenso presente sin movimiento y sin lamentos. La puerta abierta y yo de pie.

Pero está el caso cierto e inevitable de que dentro de seis meses enmudeceré. Tampoco esto tiene mayor importancia; sin embargo es un hecho. He aquí el asunto: la vieja está muerta, Zoraida es un objeto, ¿por qué he de estar vivo yo? ¿Estoy vivo? ¿Hasta dónde esta muchacha increíble no es también obra maléfica de la anquilosis...? Puede ser realidad, la única realidad en este desván



lleno de polvo y dolores...? Esta posibilidad terrible de no existir es lo que mantiene mis ojos en eterna vigilia.

Hace mucho tiempo que ni siquiera oigo los gritos de la vieja. Sin embargo, aquella vez en el Hospital se tomó detalle cuidadoso de mis datos personales. Vi aquella buena mujer escribir tan rápidamente que pensé por un momento que lo de la enfermedad era idea mía. Ciertamente que el doctor no pudo operarme. Todo lo que tenía que hacer era romperme el arco de Falopio para aislar la cadera, pero parece que el médico estaba muy ocupado. Para suerte mía, ellos tienen la constancia de que estuve allí, de que estuve vivo. Ese soy yo: Federico Calvo. Lugar de nacimiento: David, Chiriquí. Edad: 37 años. Diagnóstico: tuberculosis en la cadera. Sí, ellos son los únicos que saben que yo estuve vivo. Después de todo, les estoy muy agradecido porque si no hubiera sido así, si el doctor no me hubiera dicho que le era imposible curarme porque estaba muy ocupado, nadie en este mundo daría fe de que yo he existido.

No hace mucho llegó Zoraida y abrió los ojos más grandes que de costumbre. Me dio la impresión de que se había asustado. Luego de mirarme fijamente de arriba abajo —es ya costumbre en ella— me dijo:

—Bueno, ¿y qué le ha pasado allí?

—¿A dónde?

—Allí, pues, en el muslo.

—¿Qué tengo en el muslo?

—Un hueso. Parece que le han comido toda la carne.

No dijo nada más, pero al momento de salir se detuvo y mirando fijamente al estante murmuró:

—¡Ratones malditos!

## IX

Todo depende del Hospital. De la señorita aquella vestida de blanco que escribía de corrido. Por eso es bueno no desesperar, pues cuando uno menos lo espera...

Sigo muy intrigado con Zoraida. Cada vez hace más cosas incomprensibles. Ciertamente que no puedo hablar, pero oigo y veo. Ella tampoco necesita hablar. Pero sucedió algo muy curioso. Desde hace mucho tiempo yo vivo muy ligero de ropas. Eso lo sabe ella porque tiene que ser así. Es extraño, y sin embargo, Zoraida no se ha enfermado un solo día. En ocasiones suelo usar un pantaloncito

de tela muy delgada porque cualquier objeto áspero me hace jirones la piel. Mas lo usual, lo frecuente, es que permanezca desnudo, cubierto hasta el pecho por una colcha delgadísima. La colcha es obra paciente de ella.

Zoraida también ha adoptado el sistema de dormir a cualquier hora y trabajar cuando se le ocurre. Ya abandonó la costumbre de sonar las ollas porque, viéndolo bien, no les es de ninguna utilidad ahora. Yo estaba despierto y ella simuló ignorarlo. No sé hasta qué punto Zoraida pueda simular. Sería algo así como suponer a la vieja con ironías. Pero entró sigilosa. Se detuvo frente al estante y susurró algo a los ratones mientras gesticulaba con las manos. Luego sonrió y se dirigió a mí. Con extremada delicadeza me miró de arriba abajo. En cierto sentido me encontraba acostumbrado a estas maniobras de Zoraida. Sin embargo, esta vez la cosa fue muy distinta.

Con suavidad increíble levantó la colcha que me cubría. Estaba sonriente. Volvió a mirar al estante como llena de agradecimientos. Entonces la vi jugar con mi sexo. Veía sus manos desesperarse y los ojos se le incendiaban. Luego caía de rodillas junto a la cama buscándome algo entre las piernas. La vi terrible, peligrosa, rasgarse el traje entre los muslos para de inmediato entregarse a jugar con mis piernas. Allí estuvo no sé qué tiempo, pero lo más insólito fue que antes de irse, metió la boca en el hueco que me dejaron en la pierna. Oí como si alguien rumiara.

## X

He despertado con una gran inquietud: el deltoide estuvo afectándome el diafragma. Esto puede significar que el silencio se avecina. Es sólo cuestión de tiempo, pero sin alternativas. Ah, pero me espanta la duda. Sé bien que la vieja está muerta; que Zoraida es una sensación, unos pasitos que van o vienen. ¿Por qué he de estar vivo yo? Esto debe ser definitivamente aclarado. Necesito saber si una vez tuve ruiñones y si es o no cierto que el Dr. Peter Daniel escribió un hermoso discurso sobre las Enfermedades Inflamatorias que aunque en mi caso no fue muy útil, era sin embargo muy hermoso. ¿Y si yo no he existido? Si mañana la mano izquierda me amanece muda, sencillamente esto de mi existencia puede ser una idea mía. No, no, por favor. Oídllo bien. Me parece que yo nunca he necesitado muchas cosas. Tampoco he pedido porque nadie da. La carta que espero ya llegará muy tarde y los ruiñones no saben que me encuentro en este desván. Pero me

resulta indispensable saber que una vez ofrecí a un hombre desconocido el canto de un ruiseñor y un tropel de nubecillas. No los quiso porque estaba muy ocupado, pero me interesa saber que una vez pude hacer regalos. Por favor, es algo que no puedo explicar con la mano, pero necesito urgentemente saber si he existido. De pronto me ha entrado un miedo terrible, algo alucinante muy parecido a la absurda posibilidad de caminar. Estoy aterrorizado porque no sé si vivo. No es eso: si una vez viví. En fin, si es cierto que yo soy.

*Zoraida:*

*Necesito que vayas inmediatamente al Hospital Santo Tomás. Allí encontrarás, en el tercer piso, perdida en una pequeña oficina, a una señorita que escribe de corrido. Pregúntale si es o no cierto que Federico Calvo debió ser operado el día 5 de Octubre de 1912 a causa de una infección tuberculosa en la cadera.*

*Esto es urgente. Decisivo. Llévate el papel porque no quiero que olvides nada, Zoraida, no te equivoques. ¡Corre!*

**FEDERICO**

Bueno, ahora estoy más tranquilo. Es mejor así. Zoraida acaba de regresar y ha puesto ante mis ojos un papel que dice en letras grandes: "No es cierto".

## PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS DOMINICALES

EL BILLETE ENTERO CONSTA DE 150 FRACCIONES DIVIDIDO  
EN CINCO SERIES DE 30 FRACCIONES CADA UNA  
DENOMINADAS A, B, C, D y E

### PREMIOS MAYORES

	Fracción	Billete Entero	Total de Premios
1 Premio Mayor, Series A, B, C, D y E	B/.1,000.00	B/.150,000.00	B/.150,000.00
1 Segundo Premio, Series A, B, C, D y E	300.00	45,000.00	45,000.00
1 Tercer Premio, Series A, B, C, D y E	150.00	22,500.00	22,500.00

### DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D y E	10.00	1,500.00	27,000.00
9 Premios, Series A, B, C, D y E	50.00	7,500.00	67,500.00
90 Premios, Series A, B, C, D y E	3.00	450.00	40,500.00
900 Premios, Series A, B, C, D y E	1.00	150.00	135,000.00

### DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D y E	2.50	375.00	6,750.00
9 Premios, Series A, B, C, D y E	5.00	750.00	6,750.00

### DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D y E	2.00	300.00	5,400.00
9 Premios, Series A, B, C, D y E	3.00	450.00	4,050.00
<u>1,074</u>	<u>TOTAL...</u>		<u>B/.510,450.00</u>

Precio de un Billete Entero ..... B/. 82.50  
 Precio de una Fracción, ..... 0.55  
 Valor de la Emisión ..... 825,000.00

## PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS INTERMEDIOS

**EL BILLETE ENTERO CONSTA DE 90 FRACCIONES, DIVIDIDO  
EN 6 SERIES DE 15 FRACCIONES CADA UNA  
DENOMINADAS A, B, C, D, E, y F**

### PREMIOS MAYORES

	Fracción	Cada Serie	Total de Premios
1 Premio Mayor, Series A, B, C, D, E y F	B/.1,000.00	B/.15,000.00	B/. 90,000.00
1 Segundo Premio, Series A, B, C, D, E y F	300.00	4,500.00	27,000.00
1 Tercer Premio, Series A, B, C, D, E y F	150.00	2,250.00	13,500.00

### DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E y F	10.00	150.00	16,200.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E y F	50.00	750.00	40,500.00
90 Premios, Series A, B, C, D, E y F	3.00	45.00	24,300.00
900 Premios, Series A, B, C, D, E y F	1.00	15.00	81,000.00

### DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E y F	2.50	37.50	4,050.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E y F	5.00	75.00	4,050.00

### DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E y F	2.00	30.00	3,240.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E y F	3.00	45.00	2,430.00
<u>1,074 PREMIOS</u>	<u>TOTAL...</u>		<u>B/. 306,270.00</u>

Precio de un Billeto Entero ..... B/.49.50  
 Precio de Una Fracción ..... 0.55  
 Valor de la Emisión ..... 495,000.00